

A man is seen from behind, walking away on a dark, textured surface, possibly a cricket field at night. He is wearing a white t-shirt and dark pants. He is holding a cricket bat in his right hand. The background is dark with some bokeh light effects. The title 'EL IDEAL MÁS FUERTE' is overlaid on the left side of the image in large, white, bold letters.

EL IDEAL MÁS FUERTE

Pedro Pablo Díaz Martín

Letrame
Grupo Editorial

**EL IDEAL
MÁS
FUERTE**

Pedro Pablo Díaz Martín

Capítulo 1

SOLDADOS

DUROS Y PATRIOTAS

—¿Vienes mucho por aquí?

La voz se hizo notar confundiéndose con la música que, alejada de los altavoces, perdía volumen, pero se resistía a desvanecerse antes de alcanzar la puerta de entrada y salida. La pregunta se impuso reflejando la personalidad dura y confiada del atrevido joven. Le había hablado sin presentación ni ceremonia, acercándose y añadiendo sus palabras al sonido ambiental.

—¿Tú qué crees? —le contestó con otra pregunta.

El chico dibujó en su rostro una leve sonrisa. Pequeña pero sobradamente cargada de ironía. Parecía haber escuchado más una alabanza que una insulsa y floja réplica. Se sentía seguro a esas horas de la madrugada y en los recovecos que la noche le proporcionaba. Conocía el moderno juego del flirteo. Se manejaba con destreza y no tenía duda de que la joven había entrado con facilidad.

Apoyó su brazo derecho en la pared como si intentase cerrar cualquier escapatoria a la chica, pero lo hizo con pausa y sin disimulo. Su movimiento no incomodó a su compañera elegida a pesar de que su brazo era fuerte y se asemejaba a una barrera. Cubierto por la manga de la cazadora negra, por instantes se mimetizaba con la oscuridad del lugar y era el movimiento lo que recordaba su existencia. Bajo la prenda de abrigo se intuía un bíceps de diámetro aceptable y potencial, cuanto menos, considerable.

Su sonrisa danzaba al ritmo del masticar de un chicle. Satisfecha y sarcástica, subía y bajaba lentamente ante el movimiento de su definida mandíbula. Contemplaba la cara de su consentida presa, aunque ella aún no lo sabía, y acechó sus claros ojos azules con la mirada firme y profunda. Distinguió en medio del leve cielo del iris una pupila brillante y dilatada, más por su presencia que por la escasa luz.

La atractiva rubia miró a otro lado, incómoda por la presión de esos ojos e incapaz de aguantar la fuerza de su mirada. Sentía que penetraba bajo su ropa, sin detenerse en su cuerpo y buscando su espíritu, cuando no su propia alma. Desviar su vista fue un gesto más tímido que brusco, debutando una inocencia desconocida por ella misma y que contrastaba con su sensual apariencia.

Quien se había adueñado de la situación fue obligado a abandonar los huidizos ojos, que intentaban escapar de la atracción descubierta. Había tenido tiempo para una inspección en profundidad, asumiendo que la fachada ofrecía más que su interior. Sintió una mínima decepción a pesar de no haber esperado nada diferente, y lo endulzó retornando su atención a las curvas que llamaron su atención desde el principio. Había fijado su interés en ella desde que la había visto entrar en el garito con su inesperada minifalda. A su atractivo se unía su inusual vestimenta en ese lugar, las chicas que formaban parte de la concurrencia habitual representaban un perfil muy diferente. De todas formas, eran agradables ese tipo de novedades de noche en noche.

La muchacha estaba muy buena. Curvas y rostro representaban un foco de deseo, y el desparpajo con que había llegado la nominaba a protagonista de la noche. Con volver a mirarla lo incitaba a tener en la cabeza más de una opción que podrían realizar a dúo. No solía dejarse arrastrar por bajos instintos, pero la explosiva mezcla de alcohol y su modelito bastaban para echarle imaginación.

La joven habría salido ese día como dueña de la noche, y había llegado al garito dispuesta a mostrarse por encima de cualquiera. Era una diva que, ante su presencia, había dado un paso atrás en sus intenciones. La veía cohibida, superada por el instante y atraída a la vez que intimidada. Le bastaba la imagen que contemplaba y la sensación consiguiente para saber que la tenía. Le agradaba el repentino cambio femenino en escasos minutos...

Su intención no se quedaba en ese mínimo éxito cuando sabía que podía recibir un placer más apetitoso. Hizo avanzar su mano, recorriendo con la palma, como si de una caricia se tratará, la pared lisa y acercándola muy lentamente al blanquecino y delgado cuello femenino. Cuando las yemas de sus dedos rozaron su suave piel sin apenas tocarla la joven se removió en un agradable escalofrío.

Se sorprendió a pesar de aguardar, con cierto deseo, que se produjese algún contacto. Su mirada cohibida lo buscó en la leve oscuridad con ansia de verlo, pero también con la necesidad de ocultarse. Sus ojos azules delataron

un temor hacia la tentación que tiraba de ella hacia el desconocido. Una tendencia ante la que se sentía desvalida e incapaz de oponer más resistencia que una tibia inocencia. Ella no era así, ni tan lanzada ni tan cohibida, y esa noche se estaba sintiendo presa de ambas actitudes.

Edu confirmó sus apreciaciones y sus pensamientos, diferenciando la realidad en esas pupilas rodeadas de un pedazo de cielo. Lo había percibido en su huidiza mirada y esos movimientos que, de crecidos, se había transformado en tímidos. Se sintió complacido y satisfecho, incluso poderoso de no necesitar gran cosa para situarla en tan especial estado. La intimidaba y la atraía, y eso potencia su ego. Era suya antes de tenerla, y se le había entregado cuando ni siquiera había empezado el contacto físico.

—¿Me tienes miedo? —preguntó sarcásticamente, divertido por la situación. El reflejo de la sonrisa había alcanzado a sus ojos verdes.

—¿Por qué... por qué te lo iba a tener? —consiguió responder la atractiva muchacha en un intento por mantener el tipo.

—¿No sabes contestar con respuestas? —se burló con buen humor—. ¿Solo lo sabes hacer con preguntas?

—¿Qué...? No... —dudó sintiéndose ridícula ante la influencia que ejercía sobre ella—. Sé contestar.

—¡Hostias! ¡Pues sí que es verdad!

La mirada le habló cuando sus palabras acabaron la fingida exaltación. La joven quedó paralizada bajo el hechizo de unos ojos firmes y encantadores. La había desarmado cuando pensaba poder controlar a cualquier hombre. Sintió los dedos recorrer la piel de su nuca en una caricia suave y experta. Había pasado bajo su sedoso cabello sin incomodarla. No intentó apartarse ni rechazarlo, ni tampoco hacerse la digna... Era suya y no podía evitar sentirse y mostrarse así. No supo qué hacer, manteniéndose inmóvil y entregándose al instinto que quisiera dominarla.

Edu no permitió que se le escapase ese pequeño detalle, interpretándolo como el definitivo acto de entrega. Había manejado el tempo y esperado el instante adecuado. No tenía que aguardar más. Dio un paso hacia ella, con seguridad, pero sin intimidación, y lanzó su último movimiento. Antes de que la joven se diese cuenta su boquita estaba siendo besada por unos labios expertos en una pasión fuerte y salvaje.

En el exterior la noche oscura y sin luna mantenía su abrazo sobre el barrio.

Escasas eran las farolas que mantenían un funcionamiento adecuado, alumbrando poco y permitiendo más rincones oscuros de los deseados. La calle se sumergía en una leve tiniebla, que en ocasiones parecía ser un espécimen más del ambiente nocturno. Esas calles no formaban el barrio más adecuado para pasear de noche, cuando incluso representaba cierto riesgo hacerlo durante el día.

La puerta del garito se abría a quién llegaba, a quién se iba y a quién volvía. Mantenía una apariencia de movimiento ante la quietud de las calles. No hacía falta demasiada afluencia para contrastar con la soledad de la noche. Era un punto poco transitado en el barrio, apenas una calle que desembocaba y otra que se cruzaba con esa especie de callejón final. Era uno de los pocos establecimientos de vida nocturna que había perdurado en una ruina económica que se extendía por la zona como una plaga contagiosa y, a veces, mortal.

—¡Hay que joderse cómo bebes! —exclamó Raúl, pretendiendo llamar la atención más que transmitir algo inteligente.

—Tú no te quedas atrás —respondió Mauri con indiferencia entre un trago y otro a la litrona.

Las voces sin sentido y los comentarios con ninguna intención de estructurar una conversación se sucedían a medida que fueron saliendo del interior, cambiando una penumbra por una leve oscuridad. No les importaba quien necesitase dormir para levantarse temprano y hacer frente al mediocre trabajo de turno. En un patético intento de excusarse se los consideraba afortunados por recibir un mísero salario por demasiadas horas de tarea laboral. Nadie se iba a quejar, nadie les reprocharía el escándalo de sus voces. El barrio les pertenecía, las calles eran suyas, los rincones los tenían como dueños... ¡Podían vocear cuánto quisieran!

Los componentes del grupo alcanzaban casi la decena. No destacarían en la clase de una universidad ni serían bien recibidos en una sala de fiesta. Los jóvenes habían ido reuniéndose, uno tras otro, en el lugar habitual y poco recomendado. Algunos llegaban de su casa o de diferentes puntos del barrio, y otros habían salido del garito donde habían estado un buen rato tomando unas cervezas y haciendo tiempo hasta que llegasen sus camaradas.

Era un viernes más. Empezaba un fin de semana como tantos otros. Daban inicio a su peculiar diversión habitual. Según avanzaban los días, cada semana se aproximaba a una especie de ritual. Nada consciente ni preparado, pero siempre en la misma línea. Iban vestidos en consonancia a sus dudosos

festejos, a su radical manera de divertirse. Una vestimenta para la faena nocturna, siguiendo un mismo patrón, como si hubiesen sido hechos en serie. Se asemejaba más a una línea de uniformes que a la ropa juvenil que se veía por televisión. El barrio estaba acostumbrado a semejante fachada y les era perfectamente reconocible. Durante el día se los veía, por la noche llenaban cualquier mirada. Las cazadoras negras, los pantalones vaqueros y las gruesas botas eran rasgos específicos, habitualmente relacionados con colores oscuros, cuando no simplemente negros. Bajo el margen de las escasas farolas se reflejaban peculiares cruces célticas en las hebillas de varios de sus cinturones. En grupo se asemejaba a pequeños soldados urbanos, con las mismas ideas, pero cierto desorden, repletos de ímpetu y determinación a pesar de sus cortas edades.

—¿Qué pasa, muchachos?

La voz surgió desde la penumbra de la calle, a la espalda del grupo y representando una sorpresa esperada. Una sombra emergió de la oscuridad con su acostumbrado porte y solemnidad. Si bien las palabras parecían despreocupadas, el tono representaba fuerza, dureza y, sobre todo, autoridad. Era la voz del orden y la disciplina, surgida para poner cada desajuste en su sitio durante la noche.

—Toni, no te habíamos oído —se escuchó reconocer a uno de los presentes, cuya mirada se veía crispada y representaba el sentir de más de uno.

Los demás también saludaron al recién llegado, de un modo más directo y menos público. Se dirigieron a su persona en declive a un oído colectivo. Quien observase al margen, con atención y sin conocimiento previo, comprobaría cierta vorágine de saludos, gestos y miradas mezcla de admiración, respeto e incluso temor. El concepto de amistad alcanzaba un nuevo significado, para entenderlo tal vez había que formar parte de ello.

Toni era quien mejor lo entendía y el único que podía explicarlo, convenciera a quien convenciese. Se había ganado su rol y no conocía a nadie que lo cuestionase. Su apariencia representaba la misma autoridad que su voz y su espalda superaba a cualquiera de los presentes, aumentando la imagen de su envergadura. Su cuerpo se asemejaba al tronco enorme y macizo que destaca en pleno bosque, y su rostro inspiraba un temor frío, cuando no un miedo helado, incluso en algunos de sus compañeros.

Su mirada era un profundo rasgo salvaje que, inyectada en sangre, se desgarraba en unos ojos redondos y grandes, sedientos de su propia disciplina.

Era Antonio Cáldar, conocido en cualquier rincón de las calles simplemente como Toni. Le era innecesario un apodo para adornar su merecida y cuestionable reputación. El diminutivo de su nombre contrastaba con el terror que inspiraba al ser nombrado.

—¿Y Edu...? ¿Dónde cojones está? —preguntó metiéndose en el interior del círculo formado por los presentes. Su mirada escrutaba a cada uno de ellos, sin divisar al buscado.

—Se ha quedado dentro —señaló Marc—. Estaba intentando llevarse al huerto a una rubia.

La certeza de sus palabras y la credibilidad que atesoraba ayudaron a que nadie lo pusiera en duda. Era un chico que rara vez movería masas, pero que inspiraba confianza entre sus compañeros. Desconocía sus verdaderas aptitudes, desaprovechándose a sí mismo en un vivir que podría terminar consumiéndolo. De haber caído en un ambiente diferente al que le había tocado en la ruleta del destino bien podría haber colaborado en una lucha completamente distinta.

—Lo mismo ya está con los pantalones bajados —ironizó Raúl.

El hijo del malogrado matrimonio Salmón soltó una de sus risotadas sin ningún sentido. Ser un buen amigo de Toni le permitía ciertas licencias. En otro caso, hubiera sido mejor no perder la compostura con una reacción tan ridícula, algo que solía hacer a menudo y no siempre bien visto. Su prepotencia se veía reforzada por el rol que representaba en el barrio, simplemente por pertenecer al grupo.

—La madre que lo... ¡Está obsesionado! —Su tono sonó a trueno, a pesar de no elevar la voz. Insinuaba enojo, aunque los presentes sabían que, al tratarse de Edu, su inseparable compañero, su camarada de siempre, no se lo tendría en cuenta—. Monti, ve a buscarlo, y... ¡daos prisa! Tenemos tarea que hacer.

Pablo Montero, denominado como Monti, algunos con cariño y otros con desprecio, era el chico de la mirada crispada en unos ojos hundidos y huidizos. Su rostro se caracterizaba por una nariz chata que había recibido más golpes de los que hubiese querido. Su constitución era fuerte pero lejos de la que mostraban algunos de sus compañeros. Le faltaba músculo para llegar a intimidar, aunque el físico lo acompañaba.

La noche no tuvo que volver a escuchar la indicación. Monti obedeció con gusto lo que parecía una orden militar. No tenía objeción alguna ni le molestaba obedecer. Se sentía satisfecho de colaborar en esa cadena de

mando. Su sonrisa se había ampliado ante las palabras «tenemos tarea que hacer». Su inmediata respuesta produjo satisfacción a Toni que, sin tenerlo demasiado bien visto, valoraba su actitud.

Sin saludo ni remilgos, Monti entró en el garito, sorprendiéndose por cómo una misma oscuridad podía presentar dos tonalidades tan distintas. No habían pasado ni diez minutos desde que saliese y sabía el lugar donde acudir directamente para encontrar al requerido. No esperaba equivocarse y no lo hizo. Como esperaba, lo encontró triunfante, enrollándose con la rubia. Estaba devorando su boquita con interés, pero con cierta frialdad, de la que ni siquiera él era consciente.

—¡Vamos, Casanova! —Edu abandonó los sensuales labios para prestar atención a las palabras que lo habían interrumpido—. Ha llegado Toni, con su habitual humor, y dice que tenemos tarea.

El desagrado tomó forma en el rostro de Edu. Le fue imposible disimular el mal gesto. No eran necesarias las explicaciones para dejar constancia de que lo estaba pasando bien, y no le hacía ninguna gracia tener que abandonar su faena para realizar ninguna otra tarea. A pesar de ello, soltó a la chica con la misma suavidad con que la había tocado y, sin tan siquiera despedirse, acompañó a Monti de vuelta al exterior.

—¿Me... me dejas así...?

Fue lo único que salió por los labios femeninos. Se le entrecortaba la voz ante el inaudito abandono que sufría. Nunca la habían dejado cortada de tal modo y, posiblemente, tampoco de ninguna otra manera. Edu se giró un instante, con la mirada confiada y queriendo decir algo, tal vez incluso una disculpa, pero conformándose con esa simple mirada. Volvió a darle la espalda alejándose definitivamente y consumando el fin de la cita.

—¡No vuelvas a acercarte! —intentó gritar sin que nadie le prestase atención—. ¡No quiero ni verte!

La rubia muchacha quedó hundida en su silencio, luchando por ignorar su propia vergüenza. Había olvidado su miedo y solo podía quedarse mirando cómo se alejaban los dos fuertes muchachos. En sus ojos se reflejaban frustración y tristeza. Seguramente, contra su voluntad, el chico había llegado a su interior por rudo que se hubiese comportado ¿Volvería a verlo?

—¡Joder! Siempre hay que estar detrás de ti —le reprochó Toni en cuanto se incorporó al grupo—. A ver si alguna vez no hay que estar buscándote.

—Uno tiene que dar gusto a las hormonas —bromeó Edu—. Pruébalo algún día. Te sentará bien. —Seguramente era el único de los presentes con licencia para gastar una broma cuando el impetuoso líder pretendía hablar en serio.

Aunque nadie del grupo había realizado una propuesta ni se había llegado a un acuerdo patente, Toni ejercía de cabecilla sin necesidad de nombramiento. A ojos de los demás debían ser todos iguales, pero ninguno cuestionaba quién marcaba siempre el camino a seguir. Cierto era que atesoraba unas dudosas cualidades, útiles en su mundo, de las que el resto carecían. La voz de mando que imponía junto a sus palabras no era igualada por ningún bienaventurado. Con el paso del tiempo les resultaba irrelevante que se hubiera convertido en quien les decía qué hacer en cada momento. Lo aceptaban sin tomar consciencia de ello ni darle mayor importancia.

Toni mantenía cierto orden incluso en su voz de mando, alejándose de cualquier tipo de comparación con un dictador. Semejante actitud facilitaba que hubiese un velado acuerdo respecto a que los liderase. Procuraba no abusar de su mando para evitar insurrecciones, pero era perfectamente consciente de que ninguno de sus camaradas le podría hacer sombra. Sus indicaciones eran obedecidas como órdenes, sin que así se las tomaran.

—¿Qué tarea se nos presenta? —preguntó ansioso Alex. Era el más joven de los presentes y su corta edad se dejaba notar en su desmedido entusiasmo.

—Viniendo para acá, he visto a esa escoria de sintecho en el parque, como si fuera una jodida acampada —expuso Toni con el plan muy claro.

—Nos hacemos cargo —sentenció Monti, sin necesitar más explicación y deseoso de entrar en acción.

—Si piensan pasar ahí la noche lo llevan claro —afirmó Raúl, soltando su habitual risotada—. ¡Qué confundidos están!

Toni disfrazó en la noche su cínica sonrisa, complacido por la actitud que veía en sus camaradas y la idea que mantenía en su cabeza respecto a los acontecimientos inmediatos. Un ademán puso fin a la pérdida de tiempo y sirvió para indicar al grupo que era la hora de barrer la basura. Como si de una sola persona se tratase y lo hubieran entrenado hasta la perfección, iniciaron la marcha por la penumbra de la calle hacia el parque que todos conocían. Llevaban toda la semana esperando ese tipo de noches, buscando la emoción que, en la mayoría de los casos, los evadiese de las miserias de sus vidas. Una vez metidos en sus simples anhelos no podían mantener en su

interior el entusiasmo. La calma tensa los superaba y las vaciladas ocupaban el silencio de las horas nocturnas.

Edu se tomó un instante para observar el arranque del grupo. Terminaría uniéndose al movimiento colectivo, que normalmente encabezaba junto a Toni, pero no antes de recordar lo bien que se sentía antes de que fuera a buscarlo Monti. Sus amigos y compañeros dejaban a un lado sus alegrías, sus penurias y sus vivencias personales para agruparse en torno a las tareas que, si bien siempre habían tirado de él, en algunos momentos se le imponían como inexcusables exigencias. Contempló a Toni a la cabeza, no podía ser de otra manera, y sin que nadie ocupase el hueco que le correspondía y hacia donde aceleró para rellenarlo antes de que lo echaran en falta. Apretó los dientes, enganchó su sonrisa y se dispuso a cumplir con su obligación.

—Sabes que no me puedes dejar atrás.

Toni lo vio de reojo llegar a su altura e igualar su paso firme y orgulloso. Desconocía el significado de la palabra temor, pero tener a Edu a su lado, lo satisfacía por encima del resto. Siempre era el primero en entrar en acción, sabiendo que su amigo le iba a la zaga. Le gustaba dar el primer golpe y escuchar el angustiado grito de su presa antes de que el resto de golpes se multiplicasen. Cuando la víctima perdía incluso la capacidad de gritar, Toni perdía el interés y buscaba con quien empezar de nuevo el proceso.

No necesitaba mirar directamente a Edu para saber que una noche más era su más leal compañero de caza. De haberle prestado más atención se hubiera encontrado con que su rostro no mostraba el mismo entusiasmo que el de sus camaradas. Un rasgo distintivo lo marcaba como diferente, aunque semejante detalle no significaba que no estuviera dispuesto a dar un golpe definitivo a la tarea.

De los presentes, incluso de los pocos ausentes esa noche, Edu no tenía igual respecto a velocidad. Era el más rápido, tanto corriendo como haciendo bailar los brazos. De no haber salido de un barrio tan humilde, de haber tenido las mismas posibilidades que otros, de no haberse dejado tentar por el mundo de la noche, tal vez el deporte habría representado una alternativa donde destacar.

—¡Esas ganas, esas ganas!

Como era costumbre, por detrás de ellos, luchando por mantener el ritmo sin perder la dignidad de su apariencia caminaba Monti, haciéndose escuchar. Era un individuo tremendamente peculiar. Cuanto más se dejaba notar, menos se acercaba a la persona y más al personaje. Había encajado en

el grupo sorprendentemente bien después de fracasar en su adaptación a diversa gente. Admiraba a Toni, a quien había ascendido a un altar y convertido en su único ídolo. Edu había sido su amigo desde la infancia, aunque diferentes elecciones y algunas actitudes controvertidas los había llevado por distintos caminos en algunos momentos. Era con quien más conversaba, con un carácter hablador y más cercano que muchos de los presentes. La buena amistad que los unía era una de las pocas realidades en la vida del hijo del maltrecho matrimonio Montero.

—¡Pelirroja, guapa! —exclamó Raúl, radiante de orgulloso al ver a la joven apartarse de la calle junto a un par de amigas ante el paso del grupo, pero girándose a tiempo de echarle una mirada de atracción—. Quédate con su cara para hacerle luego una visita y enseñarle cómo hay que arrancarse las bragas sin quitarse el vestido. —Su risotada se elevó sobre el sonido de los pasos.

—Para entonces ya se la habrá calzado otro —lo desanimó Mauri, caminando entre el bravucón y el pequeño Alex.

Mauricio Cabrero era el hijo mayor de un militar herido en el campo de batalla. Medía más de un metro noventa y pesaría en torno a los ciento veinte kilos. Sus puños eran martillos que hacían tronar el cielo con cada golpe, pero profesaba cierto temor hacia Toni, aunque pudiera sorprender. Siempre había sido grande y fuerte, atributos que no habían evitado que su padre le enseñara que «las letras con sangre entran». Y desgraciadamente, también lo que no eran letras...

La comitiva se dejaba notar como una leve marea que tomaba cada calle, dejando tras de sí un murmullo. Radiaban ese aire de perdonavidas de los grupos numerosos, sin importarles que pudieran no tener público que lo apreciara. En sus rostros no faltaban los rasgos duros, las muecas prepotentes y las sonrisas cínicas y chulescas. Los brazos se movían hacia delante y hacia atrás al ritmo de los pasos y levemente separados del torso, mientras las piernas arqueadas caminaban desafiantes hacia la tarea que les encomendaba el destino.

Las cabezas rapadas, desfilando por las oscuras calles de barrio, los hacían parecer un grupo de soldados recién salidos del cuartel en busca de la juerga que les ofreciese la noche. Era su cuestionable manera de pasarlo bien y en la que mejor se desenvolvían. Su sola presencia bastaba para provocar la intimidación y propagar respeto, cuando no miedo, por los recovecos del lugar.

En ese momento, como en muchos otros similares, sus mentes, como si se tratase de una única y colectiva, solo daban vueltas a una idea. Su obsesión marcaba sus motivaciones mientras para otras personas no eran más que salvajes delitos. Para ellos nada más lejos de la realidad. Su existencia había quedado marcada por sus creencias y lo que representaría realmente un delito imperdonable sería no seguirlos. No seguir las pautas que marcaba la directriz principal, cuanto menos, era una traición al colectivo y a uno mismo. Debían ejecutar sus principios, convirtiéndolos en los actos necesarios. No podían fallar a su cruzada, a sus ideales..., y para ello les era imposible no escucharlos al tenerlos grabados a fuego en su mente. Dichos ideales eran, y seguirían siendo, lo primero.

Apenas habían pasado quince minutos cuando un parque, sumido en el silencio y la oscuridad, se extendía delante de la camada. Era una vista intimidante y enigmática, cuyo efecto se limitaba a ocultar un mundo aparte de las calles. Los árboles, difícilmente alcanzados por la oculta luz de la luna y el reflejo de las escasas y apartadas farolas, demandaban tétricas siluetas que se retorcían en sí mismas, ancladas al suelo. Nada ayudaba a resaltar un parque abandonado de cuidados y entregado durante las noches a las tinieblas.

El lugar hacía tiempo que había perdido la función de acoger los alegres juegos de los niños, los relajantes paseos de los ancianos, el agradable paisaje de la naturaleza en la ciudad... No servía más que para acoger a la escoria que desbordaba el barrio. Las noches eran idóneas para perderse entre drogadictos, indigentes o prostitutas, en un ambiente donde se contaban como mayoría. Detrás de cada árbol podía agazaparse un individuo capaz de apropiarse de lo que no era suyo. Sobre cada banco sería normal encontrar a un amante del alcohol, tal vez sin hogar o temiendo volver al suyo y encontrarse con su parienta en el mejor de los casos, o incluso con la suegra en el peor.

Injusto sería considerar un cobarde a quien fuera presa del temor por adentrarse en un terreno semejante. Con la verdad por delante se confirmaría que a los más respetables del lugar les daba miedo. Entre temerosos y precavidos no se encontraba la confiada cuadrilla de Toni. Era la brigada nocturna de choque y limpieza, irrazonables con las excusas, exhaustivos con la tarea.

Sin confusas dudas, sin certeros temores, sin dejarse intimidar por el tétrico cuadro real que ante ellos se extendía como un aviso de peligro. Se hundieron en la oscuridad con determinación, atravesando la zona con un paso

firme y orgulloso, con poderosas pisadas y porte chulesco y despiadado. Sus ojos saciaban la acción, el hedor de la sangre, el subidón de la adrenalina...

Nadie surgía a su paso, ni surgiría de tener dos dedos de frente. Nadie se atrevía a meterse en su camino. Ni siquiera a molestar ante sus miradas fijas y llenas de rabia. No hacía falta gritarlo para saber que ellos mandaban. Ellos eran la justicia. Al menos, representaban su dudosa forma de entender la justicia. Quién quisiera ser condenado, castigado, ejecutado... solo tenía que cruzarse en su camino, desafiante con una mala mirada..., incluso bastaba con ser diferente. Solo tendría que salir a su paso, dirigirse irrespetuosamente a sus personas o simplemente dejarse ver. Era suficiente con que lo señalaran como objetivo...

Esa noche, no portaban armas que proyectar con el fin de dañar. Carecían del filo de las navajas, la traición de los mosquetones, la contundencia de los bates... Se disponían a usar sus manos convertidas en puños, sus piernas como agresión definitiva, sus músculos como base de la lucha... Esa noche mostraban sus cuerpos descubiertos, pero nunca indefensos. Siempre acudían a la batalla armados por el odio y la intolerancia, y no necesitaban más para limpiar el parque. Sería como un simple día de papeleo en la oficina, pero teñido de escarlata bajo el oscuro cielo. Llegar, limpiar y volver al garito. Era simple el plan. Así de fácil, así de sencillo. Sin más problemas, sin más complicaciones, sin ningún escrúpulo...

La distancia no superaría los doscientos metros de su objetivo cuando se detuvieron conteniendo un ansia que se reflejaba en sus ojos. Se volvieron a reagrupar, igual que habían avanzado por las calles. No apartaban la mirada de los cinco o seis indigentes que, ajenos a lo que se les echaba encima, se habían juntado en ese claro del parque, como hubieran podido hacer en cualquier otro lugar, para hacer frente al contratiempo más inesperado. Era de noche, el destino los había señalado y los había convertido en la presa de un contratiempo mayor de lo que podían controlar. Lo inevitable era una realidad...

La tensión contrajo sus músculos y los puños se cerraron apretando con ganas. Les era fácil a más de uno imaginar los cuellos de esos «desgraciados» descansando entre sus dedos, cerrados como tenazas. Los labios de Toni se ensancharon en una mueca cínica. Sonrió bajo la noche, degustando el instante, sin que nadie apreciara la satisfacción que desprendía su cruel sonrisa. Deslizó la palma de la mano por su cabeza rapada, deteniéndose unos segundos en la coronilla, donde pareció acariciarse como ritual para la guerra.

Era la hora. Su momento había llegado. No debían perder más tiempo...

—Seis. Hay seis y... ¡son para nosotros! —Su voz contundente resonó en la penumbra, desafiante y perdida en un pozo negro—. ¡Vamos a dar a esos cabrones lo que merecen!

Por la mente de alguno de sus compañeros atisbó de pasada la duda sobre si Toni habría tenido escrúpulos alguna vez. La creencia afirmaba que nunca se había preocupado por ello, ni le había importado lo más mínimo. El pensamiento no se convirtió en palabras, ni siquiera una insinuación. Toni solo cumplía el ideal. Simplemente marcaba el camino en el que todos creían... ¿o alguno no?

—¡Ahora!

La llamada a la batalla repercutió hasta el último rincón del parque, ahuyentando con su firmeza a la propia noche. La camada se convirtió de inmediato en un conjunto de pataleos contra la fría superficie de arena y hierba. Corrieron como hienas sedientas de sangre hacia las indefensas víctimas que simplemente pretendían descansar para olvidar su duro día a día. O al menos intentarlo, sin éxito. Las suelas de las gruesas botas, usadas a menudo como armas, organizaron semejante escándalo que hicieron despertar a los pocos vagabundos que habían conciliado un errático sueño, envueltos por el gélido aliento nocturno.

La sorpresa pareció detener el tiempo durante unos instantes imprescindibles y la confusión arrastró cualquier resto de lucidez. Los pobres indigentes quedaron sujetos a una presa en el espacio y el desesperado intento por huir se desvaneció antes incluso de haber dado inicio. Les fue imposible escapar del violento infierno que sin piedad se les echaba encima. Cuando se repusieron del asombro y lograron levantarse de sus duras e improvisadas camas, en suelo y bancos, a cielo descubierto, apenas recuperaron unos segundos antes de recibir en sus carnes la ansiosa y fogosa carga de los «soldados» patriotas.

La camada de Toni, con desmedida inercia, se lanzó en pos de las indefensas presas, arrollando a su paso, sin importarles nada salvo infligir dolor, a esos seres humanos que no habían recibido un buen trato por parte de la vida. Algunas de sus víctimas, las que menos suerte tuvieron, cayeron al suelo como famélicos muñecos de trapo, recibiendo sin la más mínima posibilidad los numerosos golpes de esas botas reforzadas con punta de acero que sin piedad se usaban como armas.

Mauri, como un gigante rodeado de una raza de menor tamaño,

destacaba en la penumbra del lugar. En el primer envite solo necesitó dos bruscos movimientos de sus brazos. El primer mendigo que había intentado huir por el terreno de hierbajos y que había ido a cruzarse en su camino se derrumbó como un fardo, inconsciente y sangrando por la boca y la nariz, incapaz de encajar semejantes golpes.

La estrategia avanzó de nivel y, controlados quienes no habían tenido oportunidad de levantarse del suelo o habían caído en la primera carga, Toni se lanzó a por quien más cerca le quedaba. No temía un enfrentamiento con alguien que se mantuviese en pie. Al contrario, lo anhelaba después de disfrutar de las primeras presas. Liberó su brazo con fuerza y golpeó la cara del vagabundo en plena nariz. El tabique nasal cedió y crujió al romperse junto a otros huesos menores. El gran error del pobre desgraciado tuvo más que ver con la suerte que con la intención y fue no caer al suelo. El líder, sintiéndose desafiado, se cebó con él sin ningún miramiento. Soltó dos ganchos llenos de odio, cazándolo uno a cada lado de la cara y rematándolo al hincar su rodilla a la altura de su estómago vacío. El indigente se derrumbó como un tronco recién cortado.

Los tres pobres hombres que habían recibido directamente la carga inicial habían perdido el equilibrio, cayendo al suelo y quedando inmóviles, en pocos segundos, ante la lluvia de salvajes y numerosas patadas. La sangre carmín que escapaba de los tres cuerpos inmóviles formaba un charco, extendiéndose a su alrededor y pareciendo negro el líquido bajo la noche.

—¡Vale, vale! —La voz de Edu sonó por encima del ruido de los golpes, llamando al orden—. ¡Joder, vale ya!

Las patadas innecesarias cesaron, sin respuesta por parte de la carne golpeada, y no sin antes soltar el pie alguna vez más de forma gratuita. Cinco cuerpos, maltratados y carentes de movimiento, con sus mentes perdidas en el inconsciente, pero afortunadamente con vida, descansaban de modo obligado en el suelo del tétrico parque. Ante la ausencia de una luz más intensa parecía un cementerio.

—¡Uno se escapa! ¡Se va corriendo!

En cuanto el grito del joven Alex rompió la noche, llevándose por delante el efímero silencio, todas las miradas se tornaron hacia el propio Edu. Resultaban innecesarias las palabras, la petición era como el mandamiento fijado a fuego que no se podía contradecir. No podían dejarlo escapar sin el castigo merecido. No se podían permitir un error de tal magnitud. No existían debilidades en su acto violento. Debía ser cazado como los demás y solo uno

de los presentes era capaz de alcanzarlo.

El individuo corriendo y las miradas clavadas en su persona bastaron para que, de inmediato, Edu García estallara en una explosiva carrera. Cada segundo representaba la tendencia con la que ir recortando, metro a metro, la distancia que en un principio le había ganado. El muchacho era una centella en el plano oscuro que presentaba la noche. El viento frío silbaba como un leve huracán en su oído. Ese indeseable no podía escapársele, no sin pagar su vaguería, su falta de trabajo, el desecho que representaba en la sociedad...

No podía ser de otra manera y lo inevitable se hizo real. No tardó en anular la distancia completa, alcanzándolo antes de lo que el fugitivo hubiera querido y esperado. Se regocijó al llegar a su altura y ejecutó el movimiento definitivo. Lanzó su pierna en plena carrera y colisionó contra la rodilla izquierda del huidizo cobarde. Mientras su objetivo caía Edu escuchó un crujido que helaba la sangre y, al contemplarlo retorcerse en el suelo, mirándolo con una mezcla de desdén y sorpresa desde la corta altura, distinguió como la rodilla formaba un ángulo inverosímil en referencia al resto del cuerpo.

El pobre y desgraciado indigente, cuyos sollozos se extendían en el cielo nocturno, no huiría a ningún sitio ni esa noche ni en mucho tiempo. Sería presa del lugar donde había caído sin otra salida que llorar con su dolor hasta que alguien lo encontrase y consiguiera llevarlo a un hospital, para después quedar atado a unas muletas, cuando no a una silla de ruedas por una larga temporada...

Edu respiró profundamente, obligándose a dejar de mirar esa rodilla destrozada. Desvió la mirada hacia atrás, hacia su grupo, hacia sus camaradas... Ni Toni ni el resto podían ver, desde la distancia, qué estaba sucediendo ni cuál era el estado del vagabundo. Se sintió libre de esquivar explicaciones y dejó al herido sin más castigo. Lo abandonó con cierta desazón en el desquiciado y violento ambiente que los rodeaba...

La noche había empezado a dejar de serlo para convertirse en madrugada según se acercaba el amanecer. Eran las seis de la mañana pasadas y, como cabría esperar, nadie había tentado al destino intentando invadir un territorio que les pertenecía. El capítulo de los indigentes había quedado olvidado en los principios de la noche. Una tarea cumplida y lejana para ser recordada.

El garito también había perdido el ambiente de las primeras horas

nocturnas, cuando euforia y jolgorio se entremezclaban hasta ir perdiendo fuerza y desencadenar, en algunos casos, en bajonazos producto de la frustración incontenida o el efecto del excesivo alcohol. Apenas quedaban cinco o seis miembros de la camada, en el estado más acorde con esa avanzada hora de la madrugada.

Toni, aburrido de no hacer nada de provecho, hacía un buen rato que se había marchado en busca de algún tipo de movida que le animase el resto de la noche y con lo que poder servir de ejemplo al día siguiente. Mauri y Marc no habían podido contener su necesitado y mutuo protagonismo y lo habían acompañado en la cruzada. Si el destino violaba su orden natural y se encontraban con algún asunto que no pudieran despachar con la habitual eficacia volverían para reclamar ayuda, y allí encontrarían a Edu y compañía dispuestos para acudir y recomponer cada cosa en su sitio, aplicando el castigo que fuera merecido.

Alex se había marchado a casa con la frustración que le provocaba su corta edad. Sus escasos quince años y cierta disciplina por parte de su familia no le permitían toda la libertad que querría. Procuraba respetar ciertas directrices y no crear problemas en casa, representando el papel de buen hijo. Era un caso excepcional y poco habitual dentro del ambiente que los rodeaba.

De la escasa media docena que se mantenían en su falsa guardia un par de los chicos menos populares dormitaban, ebrios de alcohol y hundidos en sueños de contraste entre miserias y hazañas, recostados en los viejos sillones de uno de los oscuros rincones. En algún momento de lucidez habrían preferido estar incómodos en su ambiente que levemente más a gusto en sus cuestionables hogares. Allí se encontraban entre camaradas, entre amigos, entre hermanos..., y eso les parecía lo máximo.

Raúl se refugiaba en las sombras de un triste reservado mientras se estrechaba con una joven de dudosa reputación en el barrio. Había iniciado el tonteo al regresar del parque y la negociación no podía acabar de otro modo. Era el casanova de la camada, y poco más que el favor femenino aportaba al grupo. Todas las noches, después de aparentar que había cumplido con la tarea encomendada, encontraba donde meterla. Era un maestro en tales menesteres, aunque esa noche se había conformado con la golfa de Leti, que siempre buscaba un buen rato entre alguno de ellos, empezando con salirle al paso al guaperas.

Apartado de todo y de casi todos, huyendo de comentarios insulsos y dormitadas sin sentido, Edu tomaba un nuevo trago de whisky con hielo, el

enésimo en lo que iba de noche, perdido en sus pensamientos. Monti lo acompañaba, sentados en una mesa retirada, cerca de un rincón, pero no demasiado lejos de la barra. Ingerían el alcohol con la misma facilidad que si se tratase de agua, tocados por su efecto, mientras que a sus oídos llegaba de modo monótono la ahogada música de esas tardías horas en el garito. Era un modo como otro cualquiera de esperar el amanecer del nuevo día.

—¿Cuánto tiempo llevas con nosotros, Monti? —rompió su silencio personal Edu, repitiendo un nuevo trago de su manoseado vaso.

—Casi cuatro meses —respondió a la pregunta tan rápido que parecía tener preparada la respuesta—. ¿Por qué? —se interesó recostándose en la silla. Su inseguro balanceo casi amenazaba con hacerlo caer.

El muchacho se encogió de hombros y negó con la cabeza, como si hubiese soltado la cuestión por cualquier motivo, igual que podía haber dejado caer alguna tontería. Monti no necesitaba esforzarse para creer que tal era el motivo. Incluso comenzaba a perder interés y olvidar la pregunta cuando llegó una nueva, más personal y menos casual en diversos aspectos. Silencio y preguntas eran producto de las cavilaciones de Edu.

—¿Y qué tal lo llevas?

Monti dejó caer la silla hasta apoyar las cuatro patas en el suelo y depositó con fuerza el vaso sobre la superficie de la mesa. Miró a su buen amigo, arrugando el ceño y extrañado por esa pregunta simple e inesperada. Consideraba y creía innecesario responder cuando se podía diferenciar en su rostro y en el entusiasmo de su comportamiento que nunca se había encontrado mejor. Jamás hubiera esperado esa cuestión de ninguno de sus camaradas y mucho menos de su amigo Edu García. Lo conocía desde pequeño y, mejor que nadie, sabía de su euforia desde que se les había unido.

—¡De puta madre! —contestó sin ocultar la plenitud de su euforia—. ¿No lo notas? —cuestionó sonriendo—. Estás perdiendo capacidad de observación.

—Sí, bueno... —dudó Edu sin acertar con las palabras para explicarse—. Me imagino que sí, pero llevaba unos días queriendo preguntarte unas cosas.

—Adelante, pregunta lo que quieras. No tenemos otra cosa que hacer..., salvo beber. —Le mostró su vaso, casi lleno, y dio un buen trago, ingiriendo la mitad del whisky.

—¿Te sientes bien?

—Es lo mismo que acabas de preguntar.

—Cierto —reconoció, sonriendo y refugiándose en los efectos del alcohol—. Quería decir si con otros grupos hacíais lo mismo.

—¡Qué va! —exclamó Monti junto con un ademán de haber escuchado una soberana tontería—. Eran unos jodidos rajados.

—¿Y crees que hacemos bien?

El interrogante fue como un jarro de agua fría en el cálido entusiasmo de Monti. Un buen puñetazo en su boca no le habría causado tal estupefacción. Se quedó helado al escuchar las palabras, sobre todo, tras unos segundos necesarios para entender su significado. ¿Cómo que si hacían bien? ¿A qué se debía semejante pregunta? Edu se mantenía mirando su propio vaso, prácticamente vacío a excepción de dos reducidos pedazos de hielo. Monti no contestó. Principalmente por no entender cuál era el fin de asunto.

—Mira, vienen a buscarte.

Edu pensó que era el modo de huir de la pregunta y desvió la vista con desinterés. Una grata sorpresa disfrazó el final de la noche en festejo. Se levantó de la silla y, sin despedirse de su amigo, atravesó el garito hasta el primer escalón de las escaleras que conducían al exterior. El tardío regreso se debía únicamente a su persona y no necesitaba cuestionarlo para descartar otra opción. Había calado en ella con la atracción, desechando la timidez y la inocencia inesperada.

—Creía que me habías dicho que no volviera a acercarme.

Su sarcástico tono de voz fue suave para no espantarla y la broma quedó bien, a pesar de no ser del todo escuchada por la recién llegada. Lo esperaba en la escalera, manteniéndose de pie, no sin cierto balanceo que indicaba el efecto de alcohol en sus venas. Su mirada lo había buscado en cuanto había entrado y no lo había perdido de vista desde ese instante. Le brillaban las pupilas mientras que sus labios se humedecían imaginando su momento.

—No te has acercado tú... —coqueteó con su mirada y la mueca provocativa de sus labios—, simplemente he sido yo quien ha venido a buscarte.

La atractiva rubia había perdido, después de las horas de parranda, su impecable aspecto. El peinado se le había alborotado levemente y el maquillaje de su rostro había perdido su perfecta línea inicial. Su blusa blanca mostraba alguna arruga, antes inexistente, y su minifalda negra se le subía más de lo habitual. El alcohol la había desinhibido, llenándola de valor para plantarse de nuevo ante él. A cambio, había ganado en provocación y en una mueca que podía resultar devastadora para cualquier varón. No se iría sin la

satisfacción que él representaba.

—¿Con qué intención? —le siguió el juego, encantado de la nueva actitud.

—Al irte te he preguntado si me dejabas así... —dejó las palabras colgando de su mirada entregada—. No estoy dispuesta a quedarme de este modo. Así que, déjate de hablar y haz lo que debes.

Edu miró hacia su amigo y le sonrió con ese sarcasmo de seguridad tan propio de sus instantes de triunfo. La joven era un premio que no podía rechazar y, envuelta en esa aura de alcohol y deseo, logró calentarle la sangre excitada. Se volvió de nuevo hacia ella y su mueca aclaró que nada detendría la compensación por haberla dejado tirada. Él se merecía el placer por la tarea bien hecha y ella por haber buscado la recompensa que, sin duda, le esperaba.

Monti había intuido la conversación más que escucharla. Sabía cómo acabaría y la mirada de Edu le confirmó que existían sucesos que siempre terminaban del mismo modo. Cuando Edu le comió los labios a esa preciosidad, sujetando con sus manos las prietas nalgas, fue la culminación a su acertada suposición. Al perderlos de vista, en la soledad con su whisky recordó la extraña sensación que le había dejado la última pregunta de su viejo amigo. «¿Y crees que hacemos bien?». Solo podía tratarse de una prueba que Toni le habría mandado presentarle. ¡Claro que hacían bien! Era una tarea que llevar a cabo para mantener en orden las calles. Si ellos no hacían el trabajo sucio, entonces ¿quién se encargaría de ello...?

Capítulo 2

BEL

La puerta del portal, con un filo hilo recorriendo el cristal y amenazando con hacerse añicos, liberó la visión del nuevo barrio que se extendía desde sus pies. Sus ojos contemplaron con una contenida ilusión el mundo inmediato que rodeaba la nueva etapa de su vida. Las vistas no eran ninguna maravilla, sino todo lo contrario. Una calle humilde y vieja, donde se mezclaba gente humilde y trabajadora con otra cuyas desgracias, voluntarias o involuntarias, la habían entregado a un umbral, cuanto menos, pobre y necesitado. Lo curioso era que, evitando las penurias humanas que pronto se le echarían encima, le gustaba lo que veía por carente de glamour que estuviese. La combinación de estridente ruido y continuo movimiento bastaba para llenarla de satisfacción.

Siempre había deseado moverse entre calles estrechas, limitadas por bastos edificios de cuatro o cinco pisos de altura. Anhelaba confundirse entre gente desconocida que iba para un lado y para otro, casi siempre con prisa y sin tiempo para reconocer los rostros de quienes se cruzaban en su camino. Tenía la necesidad de vivir en esas calles donde las fachadas parecían venirse encima y su altura impedía la llegada directa del débil sol de febrero. Acostumbrada a los espacios abiertos, le agradaba la novedad de la sensación de un acoso continuo por parte de su propio entorno arquitectónico.

Su joven vida había transcurrido durante sus primeros años en la lejana Guinea, de donde apenas le quedaba algún recuerdo, y prácticamente su total existencia se limitaba a un pequeño y apartado pueblecito del sur de la península. Su padre había alternado trabajos como albañil con duras jornadas en los campos. Ahora había conseguido un buen trabajo en la capital mientras que su hermano había alcanzado una beca para la universidad. Trasladarse, incluso a medio curso, y llegar a Madrid representaba su sueño desde que era pequeña, al margen de las buenas noticias añadidas.

Una gran ciudad, aunque se limitase a uno de sus más modestos barrios,

resultaba la mejor manera de recrear su entusiasmada vista, de satisfacer su ansia ilimitada de urbe inmensa y contaminada. Los edificios que podía contemplar sin moverse del portal eran una absoluta novedad en su día a día, acostumbrada a las casitas bajas del pueblecito y los extensos espacios abiertos que se encontraba a cada paso, siempre con el cielo inmenso a la vista. No se quejaba de su vida hasta entonces, pero necesitaba un nuevo ritmo más acelerado, donde el tiempo no pareciese detenerse a cada instante.

—¡Bel! —Se giró al escuchar la voz de su hermano desde la puerta de su nueva casa en el piso bajo—. Dice madre que tengas cuidado y no vuelvas muy tarde.

—Muy bien, Manu —contestó sintiendo como la sonrisa llenaba sus labios, sin que nada pudiera arrancarla de ellos.

Era una preciosa perla que descubrir, en vez de blanca, de ébano. Su radiante cara relucía con unos dulces y frescos rasgos naturales. Su cabello rizado y moreno, con destellos azabache, alcanzaba suelto y ligero sus hombros. Sus profundos ojos, negros y misteriosos como la noche, lucían soñadores, brillantes como las estrellas en el cielo. Pequeña y redonda, como mostrándose con timidez, se veía su naricilla bajo los luceros oscuros con los que miraba ilusionada el entorno que la rodeaba. Sus labios, siempre sonrientes y risueños, destacaban entre tan bonitos rasgos. Y su frágil cuerpo servía de unión a un esbelto y estilizado cuerpo de cristal.

Era belleza pura y real. Belleza africana crecida en España, educada al sur del país e influenciada por la pasión española. Una joven española con sangre africana en las venas. Sus padres, con doble nacionalidad desde hacía años, se sentían orgullosos de su hija, de su semilla precisamente cuidada a través de su joven edad. Afirmaban, llenos de dignidad, que se parecía a su centenaria tatarabuela, africana y casada con un español a principios de siglo en la lejana Guinea.

Sin importarle alguna mirada indiscreta que pusiera en duda la coherencia de sus actos respiró profundamente el aire contaminado que, no obstante, le supo a brisa de sierra, fresca y aromática. Se sentía feliz ante la culminación de su primer sueño. Su anhelo se había impuesto, en una porfía imaginaria, a los deseos de su hermano. A pesar de representar una buena razón en el traslado debido a su futura beca universitaria, a Manuel nunca le había llamado la atención vivir en tierra de ruidos y alborotos, conflictos y riesgos...

Era sábado, 22 de febrero de 1997. Un día de fin de semana para

cualquiera y un gran día para ella. Se encontró con mucha gente, demasiada al estar acostumbrada al pueblo. Era un barrio obrero y los sábados se trabajaba como entre semana. No se acobardó ante tantas personas que iban y venían por la calle. Al contrario, se envolvió en su propia euforia y se mezcló con esa gente, con ese barrio, con esa ciudad... Se dejó arrastrar por esas calles desconocidas, paseando y disfrutando con el simple hecho de estar allí. Contempló los edificios, sin numerosos pisos, pero suficientes para causarle el agradable efecto de la novedad. Descubrió la diversidad de razas y personas formando un todo multirracial que enriquecía su vista y su espíritu. Nada era ni parecido a lo acostumbrado hasta la fecha.

Sus pasos resueltos y sociales avanzaban como flotando en el aire, como pisando sobre el leve viento de invierno, dejándose llevar por la fría brisa... Miraba continuamente a cualquier lugar. Fijaba la mirada en un punto para inmediatamente después desviarla a otro. Lo contemplaba todo con atención, sin perderse ni el más mínimo detalle. Quería empaparse de cuanto la rodeaba, de todo lo que saliese a su paso.

Durante esa mañana y parte de la tarde, se sintió la chica más feliz y afortunada del mundo. No podía imaginar sentirse más plena y satisfecha que durante esas horas descubriendo parte de su nueva ciudad, más allá de su barrio. Visitó cuanto le dio tiempo de Madrid, admirándose de lo mucho que le quedaría por descubrir de la gran capital. Entró en algún museo de gran fama, paseó por parques que le parecieron enormes, aun acostumbrada al campo, e incluso realizó una rápida visita al zoológico para contemplar especies diferentes a las de las granjas y corrales. El tiempo le parecía escaso para lo mucho que quería estirarlo y su ansia de conocer la forzaba a desear llegar a todos los lugares sin esperar a otro día...

Edu terminó de calzarse y ajustarse las botas, tensionando los cordones en el movimiento de lazada. Irguió su torso, estirando la espalda y haciendo sonar el cuello en una rotación para despejarse. Estaba sentado en el borde de la cama, completamente vestido y listo para abandonar esa habitación de universitaria. Se había preparado en silencio, sin hacer ruido ni llamar la atención.

El amanecer había llegado hacía bastantes horas y la luz nublada de febrero se colaba por la ventana. En pleno frenesí ninguno había reparado en bajar la persiana y con la llegada del día la claridad bastaba para dificultar el sueño. No solía levantarse tan tarde, pero el esfuerzo de la noche anterior, el

efecto del alcohol, la tardía hora de dormirse y la ardiente batalla que había presentado en esa cama eran razones más que suficientes para explicar que no se hubiera levantado antes.

Las mañanas que seguían a noches de tórridos encuentros le resultaban de lo más incómodas. Tener que despedirse, con la mente clara y sabiendo que no tenía ningún interés en volverla a ver le resultaba más violento que cualquier confrontación en el parque. Le parecía imposible sentirse atraído por mantener un contacto más continuado. El amor le duraba una noche y después despertaba como de una pesadilla donde el contraste era el placer. Los sentimientos románticos no estaban hechos para él. Afortunadamente, la joven rubia estaba profundamente dormida y, de no haberse despertado mientras se vestía, no lo haría antes de que se marchara.

A punto de ponerse en pie, una sonrisa le brotó espontánea en su rostro y, como si se lo pensara mejor, se mantuvo sentado. No quería dar explicaciones, pero le pareció divertido el pensamiento inesperado. Echó un nuevo vistazo a la muchacha, comprobando que ni se había movido ni daba impresión de irse a despertar. Se mantenía boca abajo y cubierta de un modo desordenado por una manta que había resultado de lo más suave.

Sin poder contener su malicia, tiró suavemente de la prenda de cama, provocando que el borde contrario se desplazase hacia él. El movimiento fue tan leve y el sueño de la muchacha tan profundo que en ningún instante estuvo cerca de sacarla de sus sueños. La joven y delicada piel de la espalda quedó al descubierto, extremadamente blanca. Llegó a destapar las piernas, contemplando el interior de los muslos, donde resguardaba un tesoro que durante la noche había compartido gustosa con su virilidad. Detuvo el borde de la manta en la parte posterior de las rodillas, reconociendo que tenía unas piernas bonitas, que había sabido reconocerla con la minifalda.

Los últimos minutos antes de marcharse, los dedicó a observar esos dos glúteos bien trabajados. Ese trasero le había gustado al verla vestida, pero le había encantado al contemplarlo únicamente con la tanga negra. Ahora lo miraba desnudo, reconociendo su belleza y firmeza. La juventud le ayudaba a lucir un importante atributo que añadía a su atractivo cuerpo, siendo un pecado para el hombre.

Su última conquista estaba muy bien, no podía decir otra cosa. Un rostro atractivo y un cuerpo joven y bien formado. ¡Qué más pedir para una noche! Además, no había resultado ninguna decepción como le había sucedido con otras chicas. Le había hecho pasarlo bien y eso lo agradecía. Por desgracia, y

siendo su último pensamiento en esa habitación de universitaria, justo cuando salía por la puerta, Edu García no se podía enamorar...

Desde que saliese de casa a primera hora de la mañana, desde que dejase escapar su mirada hacia el barrio cuando las manecillas de los relojes se acercaban a las ocho, hasta el momento cuando tocó regresar, pasadas las siete de la tarde, no paró ni un instante. Fue de un lado a otro, contemplando y admirando, disfrutando y soñando. No quería perder tiempo, conformándose con comer un simple sándwich sobre la marcha, mientras recorría el camino hacia algún objetivo nuevo. No quería tentar al destino al detenerse, arriesgándose a que pudiera ser que al día siguiente cualquier cosa de las que le quedaba por admirar dejase de estar donde se habían encontrado durante años.

Quedaban pocos minutos para las ocho de la noche cuando, cansada y sorprendida por la noche cerrada, subió al único autobús que había localizado y que le llevaría directamente a su nuevo barrio. Querría seguir dando vueltas por la ciudad, pero no tenía la necesidad de preocupar a su madre el primer día. Sin perder la compostura, y mucho menos la educación, se movió con habilidad y discreción para tomar asiento junto a una de las grandes ventanas. A través del sucio cristal, y haciéndose un hueco entre la película de vaho que cubría la superficie por la diferencia de temperatura, continuó su particular observación de las novedosas calles. No había cansancio suficiente que privase a su atención de seguir fijándose en cada detalle. Todo le interesaba, todo lo quería ver, todo despertaba su curiosidad...

Bel había pasado su infancia y gran parte de su adolescencia en un pequeño pueblo. Se había criado y había crecido rodeada de un entorno rural, aunque no por ello había dejado escapar la oportunidad de convertirse en una jovencita educada, culta e instruida. Había dedicado las horas necesarias al estudio y la educación para alcanzar la formación que deseaba y que, sin duda, se merecía. Había asistido a los cursos académicos hasta acabar el BUP con brillantez y las alabanzas de sus profesores.

Llegaba a la ciudad en el momento de hacer frente a medio curso de COU y el consiguiente acceso a la universidad. El nuevo objetivo despertaba más ilusión que temor, aunque no fuese fácil trasladarse de centro en el mes de febrero. Nada podía ser más duro que desplazarse de un pueblo a otro para asistir al instituto cada día. Ahora las clases le quedaban cerca y solo debía

preocuparse de estudiar. Sus notas no bajarían y, a finales de junio, realizaría la selectividad para alcanzar sus futuros estudios superiores cuando en octubre comenzase en la universidad. Ese era otro de sus sueños, que dependía únicamente de su dedicación y esfuerzo, y que pronto haría realidad, si no dejaba que se torciese su camino.

La euforia mal contenida que no había alojado en todo el día perpetuó la sonrisa en sus carnosos labios. Se sentía tan plena que apenas le importaba que cualquiera pensase que no estaba bien de la cabeza. La oscuridad del exterior, junto con los reflejos de los fogonazos de luz en el cristal, fue incomodando su vista, que al igual que su cuerpo iba dando muestras de cansancio. Desvió la mirada desde las calles de Madrid al interior del autobús, donde los pasajeros se apretaban con las ropas de abrigo, a pesar de no hacer frío allí dentro. Reinaba un relativo silencio. Apenas un par de personas mantenían un cruce de palabras sin levantar demasiado la voz. En su mayoría eran personas trabajadoras volviendo a casa después de una larga jornada laboral. Conociendo hacia donde se dirigía el transporte público, seguro que ninguno gozaría de una buena paga a final de mes.

El autobús se detuvo en la siguiente parada con su habitual frenada y su consiguiente traqueteo. Bajaron un par de pasajeros y cuatro o cinco subieron en su lugar, ocupando los asientos libres y teniendo que realizar alguno el trayecto de pie. La sensación de agobio se hizo patente sin llegar a representar un problema. Lo que pudiera resultar levemente desagradable a Bel le pareció una novedad.

En un principio Bel no les prestó más atención que a cualquier otro pasajero que se hubiera subido en otras paradas. No había recabado en ellos como tampoco lo había hecho con ningún muchacho con quien se hubiese cruzado durante ese buen día. Casualmente la vista se le había ido hasta ellos y, a pesar de no tener un interés especial, sintió cierta atracción poco explicable. Quería disimular, debía hacerlo, incluso lo intentó de un modo poco convincente. Sabía que era una falta de educación fisgar de ese modo y ella nunca se había considerado una maleducada. Debía llamarse al orden, pero le estaba costando... Cuanto menos quería mirarlos, más se le iba la mirada hasta ellos.

La indiferencia patente en un principio fue devorada por una curiosidad, despertada e invitada dentro de su incipiente intriga, que iba aumentando en línea ascendente tambaleando su propio saber estar. Lo que en un rápido vistazo había pasado desapercibido fue llamando su atención con el paso de

los minutos y con una desconocida importancia que se hacía mayor con cada escaso segundo. Lo máximo que consiguió fue moderar su mirada, observándolos de reojo y con cierto disimulo, sin dejarse arrastrar por la dejadez de mirarlos con descaro. Aun así, no logró contenerse lo suficiente para apartar sus oscuros ojos de ellos.

Esa curiosidad, despertada en su interior por su afán de aprender, la mantenía expectante y atenta, sin perder esos detalles que tanto le fascinaba observar y haciéndola presa de una sensación que iba exageradamente en aumento. Centrabá su interés con una atracción que a cada instante era mayor y cuya intensidad parecía un peso, solo aliviado cuando los miraba. Aunque se le daba modestamente bien observar con disimulo, su afán por conocer le jugaba una mala pasada.

Sin presentar rasgos excesivamente peculiares ni una extravagancia digna de alterar a los presentes, la apariencia de esos dos jóvenes le resultó bastante llamativa. Vestían con relativa simpleza, pantalones tejanos negros y cazadoras vaqueras, a pesar del frío de finales de febrero. Llevaban zapatillas de deporte, sino negras, al menos de un color bastante oscuro. Destacaban las gafas de sol que, debido a la llegada de la noche, descansaban sobre sus cabezas, liberando sus ojos. Y precisamente, esas cabezas representaban el aspecto que más llamaba su atención. Estaba acostumbrada a ver el cabello bastante corto, e incluso a quienes no lo poseía por la incipiente calvicie, pero no recordaba a nadie, salvo militares y quienes se encontraban realizando el servicio militar, que se hubiera rapado el cabello hasta ese punto de manera voluntaria...

Por delante de su camarada había subido Edu al autobús que por momentos pensaba que se le escaparía. Lo había hecho como cada tarde, escuchando las vaciladas de Monti. Algunas de ellas sin ningún sentido, simplemente motivadas por la euforia que lo tenía poseído durante los últimos tiempos. Estaba mentalizado a soportarlo durante el trayecto, como cada día y como el buen amigo que era.

Inesperadamente, una novedad lo esperaba para romper la monotonía habitual. Apenas había enseñado el abono mensual al conductor cuando un factor distintivo trastocó el cuadro al que estaba acostumbrado. La joven chica negra fue lo único que pareció existir en el interior del transporte público. Fue lo primero que vio y lo único que le importó. Por difícil que resultase de

creer, en escasas ocasiones —si es que había existido alguna— un individuo de color se subía en esa línea de autobús a esa hora del anochecer.

Sin pensar en ello, actuó inconscientemente para, con un par de movimientos disimulados y dentro de una relativa normalidad, conseguir que Monti, que había subido al autobús siguiendo sus pasos, no tuviese oportunidad de descubrir a la chica. No tenía la motivación ni la disposición de acabar la tarde entre movidas y problemas. En ese momento, tampoco sentía la necesidad de llevar a cabo los actos que durante la noche consideraban hazañas. No deseaba dejarse ver en tales menesteres en un transporte a la vista de toda la gente. En definitiva, no le apetecía ningún tipo de desgaste, solo quería llegar a casa y tumbarse sin más complicación. Había tenido bastante quebradero de cabeza con el numerito de la noche anterior en el parque. Todavía no había logrado quitarse de su consciente la imagen de la rodilla doblada en una postura inverosímil.

Sus disimuladas maniobras dieron con su camarada de cara a la dirección del movimiento, mirando hacia el conductor y de espaldas a la inesperada muchacha. Monti no la había visto y, en principio, lo normal era que siguiese así. Sin ser su intención, Edu quedó ante un plano despejado y perfecto de la sorprendente y novedosa aparición. Se vio arrastrado por ese hecho tan extraño que, aunque hubiera querido evitarlo, no consiguió dejar de mirarla. Los ojos, como si actuase con intención propia, se le iban inconscientemente a ella. Mirase donde mirase, la vista terminaba escurriéndose por el desinteresado panorama hasta enfocarla de nuevo. Tras un par de fracasos ante sí mismo comprendió que cierto hastío ayudaba a que aquello fuera de lo habitual lo atrajese, incluso en contra de su voluntad. Se dejó llevar y pasó a observarla directamente, con la única pretensión de evitar que se diese cuenta y pudiera montarse un espectáculo innecesario.

Un oportuno bostezo le sirvió para ocultar sus ojos detrás de los oscuros espejos de sus gafas de sol. Su mirada se escondía hasta resultar indescifrable donde pasaba a fijarse. Monti entendió la maniobra como un modo de echarse una corta cabezadita mientras llegaban a su destino. Edu no concedió tiempo alguno a que la idea pudiera implicar certeza, pero dio pie a su camarada a entablar una insulsa conversación para desviar su atención. Le hablaba con la única intención de tenerlo entretenido para que no recabase en quién viajaba en la parte trasera del transporte público. Apenas escuchaba las tonterías que dejaba escapar su amigo, pero se sentía obligado a mostrar relativo interés en su intento de mantenerse entretenido.

Al cabo de unos minutos de descarada observación tras los cristales oscuros y sintiéndose incapaz de frenar esa tendencia que lo tenía sorprendido fue víctima de algo más extraño. Quedó descolocado por unos pensamientos y percepciones que, no solo no eran conscientes, sino que no podía reprimir. Superando lo fuera de lugar que pudiera representar esa muchacha en el autobús que acostumbraba a tomar, inaudito le pareció distinguir un atisbo ascendente de belleza en un rostro de piel negra. Quiso negárselo a sí mismo, pero seguía distinguiendo esos rasgos. Le resultaba imposible de creer y, no obstante, no podía quitárselo de la cabeza. Se esforzó en volver a negar que una negra fuera guapa y, más aún, que se lo pareciese. Pero, asistiendo a un conflicto interno de opiniones y basándose de su propia escala de belleza, la jovencita no solo era guapa, sino absolutamente preciosa. Conceptos tan poco usados en su ambiente como bella y hermosa, abrumaban su mente con solo contemplar a semejante e inesperada invasora.

¡Aquello no podía ser! No podía estar experimentando unas sensaciones incomprensibles e imposibles. ¿Cómo iba a ser hermosa una basura negra que debería estar perdida en cualquier inmundo lugar de la selva africana? Odiaba ese maldito color y ella no podía ser considerada un ser humano. ¡Era una raza inferior! Solo existía una auténtica raza humana y era la raza europea, blanca y nacionalsocialista. Entre sus mujeres se podía encontrar la verdadera belleza. ¡Ellas sí que eran bellas y hermosas! Preciosas e inigualables tanto por dentro como por fuera. La última rubia lo era, un espectacular bombón que saboreó, delicioso. Pero no esa indeseable inmigrante, sentada en el asiento que pertenecía a un blanco, a un auténtico español.

Por más credibilidad que pretendía aportar a sus pensamientos y por más veces que se lo repetía en su cabeza, a pesar de apretar los dientes en un loco arranque por engañarse, el rostro que se ocultaba entre las luces y sombras del interior del autobús, seguía siendo más lindo de lo que hubiese querido apreciar. Así lo veía y de tal modo reconocía su cerebro semejantes rasgos. Por más que ponía de su parte en un desesperado intento al negar tantos y tantos detalles destacables como veía en aquel oscuro rostro, no podía remediar descubrir unos ojos soñadores, y saber que se perdería, en caso de contemplarlos desde más cerca, en su profundidad, de un infinito color azabache.

—¡Joder, macho! —exclamó Monti exasperado por sentirse ignorado—. ¿Me estás escuchando, Edu?

La voz de su viejo amigo golpeó su atención con una violencia

inesperada. Más por lo sumido que estaba en sus pensamientos que por un exceso de intensidad en la pregunta. Había estado oyendo su voz, sin llegar a escucharlo y mucho menos prestando atención al significado de sus palabras. No solo había fallado en entretenerlo, sino que por instantes lograba molestarlo. No contestó a la repentina pregunta. Evitó decir nada con sonido y se limitó a asentir con la cabeza, de un modo lento, casual e indiferente. Bastante se le había complicado la tarea con corregir y arreglar las distorsiones de la realidad de los firmes ideales. No podía consentir perder un tiempo sumamente necesario prestando demasiada atención al obsesivo de su buen amigo. Era una buena razón para no contestar a una pregunta que le había sonado únicamente a murmullo sin sentido.

Monti nunca había sido, ni mucho menos, el más listo de su clase. No destacaba por un coeficiente intelectual demasiado alto, más bien algo limitado. Tampoco se creía serlo ni pretendía engañar a nadie en ese sentido. Pero no necesitaba demasiada inteligencia para ser consciente del pasotismo que le estaba dedicando Edu desde que el autobús se pusiera en marcha y tras haberse acoplado en sus respectivos asientos. En un principio, no le había dado mayor importancia y solo al perdurar la actitud se había planteado las posibles razones. Valoró el haber dicho, sin darse cuenta, alguna estupidez que le hubiera molestado. Había recordado cada una de sus palabras, repasando algún doble sentido y llegando irremisiblemente a la conclusión de que nada de lo anteriormente comentado podría ser considerado como ofensivo por su único amigo de siempre.

Hubiera podido disimular y hacer que no se daba cuenta, pero imposible hubiese sido no percatarse realmente de que Edu, el legendario Edu García, estaba en las últimas semanas presentando un comportamiento raro y extraño en comparación con su actitud habitual. No se lo veía como acostumbraba, era como si no fuera el de siempre. Monti lo conocía bien, incluso se había sentido orgulloso de ser su amigo durante los últimos meses como de ninguna otra persona en toda su vida. A pesar de su admiración, se veía obligado a asumir que era humano y, como tal, podía pasar una mala racha, como todo el mundo. Ninguna duda le enturbiaba la certeza de que su gran camarada terminaría superando, con rapidez y eficacia, lo que fuera que le estuviese pasando. ¡Volvería a ser el de siempre!

Monti se conformó con su esperanza optimista y se recogió contra el cristal de la ventana, guardando silencio. Ni siquiera para él resultaba agradable, acostumbrado a no recibir demasiadas atenciones, hablar sin que

nadie lo escuchase. Clavó la mirada en el exterior, viendo pasar el paisaje en continuo movimiento, no sin antes tener que limpiar de vaho la lisa y transparente superficie. Falta le hacía un limpiado más exhaustivo. Lejos estaba de la lucidez de su lejano estreno.

El silencio lo envolvió en un aburrimiento que disparó el incontenible deseo de llegar, de una vez por todas, al barrio, donde su mundo le parecía diferente. No tenía pensado retrasar su llegada a su entorno, aunque sí a su casa. En su supuesto hogar, poco tenía que hacer y además se sentía un forastero. Se dejaría caer por el garito para tomarse unas cervezas, disfrutar un rato de la buena compañía de sus camaradas y comentar entre vaciladas y aclamaciones cualquiera de las justas y fascinantes hazañas de la historia reciente. Le bastó un rápido vistazo para deducir que Edu no estaba por la labor de acompañarlo.

Habían pasado casi cuatro meses desde el momento en que se uniese a su nueva familia. En ese tiempo Monti había encajado mejor de lo que cualquiera hubiera esperado, incluido él. Desde muy pequeño había presentado problemas para adaptarse a los demás, dando más tumbos de los aconsejados a tan escasa edad. Después de encontrarse con muchas dificultades para acoplarse en diversos grupos, incluso en otras tribus urbanas, parecía haber encontrado su lugar en el grupo de Toni.

Edu era su amigo desde niños, el único al que se había adaptado y quien nunca le había dado de lado. Jamás se había burlado de él, como había sido habitual en el barrio y en el colegio, incluso después en el instituto. Gracias a su compañero de juegos se le había facilitado la dudosa incorporación al grupo. Lo habían aceptado como a uno más, y eso era algo a lo que no estaba acostumbrado. Se había encontrado con razones más que suficientes para sentirse cómodo y a gusto por primera vez, después de más penurias sociales de las que quisiera acordarse.

Monti, a pesar de no destacar, nunca había sabido pasar desapercibido. Solía hablar mucho, normalmente demasiado, y no siempre con sentido o importancia. Desconocía cuándo guardar un prudencial silencio. Esa verborrea no era sino una manifestación de su profunda inseguridad. Intentaba disimularlo consiguiendo el efecto contrario. Al unirse a esa camada de «soldados», leal y fiel a los ideales nazis, había encontrado una convicción en sus hechos y sus palabras que no había parado de reforzar su desconocida seguridad. Se sentía capaz de realizar cualquier tarea que se le pusiera por delante, sin temor que lo retrasase, que lo detuviese, que resultase

insalvable... Y sobresaliendo como principal ventaja, le satisfacía ser respetado, incluso temido, en un barrio que nunca había dejado de menospreciarlo durante cualquier tiempo pasado.

—La Tierra llamando a Edu...

La broma salió por su boca en un tono suave y sin ninguna esperanza de ser correspondida. Un leve asentimiento de cabeza fue todo el premio que recibió, más de lo que esperaba. El consuelo residía en ser consciente de que al menos le escuchaba y continuaba teniéndolo en cuenta. Se conformó con semejante migaja y prefirió dejarlo con sus cavilaciones. Quedaba poco trayecto por delante y podía aburrirse durante el tiempo que le quedaba. Desvió la atención dedicándose a la observación del interior del autobús. Le resultaba tan desagradable como cada día, rodeado de mediocridad y, demasiadas veces, podredumbre. Poco tenía que ver hacia delante, salvo al conductor, su consiguiente espacio y la calle nocturna más allá del parabrisas.

A su espalda habría más variedad, aunque estaba seguro de que no saldría de esa misma vulgaridad. Edu tenía un primer plano de las vistas que a él le quedaban fuera de alcance. Lo miró incapaz de no prestarle la atención, mezcla de admiración y complicidad que lo acompañaba desde pequeños. Intentó penetrar a través de los oscuros cristales de esas gafas que reflejaban su propia imagen entre la penumbra. No lo apreció realmente, pero le fue fácil suponer que su vista se centraba en un solo punto de la parte de atrás del transporte. En un punto y solo en uno.

Lo que sí le costó más fue intuir qué podía haber tan especial como para tenerlo absorto durante tantos minutos. Era más probable que se hubiese extraviado con la mirada clavada en el vacío, recibiendo un bombardeo por parte de esos pensamientos que lo tenían últimamente tan extraño. Desde luego, incómodo por el aburrimiento, no iba a perder la ocasión de saciar su curiosidad. Estaba dispuesto a comprobar cuál de las posibilidades era la correcta, descartando la preocupación y buscando una excusa para la burla. Si en definitiva había algo interesante, no estaba dispuesto a perderselo y que su camarada se lo tuviese que contar como si no hubiera estado presente. Además, conociendo a Edu, lo único que lo podía tener tanto tiempo entretenido era una mujer que, sin duda, debería estar bastante buena. ¡Esas vistas estarían bien!

Una imagen desconocida se le formó en la mente antes de mirar, e incluso se hizo ilusiones sobre la belleza inesperada que encontraría en el traqueteo del movimiento. Su éxito con las mujeres era cuanto menos escaso,

cuando no inexistente. Sus triunfos eran encuentros espontáneos y muy distanciados en el tiempo. Conformarse con admirar unas buenas curvas lo satisfacía más de lo entendible. Con esa agradable idea llenando su cabeza, no perdió más tiempo y se giró sin ningún disimulo ni intento de ocultarse.

El repentino contraste entre sus ilusas expectativas y la clara realidad representó una absoluta e increíble contradicción. La contundencia que encontró provocó en su mente el efecto de una vidriera haciéndose cientos de pedazos, con su ilusión en el lugar del cristal. Las pupilas de sus pequeños ojos se dilataron intentando y queriendo diferenciar a la mujer, escandalosamente atractiva, que había esperado ver en sus efusivos ánimos. En su lugar, en plena vorágine de decepción, su vista solo encontró... ¡una negra!

Sus párpados imitaron el mismo aumento experimentado por las pupilas. La brusca sorpresa le hizo abrir los ojos como si se le fueran a salir de las órbitas. A pesar de ser pequeños, en ese instante se hicieron enormes. No salía de su asombro. Le costaba creer que fuera real la imagen que reconocía en su conciencia. ¡No podía ser posible! Una negra no debía viajar en su mismo autobús.

—¡La hostia! ¿¡Has visto eso!?! —no pudo reprimir la exclamación, volviéndose nuevamente hacia su colega.

Edu se mantuvo inmóvil, tardando en reaccionar unos segundos. Demasiado tiempo para lo que sus reflejos tenían acostumbrado al barrio. Tragó saliva, incapaz de articular alguna palabra que sonase con fluidez y que detuviese a su amigo sin necesidad de un espectáculo. Al final se rindió ante sí mismo y ante lo inevitable. Un suspiro pasó desapercibido, perdiéndose en el ruido del motor y demostrando su revelador desánimo al fracasar en el empeño de ocultar la imprevista y polémica presencia. El jaleo y el maltrato que pretendía evitar se acercaban imparables a su incómoda eclosión.

—Pero... ¡joder! ¿Lo has visto? —volvió a repetir como si su camarada ni viese ni entendiese lo que lo estaba indignando.

—Sí, claro que lo he visto, ¿cómo no? —terminó contestando con desgana, sin realmente querer hacerlo y fingiendo un gesto de desagrado en su rostro—. ¿Cómo no lo iba a ver si la tengo justo enfrente?

—¿Y por qué no me habías dicho nada?

No solo era el tono de Monti lo que reflejaba un ramalazo de indignación respecto a su acompañante, sino que también el significado de sus palabras marcó la intención del mensaje. No se iba a quedar quieto. Era

inevitable que actuase al descubrirla y, a pesar de la intención de su camarada, resultaba muy difícil que no apreciase su presencia durante el trayecto hasta su parada.

—¿Para qué cojones te iba a decir nada? —Edu no pudo suavizar su exasperación por verse arrastrado hacia el punto que quería sortear. No quería parecer borde y tener que dar explicaciones. Lo mejor era no salirse demasiado de lo que se esperaba.

—¿Para qué...!?! —exclamó entre el asombro y el aumento de indignación—. Para encargarnos de que esa indeseable no vuelva a subir a este autobús —sentenció con su característica mueca de ajustar cuentas.

—¿Y qué te crees que vas a hacer? —La pregunta llevaba consigo la insinuación de «eres tonto»—. ¿Vas a pegarle una paliza delante de todo el mundo?

Las palabras causaron una reacción tan contundente que Monti enfureció casi al instante. Se quedó callado, consciente de que, una vez más, su admirado y respetado amigo llevaba razón. Le era inevitable dejarse llevar por su propia euforia y su irreflexivo entusiasmo, sin pararse en pensar lo peligrosas que podían volverse las consecuencias. Daba gracias a la buena fortuna por tener un gran amigo que, sin importarle ni molestarle, corregía sus errores antes de que no tuvieran solución y pudieran convertirse en fallos imperdonables.

—Lo reconozco, no he estado acertado —reconoció sintiéndose superado por el ansia de actuar—. Al menos, vamos y le metemos un buen susto. ¡Que no se vaya sin un recordatorio! —Liberó parte de su entusiasmo con una nueva idea—. Vamos a reírnos un poco.

—¿Ahora...? ¡Qué pereza, tío! —se quejó Edu, contemplando contra su voluntad como Monti asentía sin rastro de cambiar de opinión—. Pero si ya estamos llegando...

—Lo que nos dé tiempo —matizó sin esperar respuesta para ponerse en pie—. ¡Venga, no seas vago! —Dio un primer paso, medio tambaleándose, pero rectificando, hacia la parte trasera del vehículo—. ¡Allá vamos!

Edu se golpeó con ambas manos sus propios muslos. Maldita la gracia que le hacía alterar los últimos minutos de trayecto. Se sintió obligado a seguir a su camarada ante su arranque de iniciativa. Era impulsado a seguir unos ideales que él mismo creía antes de que Monti se uniese al movimiento. Este había asimilado los principios y las ideas en pocos meses. Demasiado deprisa y muy repentino para besar los pensamientos nacionalsocialistas hasta el punto

que dejaba patente. Eran muchas las veces que, lejos de otras cavilaciones, Edu se cuestionaba hasta qué punto ese joven maltratado por la vida creía de verdad en dichos ideales. No le era complicado valorar la posibilidad de que simplemente hubiera encontrado un lugar donde sentirse parte de un algo mayor. Podía ser su oportunidad para no seguir encontrándose solo.

Los pasos, conduciendo sus cuerpos entre el vaivén, los llevaron hasta más allá del objetivo de su larga observación. Ambos se sentaron en los asientos que se encontraban inmediatamente detrás de donde se encontraba la sorprendida joven. Bel los había seguido con la vista, intentando no ser descarada, desde que se levantaron hasta que volvieron a tomar asiento. No alcanzaba a deducir una razón aceptable por la cual, esos dos muchachos, cambiaban de sitio tanto tiempo después. Una extraña mezcla de vergüenza e ilusión se le apelotonó en la boca del estómago ante la posibilidad de que quisieran entablar conversación con ella. Era la única idea que le pasaba por la cabeza que presentase cierta lógica, influenciada por algo de esperanza por su parte.

—Hola...

Siempre había sido una muchacha dispuesta a superar sus miedos, vencer las falsas limitaciones y no dejarse arrinconar ni por la timidez ni por la vergüenza. Era y quería ser una persona sociable, simpática y agradable. Esas fueron las razones que la impulsaron a tomar la iniciativa. Su saludo apenas llegó a ser un murmullo inaudible, al que nadie prestó atención. Fue engullido por el tsunami de intolerancia y poca educación que se vino encima sin entender por qué ni de dónde llegaba.

—¡Bah, qué puto asco...! —exclamó Monti, sin ningún miramiento y del modo más insensible. Llevó su cara hacia la parte posterior de la cabeza femenina, vulnerando cualquier medida de saber estar—. ¡Es asqueroso! —Una arcada fingida amenazó con precipitar un vómito espontáneo sobre ella.

Bel no necesitó más tiempo para asistir a cómo su imaginación se volvía humo y de inmediato comprendió que esa intolerante exclamación de desagrado iba destinada únicamente a ella. La razón se le escapaba. Ni la sabía ni entendía por qué la merecía. Era una persona inteligente que solía deducir los argumentos antes de ser evidentes, pero en ese autobús había sido abordada por una circunstancia fuera de su lógica. Sabía que se lo decía a ella, pero desconocía cuál era la finalidad de ser atacada por dos desconocidos. La posibilidad de que quisieran entablar una conversación, incluso darle la bienvenida al barrio, se hundió en el océano de su mente como

una balsa en plena tempestad. La expresión estúpida del muchacho tenía como objetivo hacer daño, solo causar cuanto dolor fuera posible. Jamás se podría considerar ideal para producir un acercamiento amistoso. Más bien era una declaración de guerra...

—¿De qué puta feria te has escapado? —Monti se sentía muy a gusto llevando a cabo semejante acto—. ¿Qué especie de mierda es, Edu?

—Lo desconozco. —Se vio obligado a añadir, sin entusiasmo e intentando mirar a otro lado para no sentirse demasiado arrastrado.

Bel representaba el vivo retrato del espanto. Confusa, asombrada y asustada, se sentía caer en un mareante agujero sin fondo. No tenía la menor idea de qué hacer, qué decir o cómo huir de la avasalladora situación. Nunca, en su corta vida, se había visto tan agobiada como en esas circunstancias que amenazaban con acabar con ella. Siempre había escuchado hablar del racismo y, salvo por ciertos desplantes, no había sentido lo cruel que podía resultar. Su pueblo había mostrado un comportamiento de lo más adecuado, al menos que ella apreciara, y la repentina situación la había descolocado, incapaz de encontrar el modo de defenderse. Había aprendido y creído que todas las razas eran iguales, y que la intolerancia no la alcanzaría. Era una joven más, como sus compañeros y compañeras, como la gente mayor... Pero cuando menos lo esperaba, rodeada de las maravillas que le ofrecía una gran ciudad, le golpeaba una realidad que no creía posible. Era asaltada por quienes no pensaban igual y, en un foganazo de odio, la pretendían convertir en un ser inferior, despreciándola únicamente por tener un color de piel diferente...

—No dice nada —comentó Monti acercándose nuevamente demasiado—. ¿Crees que solo sabrá gruñir?

—Antes ha dicho «hola» o algo así.

La jovencita los contempló elevando una mirada cohibida y huidiza. Mientras el más feo no dejaba de invadir su propio espacio, como una comadrona husmeando una madriguera ajena, el otro resultaba igual de ofensivo con una pasividad impropia de quien actúa por voluntad propia. Le llamó la atención su actitud, seguramente por el apoyo a su compañero, pero también por algo más que no lograba deducir. De no sentirse incómoda hubiera reconocido el atractivo que desprendía.

—¿Por qué...? —le tembló la voz en apenas un murmullo.

—¡Coño! ¡Es verdad que habla!

Monti acompañó su exclamación con una carcajada y el intento de tocar la mejilla de color con la yema de su dedo índice. El contacto no sería

delicado, sino invasivo y brusco. Bel se echó hacia delante, tapándose con el asiento de delante y quedando sin una escapatoria clara. Sus pupilas brillaron en la leve oscuridad, recordando a los ojillos del conejo acorralado ante la sombra del cruel cazador.

Edu sujetó el brazo de su amigo, disimulando con dirigirse a la forastera. Fue un acto inconsciente al evitar que la joven sintiese un contacto que rechazaba y del que pretendía huir. No lo pensó, simplemente lo hizo y reaccionó a tiempo de disimular. A Monti, llevado por su propia euforia, no le pareció asistir a ningún hecho fuera de lo habitual y asumió el disimulo con normalidad.

—Te has equivocado de autobús. Este va a nuestro barrio —explico Edu con un tono mucho más cruel que cuanto decían sus palabras—. A los árboles se llega con lianas y es en la dirección opuesta. —La mueca de su rostro se enfureció, aunque con su mirada transmitía desgana—. En nuestro barrio no viven... monos. —Se le notaba obligado a hablar y actuar de un modo que siempre le había sido natural, y que en ese instante le salía forzado.

Monti volvió a estallar en carcajadas, ignorando el incómodo momento de su camarada e despreocupándose de la humillación de la joven. Él estaba disfrutando de su equivocada sensación de poder y la integración a la camada que le aportaban sus actos. Le daban igual los daños colaterales que se producían a su alrededor para conseguir su propio lugar en el mundo. Meses atrás hubiese condenado su propio comportamiento.

—No...

La voz de Bel moría en su garganta, donde un supuesto nudo se le formaba, amenazando con ahogarla. Su respiración se había vuelto entrecortada, producto de un llanto inminente por la rabia contenida. Se sentía humillada, como nunca antes había experimentado, por dos individuos que, con el paso de los minutos, le parecían más indeseables. Disimuló al apretar los dientes ante las ganas de llorar. Desde luego no iba a permitirse la deshonra de dar a esos dos seres despreciables la satisfacción de verla derramar ni una sola lágrima. Sacando el orgullo mostrado desde niña se mantuvo firme en su asiento, aguantando el tipo y escuchando cada una de las despreciables palabras que le decían con una dignidad estoica.

Monti no estaba por la labor de permitir que le hiciesen frente, ni siquiera del pasivo modo que le mostraba esa criatura. Había llegado al grupo, rebotado de malas experiencias, y lo había hecho para quedarse. Incluso sin Toni delante se demostraría a sí mismo que ese era su lugar. No

mostraría clemencia ante una jovencita que no había hecho daño a nadie y tampoco presentaba apariencia de poder hacerlo.

—¿Dónde te has dejado las cadenas? —Volvió de nuevo a la carga, sin tacto ni piedad y con contundencia—. ¿De qué jaula te has escapado? —Lo escupió con un tono de voz despiadado—. ¿No eres un animal...? Yo creo que sí —Fingió dudar, riendo y mirando a Edu, en busca de su complicidad—. Entonces..., ¿en qué parte del vertedero te cagó la zorra de tu madre?

Esas últimas palabras fueron demasiado para mantenerse firme. La dignidad le gritaba que no tenía que aguantar eso mientras la sensatez le suplicaba que no se buscara más problemas. ¡Todo era injusto! No había hecho nada para merecer semejante zarandeo emocional. La grosera referencia a su madre le dolió sincera y profundamente en su avasallado ser. La primera humillación de su joven vida se había consumado, golpeando sin ninguna consideración su tierno honor.

Bel se sintió incapaz de aguantar más. Le resultaba demasiado castigo innecesario para seguir al pie del cañón. Las lágrimas avisaban con el salto inminente de sus oscuros y brillantes ojos. El llanto comenzaba a ser una realidad incluso antes de hacer acto de presencia. Se obligó a apretar los dientes, por segunda vez, pero ahora sin disimulo, en un último y desesperado intento por mantener el orgullo. Solo debía aguantar un instante más...

El autobús estaba llegando a su parada, disminuyendo la velocidad a medida que se acercaba y mostrando una esperanza. Ocultando su rostro en las sobras del interior, Bel se levantó bruscamente, dejando el asiento vacío y dirigiéndose a la puerta como si la persiguiesen. Nadie salió tras sus pasos, pero las palabras aún resonaban en su oído como si continuasen siendo susurradas tras ella.

En cuanto el transporte se detuvo, y antes que la puerta se abriese por completo con su aparatoso mecanismo, la joven forastera del barrio saltó a la calle, huyendo de la vileza humana, y percibiendo, sin contenerse más, cómo las lágrimas surgían de sus ojos, deslizándose por sus suaves mejillas y llenando su rostro de decepción. Un maravilloso día había llegado a un inesperado y traumático final...

—¿Por qué...?

Las palabras que salieron por sus temblorosos labios llegaron a sus oídos. Al aire descubierto recuperaba la voz, sin que nadie quedase cerca para poder responderle. Liberada de parte de la tensión, se agarró al valor que le quedaba y se giró antes de que el autobús arrancase y se fuera. Miró a través del

cristal y contempló, levemente distorsionado, el rostro sin gafas del que menos había hablado. Esa cara se quedó grabada en su mente en un sentido nunca antes experimentado. Mientras sentía las cálidas lágrimas correr por la fría piel de sus mejillas, no pudo remediar odiar por primera vez. Repudió y detestó a ese ser despreciable que la había humillado con saña.

Bel tuvo tiempo de distinguir el rostro de Edu, incluso mirarlo con desafío a pesar del llanto. Mientras que, al desconsiderado muchacho, que tampoco se quitaría esa carita de color de su cabeza, le dio tiempo suficiente para comprobar cual era el portal de la chica. Una información tan importante como peligrosa. Uno de los «soldados» de la noche ya sabía dónde vivía...

Capítulo 3

UN “SOLDADO” EN LA NOCHE

Edu abrió los ojos encontrándose con la luz nublada de febrero. Su cuarto tomó forma a medida que su vista recuperaba la claridad. Sentía un leve pinchazo en la cabeza, a la vez que una intensa sensación de sed le asaltaba de imprevisto. Los efectos de una resaca lo acompañaban en su despertar. No sería de las peores, pero por el momento estaba presente. Reconocía que había sido más agradable despertarse el día anterior al lado de la atractiva rubia. No todas las mañanas se tenía la misma suerte.

Sus cuatro miembros se estiraron en un primer intento por desentumecer su cuerpo. La ropa de cama se desordenó más de lo que estaba, desarropándolo. Le resultó agradable, al sentirse acalorado. Quiso levantarse y ponerse en funcionamiento, pero prefirió quedarse tumbado ante cierta resistencia por parte de sus músculos. Le parecía demasiado complicado ese esfuerzo. Era pronto y no tenía ninguna necesidad de madrugar después de los excesos de la noche.

Su cuerpo abandonó cualquier tipo de movimiento, dejándose arrastrar por la pereza y dando paso a que fueran sus pensamientos los que se olvidasen de la quietud. Su vida social, limitada a las juergas y las tareas con sus camaradas, le creaba unos quebraderos de cabeza que se alejaban de la diversión de los primeros tiempos. La sensación de superioridad no lo satisfacía e imponerse continuamente a golpes empezaba a resultarle innecesario.

Un atisbo de remordimiento se asomó a su conciencia. Había dejado de disfrutar como antes, pero durante el episodio en el autobús había sentido incluso hastío. Ciertamente era que no deberían permitir que esa raza compartiera sus medios de transporte, pero la empatía le había fallado, provocando que sintiese las sensaciones de esa chica negra y queriendo evitarlo, como bien

había intentado en un principio.

El recuerdo de la última mirada afloró desde el fondo de su subconsciente. Había sido un acto consciente y firme, más allá del miedo contenido. Sabía reconocer el desafío en el brillo de unos ojos a punto de romper a llorar. Le sorprendía que una jovencita superase el temor de una dura situación y se volviese hacia sus enemigos reflejando rebeldía, lejos de la necesidad de escapar que pudiera resultar más acorde.

Más allá de esa mirada se reconstruyó el rostro donde había distinguido belleza a pesar del oscuro tono de su piel. Una extraña sensación se removió en algún punto de su interior. Podía tratarse de otro efecto de la resaca, pero reaccionaba al recuerdo de esa bonita imagen. Detestaba pensar de ese modo. No debía existir nada que destacar de la maldita niña africana que enturbiaba el barrio con su sola presencia.

Un esforzado intento de sustituir pensamientos se desplegó por su conciencia. El esbelto cuerpo de la rubia parecía el mejor recuerdo para reponer sus prioridades. Pensó en sus curvas, en la turgencia de sus pechos, en ese trasero que le había encantado y... Las suaves facciones de la jovencita de color se sobrepusieron, lenta pero progresivamente, hasta sentirse nuevamente mirado por esos ojos temerosos, pero también tremendamente desafiantes. ¿Qué le estaba pasando...?

Era tarde. Un nuevo día había llegado a su fin dando paso a la ausencia de luz habitual. La noche había dominado desde el ancho cielo hasta el último rincón de las calles. La oscuridad se extendía como una plaga imparable en el infecto barrio que parecía extenderse inmensa hacia los cuatro puntos cardinales, cuando no se trataba más que de una pequeña zona de la capital. Con la llegada del periodo nocturno también llegaba el frío, con su aliento más gélido y golpeando con la inmisericorde crudeza propia del mes de febrero. Durante las horas diurnas, si bien asomaba latente, se mantenía en un estado relativamente leve, pero en cuanto se producía el abrazo de la noche sacaba su desinhibido desparpajo, penetrando hasta los huesos de cualquier ser humano que se aventurase a la intemperie del cielo descubierto. Atrevidos y desgraciados suspiraban entre bocanadas de vaho al sentir el ambiente del más frío de los febreros que pudieran recordar.

Las calles, cuya iluminación provocaba más inquietud que alivio, no transmitían ninguna seguridad en cuanto se retiraba el día. Pocas eran las

farolas que alumbraban como era debido y muchas las que se mantenían apagadas, como si hubieran fallecido en el curso de su obligación. Apenas se veía un alma por los recovecos del barrio, ni en las vías largas ni en los rincones escondidos.

La mañana del día anterior esas mismas calles le habían parecido, cuanto menos, maravillosas. Animadas con el tránsito de sus nuevos convecinos y bajo la leve luz del sol nunca podría aventurar que se volverían lo contrario a lo que se encontró en su propio entusiasmo. La realidad, y su percepción personal, lo único que conseguía era crear una sensación de penumbra, de acechantes tinieblas, la más inquietante inseguridad...

Los relojes habían dejado atrás las diez y media de la noche. El barrio de luz, que había dejado Bel al entrar en la sala de cine, se había sumergido en ese ambiente oscuro tan diferente. Se había entretenido una vez acabada la película y, aun sin miedo, le esperaba un regreso cuanto menos intranquilo a casa. Había acudido sola, apenas conocía a nadie, salvo algún vecino al que había saludado. De haber tenido en cuenta lo siniestro que se volvía su barrio cuando caía la noche no habría ido. Pero ya era demasiado tarde. No era momento de arrepentirse. Nada cambiaría el hecho de haberse entretenido más de la cuenta. Simplemente debía llegar lo antes posible a su casa y acostumbrarse a que la gran ciudad tenía aspectos de ese estilo. Llegada a su hogar vería el retorno como una experiencia más. Allí nada era siniestro ni había lugar para las tinieblas.

En algún momento durante el trascurso de la película había sentido que el sueño le iba venciendo su vigilia. Por un instante se había quedado traspuesta, sin llegar a dormirse, despertándose de inmediato. Ni siquiera había perdido el hilo de la trama. No le resultaba extraño sentirse presionada por el cansancio. Era lo más normal debido a que la noche pasada se la había pasado en vela.

A pesar de los intentos y de las interminables horas dando vueltas en su cama no había sido capaz de pegar ojo. Cada vez que lograba quedarse levemente adormilada veía en sueños a los dos chicos del autobús, ambos con las cabezas rapadas. Le increpaban con palabras despreciables, cuya única intención era clavarse en su corazón como punzones de hielo. Sus voces solo se escuchaban para hacer daño, sin justificación ni escrúpulos. En cuanto surgía el rostro del muchacho que se había atrevido a quitarse las gafas se despertaba sobrecogida y muy asustada, respirando agitada y sintiendo un ardiente dolor en la boca del estómago. Sudaba a pesar del frío que hacía en

su habitación.

Ese rostro no se había apartado de su mente durante todo el día. Cada segundo que bajaba la guardia su subconsciente le recordaba esas facciones que difícilmente podría olvidar. Le era imposible hacerlo desaparecer. Los rasgos, duros y orgullosos, se mantenían firmes dentro de ella, como advertencia para que estuviese alerta. La atormentaban cada dos por tres, sin llegar a causar miedo, pero sí una persistente inseguridad. Había decidido acudir al cine para mantener su mente ocupada, pues en cuanto se despistaba volvía a acordarse de que dicho rostro seguía allí.

No había hablado con nadie sobre lo ocurrido. Ni sentía ganas de contarlo ni creía que fuese a servir de nada. No quería echar más leña al fuego ni darle una importancia que ella misma intentaba quitarle. Cuanto antes lo olvidase mejor sería para seguir con su vida. Había oído hablar anteriormente de racismo, pero nunca lo había sentido tan cerca como el día anterior. Desde luego no de un modo tan explícito. No comprendía a qué se debía ese odio. Eran personas iguales. Personas de diferente color solo en la piel, pero iguales al fin y al cabo. ¿Por qué el mundo debía mostrarse tan intolerante?

Lo que tristemente le quedaba era cómo le habían amargado el mejor día de su vida. Su nueva etapa había sido un camino de rosas hasta llegar al último momento, cuando el día llegaba a su fin, donde habían saltado las espinas. Ahora ya no le importaba. Lo pasado, pasado estaba. Esa era su idea y su intención. Dejar atrás lo malo del día anterior y mantener fresco en su memoria todo lo bueno que había sentido. Afortunadamente no los volvería a ver, y eso era lo importante. ¡Lo más importante!

En toda gran ciudad existía la lacra del racismo y la discriminación, y por desgracia debería aprender a vivir con esa triste realidad. Tal y como esperaba, no volvería a ver a ese par de individuos, pero serían otros los que le recordarían que su suave piel no era del mismo color. Tarde o temprano se acostumbraría, aunque lo justo fuese que no tener que hacerlo. No debería haber tanta intolerancia. Aun así, no tendría más remedio que intentar aprender a vivir con ello.

Sus pasos habían estado acompañados por tantas cavilaciones... Si bien la intranquilizaban, habían favorecido a que el camino se le hiciese más corto. Llegó a su calle antes de lo esperado. Su portal se encontraba a mitad de distancia de la vía. Fue como si las tinieblas que se habían mostrado tan amenazantes al salir del cine, se disolviesen al estar tan cerca del objetivo. Incluso, inconscientemente, disminuyó el ritmo de su caminar. Por momentos, y

sin darse cuenta, había avanzado casi a la carrera.

Su mano había rebuscado hasta armarse con la llave y en cuanto alcanzó el portal sus dedos la deslizaron en la cerradura. Giró la muñeca, haciendo deslizarse a su vez la llave. La puerta no se abrió. No se inquietó, solía pasar. Dicha cerradura no giraba bien y algunas veces, normalmente en las más inoportunas, se atascaba. Sacó la llave y volvió a meterla enseguida. En el momento en el que fue a girar la muñeca por segunda vez...

La voz sonó de improviso y surgiendo de la profundidad de la noche, fuerte y justo a su espalda. Bel no pudo evitar sobresaltarse, sintiendo el vuelco de su corazón. Reaccionó y giró el cuello, buscando quién la había alarmado sin intención. Debía tratarse de alguno de sus vecinos y preparó su cordial sonrisa. El tono de saludo le había sonado agradable y amistoso, y del mismo modo esperaba corresponder.

¡Cuál fue su sorpresa al contemplar ante ella el rostro de sus pesadillas! Esa cara que la atormentaba al menor descuido. Reconoció esas facciones surgiendo bajo la noche y materializándose en la penumbra. Se impresionó de tal manera que golpeó el cristal de la puerta en una inconsciente y alocada tentativa por atravesarlo. Despavorida intentó volver a girar la llave, pero tan brusco fue el movimiento que saltó, escapándose entre sus dedos. Un leve corte se produjo en su dedo índice con el dorso metálico. Ignoró la punzada de dolor reaccionando con rapidez y echando mano al portero automático. Debía apretar el botón antes de que...

Edu fue más rápido y sujetó el brazo femenino antes de que el ensangrentado dedo llegase a rozar el botón de aluminio. Bel dejó escapar un grito que apenas se escuchó. Tal era el miedo que la había dominado que no llegó a salir ningún sonido por su garganta. Su siguiente intento fue lanzar su puño libre hacia el vil muchacho. Golpeó el pecho masculino, perdiendo fuerza en el trayecto. Más que lograr liberarse, solo consiguió hacerse daño y quedar atrapada por ambas manos entre la presa de dedos del asaltante nocturno.

Las lágrimas se escaparon de sus ojos, deslizándose por las negras y suaves mejillas de su lindo rostro. La rabia y el temor la arrastraron a mostrar una debilidad que no hubiese querido que fuera vista. Sus piernas temblaron antes de dejar de aguantarla y su cuerpo se precipitó hacia el suelo. Se hubiera deslizado por la superficie de la puerta hasta quedar sentada en la acera. Pero no llegó a caer gracias a que el muchacho la mantuvo sujeta y en pie.

Edu agarró con una sola mano las dos de la chica. Sus dedos formaban

una sujeción de carne y hueso que apretaba sin llegar a dañar. Con la mano que le quedaba libre, le tapó la boca cuando los sollozos iban elevando el volumen. Desconocía que el estado nervioso en el que se encontraba le bloqueaba la facultad de gritar. Tirando con facilidad del cuerpo femenino la alejó del portal. Apenas le costaba mover el esbelto peso que mantenía entre los brazos. Llegó a un pequeño callejón, que se hundía en la oscuridad a escasos diez metros y que a esas horas no se usaba para nada.

Bel había intentado forcejear, pero con poca fuerza y escaso resultado. No destacaba por su fortaleza física, pero el miedo tampoco le daba la oportunidad de desarrollarla al máximo. En la confusión del momento fue consciente de que no podría escapar. Con los ojos llenos de lágrimas contempló como una oscuridad más densa que la dominante en la calle la envolvía alejándola de su portal, de su seguridad, de su familia...

Edu llegó, soportando los intentos de la chica por soltarse, al pequeño callejón y penetró entre sus paredes, lejos de la mínima luz de las viejas farolas y al margen de miradas indeseadas. El lugar se usaba durante las mañanas para descargar la mercancía de los escasos comercios de la calle y, como ironía del destino, era lo que se disponía a hacer con el fardo que representaba la jovencita.

Su triste mirada buscó y se clavó directamente en los ojos de Bel. Ella se encontró con un vacío inesperado en la profundidad de las pupilas donde quedó reflejada. Allí detrás no había nada. Ningún brillo los acompañaba. Ese aspecto restó de un plumazo fiereza al rostro que la había asustado. Sintió un profundo atisbo de tristeza en unos ojos verdes que indicaban que no le quería hacer daño. Su mirada tan apagada lograba transmitir algo que no era capaz de hacer con sus palabras.

—Escúchame, por favor —habló suavemente, sin levantar la voz, para que nadie pudiera oírlos—. No te quiero hacer nada. Al menos..., hoy no. — Ese «al menos» les supo a ambos tremendamente amargo, como una patética tregua que terminaría rompiéndose—. Solo quiero hablar un momento contigo. Solo un instante, por favor. —Los ojos vacíos corroboraban que sus palabras no mentían—. Te voy a soltar para que veas que no quiero hacerte nada. Si deseas irte puedes hacerlo, pero me gustaría que me escucharas.

La primera reacción de la muchacha al sentirse suelta y libre de poder moverse fue alejarse de él, como si temiese que pudiera darle un calambrazo. Avanzó por el callejón en busca de la escasa luz de las farolas. No quería hablar con ese ser. Nada tenía que escucharle. Quería irse, llegar a su casa,

alejarse de lo sucedido... Le dio la espalda, temiendo que en cualquier instante se abalanzase sobre ella para obligarla a salirse con la suya. Al llegar a la acera de la calle, lenta y cautelosamente, vio el portal y se lanzó corriendo hasta la puerta. La llave había quedado dentro de la cerradura y allí seguía esperando ser girada para cumplir su razón de ser.

Cierta sensación de abandono, que no lograba explicarse, se cernió sobre Edu en el callejón. Sin la escasa luz que ofrecían las farolas y rodeado por una absoluta soledad, solo interrumpida por la asquerosa compañía de un par de ratas olisqueando un montón de basura, fue presa de una sensación tan nueva como desconocida. Incapaz de saber qué sucedía, apoyó los brazos en la pared que le quedaba más cerca y, sobre sus antebrazos, la cabeza, en signo de fracaso, decepción y, como no podía ser de otra manera, cierta frustración. Dejó escapar el aire a modo de suspiro. Una especie de soplido amargo. Tan amargo que hubiera preferido el sabor de la sangre en su boca.

—¿De verdad solo quieres hablar conmigo?

La voz llegó de improviso desde la calle. Sonó tremendamente asustada y temblona, pero también suave y curiosa. Edu abrió de golpe los ojos, que había cerrado para sentir con más intensidad su soledad, y contempló atónito la silueta de la chica, pequeña y delgada. Segundos antes había escapado despavorida y ahora se mantenía inmóvil al inicio del callejón. Su huida le pareció normal y esperada, y su regreso lo descolocó, asombrándolo y confundiéndolo.

—Has vuelto...

La innecesaria apreciación se le escapó entre los labios, sin apenas ser consciente de que emitía palabra alguna: se le escapó con sonido su repentino pensamiento. Era una sorpresa verla regresar por su propia voluntad, pero también el desasosiego que le había producido la posibilidad de que no hubiese vuelto. Lo que hubiera sido lo más normal lo dañaba y lo inesperado lo dejaba sin palabras.

—¿Seguro que solo hablar?

Bel se mantuvo en su pregunta antes de entrar a escucharlo. Dicha respuesta era la clave de su actitud, la explicación de por qué no se encontraba a salvo en su pequeña habitación. La supuesta intención de hablar despertaba una curiosidad que la había impulsado a regresar al tétrico lugar contra toda prudencia. Asumía el riesgo, empujada por su necesidad de conocer y saber.

—Sí, claro... Solo quiero hablar un momento —afirmó mientras la veía acercarse, con bastante cautela, pero dejando unos metros atrás la calle mal

iluminada—. Eres muy valiente —se sintió obligado a reconocer—. ¡Dios! Nunca había visto algo así.

Bel no contestó. No tenía nada que añadir a un halago que, a pesar de la impresión que expresaba, no le resultaba nada reconfortante. Seguía teniendo miedo. No podía ser de otra manera. Después de los insultos del día anterior ese individuo la asaltaba en mitad de la noche y la llevaba al callejón sujeta y amordazada. ¿Cómo no tener miedo? Ni siquiera comprendía por qué había vuelto. Había llegado hasta el interior del portal y allí estaba a salvo. Cuando se disponía a subir por las escaleras, se giró y volvió a salir a la calle, tentado al destino sin una explicación coherente. Había regresado al callejón donde el peligro de nuevo ganaba su protagonismo.

—¿Por qué has vuelto? —Le resultó imposible no preguntarle. Era incapaz de salir de su propio asombro.

—Supongo... —tuvo que coger aire para poder hablar de un tirón—, supongo que, si me hubieses querido hacer algo, no me habrías soltado. —La coherencia de sus palabras era un argumento contundente que lo impresionó, contrastando con el involuntario gesto de enjugarse las lágrimas—. Además, podías haber vuelto cualquier otro día y prefiero saber qué me espera que vivir temiendo cada segundo de vida.

Edu miraba a esa frágil muchacha hundido en una fascinación impropia de su orgullosa actitud para con los demás. Sintió una profunda admiración por el valor femenino y el atrevimiento con el que se enfrentaba a las consecuencias. Le recordaba a alguna de sus compañeras de ideal, aunque ella era negra. Desgraciadamente sabía mejor que nadie que, viviendo en ese barrio, la valentía nunca la salvaría de desconocer qué le podía esperar cada día detrás de cada esquina, en cada sombra... Llegaría el día en que Toni conociese que una familia negra había llegado a su barrio y paseaba por sus calles. Ese día el atrevimiento no la rescataría de un triste destino.

—¿Qué querías? —preguntó Bel, cuyas ganas de volver a huir a casa seguían tirando de ella para ponerla a salvo.

—¿Y el miedo...?

Edu seguía sumido en las cavilaciones producidas por la sorpresa que lo tenía preso. Apenas la había escuchado preguntar. Lo que pudiese querer se había arrastrado por la falta de temor que le fascinaba, aumentado por no tener muy claro qué quería y qué le había impulsado a asaltarla en plena noche. Multitud de cuestiones se agolpaban en su cabeza ante la incertidumbre que despertaba quien se mantenía sola ante el riesgo. Muchas de esas preguntas se

limitaban a explicar cómo el orden de lo habitual se trastocaba. Ella debía huir y no regresar por mucho que le pidiese la oportunidad de cruzar unas palabras.

—No se puede vivir huyendo —contestó a su pregunta, cuando no esperaba respuesta, e incluso a sus pensamientos.

La mirada masculina la enfocó como si en vez de contestarle con palabras le hubiera respondido con un bofetón. La impresión de oírla superó desproporcionadamente lo sentido al contemplar su regreso. ¿De dónde salía semejante niña? Fue a hablar, pero se encontró con que se había quedado sin palabras. ¿Qué podía decir ante semejante y desconocido valor en esa raza? Siempre los había visto correr lejos de su presencia y escucharlos sollozar y suplicar por sus vidas. Ella ni mucho menos hacía lo mismo.

—¿Qué querías?

Bel repitió la pregunta, impaciente por saber hasta dónde llegaba el asunto y marcharse a casa lo antes posible, lejos de las frías y oscuras calles de su nuevo barrio. ¿Qué diferente le parecían esas calles privadas de la luz del día! El callejón era el extremo al que la conducía la noche. Tan cerca de casa y a la vez sentía que podía resultarle imposible escapar de una trampa en la que ella sola se había metido, a pesar de llegar a estar a salvo.

—Bueno... —dudó Edu, cuya situación de principio a fin le resultaba surrealista y levemente insuperable—, quería pedirte perdón por el incidente de ayer en el autobús.

Al escuchar su propia voz se sorprendió como si fuera otro quien hablase, alguien a quien poder reprochar esa disculpa. Al abandonar el garito, un rato antes, no tenía en la cabeza llegar a ese portal. Sus pasos lo habían conducido hasta allí al permitir que su mente divagase en sus propios pensamientos. En cuanto la vio sintió cierta necesidad de hablarle, sin saber muy bien qué iba a decir o por qué lo hacía. Era impensable que en ningún momento pudiera disculparse. De modo consciente no podía tomar en cuenta que pedir perdón fuera una opción que llevar a cabo.

—La verdad... —continuó hablando a falta de respuesta y como salida a la confusión que se iba extendiendo en su cabeza—, es que debería sentirme orgulloso de lo que hice. Mi condición me vanagloria de ello. Pero..., en esta ocasión, me siento muy culpable. ¡No lo comprendo!

—¿Tu condición? ¿Qué condición?

Fue Bel quien quedó sorprendida por semejante apreciación. Había preguntado sin pensar, como acto inmediato a lo escuchado. Se dejó arrastrar

hacia la conversación por un impulso mezcla de rechazo y curiosidad. No entendía que pudiese haber una condición que permitiese enorgullecerse de una actuación tan racista y ofensiva. ¿Y por qué lo compartía con ella?

—¿No sabes qué soy?

Bel negó con la cabeza, inquietándose por la importancia que ese chico daba a detalles que ella desconocía. Le sonaban esas cabezas sin pelo, llevando hasta el extremo el aspecto militar, pero no sabía qué podía ser, a parte de un chico más del barrio. Le parecía suficiente mayorcito como para que supiese lo que estaba bien y lo que estaba mal. Ninguna condición le debía marcar lo permitido y, sobre todo, ninguna podía justificar avasallar y faltar al respeto a otra persona. Y mucho menos pretender que ella lo entendiese, lo compartiese o se viese obligada a considerarlo normal.

—Nos llaman fachas, nos llaman nazis, pero utilicen el nombre que utilizan, somos los salvadores de la raza. ¿Sabes a qué me refiero? —Estaba totalmente anonadado, hablándole como si fuera una jovencita blanca a quien impresionar—. Soy un soldado urbano. Soy un patriota con la misión sagrada de limpiar las calles de escoria.

Bel se iba haciendo una idea en su cabeza con las pocas especificaciones que escuchaba. La explicación era de una dudosa naturaleza. Las dulces facciones de la muchacha mostraban tristeza y amargura, disimuladas por la escasez de luz. Era lo suficiente inteligente para comprender las palabras de ese individuo y, sobre todo, lo que ellas querían decir. Conllevaban un nivel de intolerancia que debería haber bastado para alejarla de ese inmundo callejón. Se había disculpado cuando a su vez se vanagloriaba de ser una especie de “elegido” en una cruzada que solo existía en sus radicales ideas.

—Y se supone... —respiró profundamente— que la escoria son las personas como yo, ¿no? —Sus palabras fueron tremendamente amargas. Semejante entonación formó un contundente reproche que incluso Edu sintió en su pecho—. Yo soy esa basura, ¿verdad?

El joven, cuya fama era sinónimo de dureza, contrastaba con una apariencia alicaída que iba arrinconándolo en sí mismo. No pudo contestar. Ni siquiera fue capaz de mirarla a la cara. Agachó la cabeza y clavó la mirada en el suelo cubierto de desperdicios para festín de los roedores. Se sentía vencido aun sin necesidad de un enfrentamiento, sin una pelea que se hubiese torcido, sin un verdadero conflicto que pudiera descontrolarse...

—¿¡Verdad!?! —exclamó ante el silencio, conteniéndose para no gritarle

—. Yo soy esa escoria. Mi familia negra es esa escoria. Y seguramente también los sudamericanos y los chinos, y vete a saber cuántos más. Todos somos la basura que hay que limpiar. —En sus palabras se plasmaba el dolor de su alma por tanta injusticia y el agobiante nudo que se extendía desde la boca de su estómago hasta retorcerse en su garganta—. ¡Claro que os llaman nazis! Hacéis lo mismo que ellos con los judíos. Tu deber es acabar con nosotros —habló con una suave y firme ironía—. ¡Pues muy bien! Ya no te tengo miedo. Acaba conmigo ahora.

Edu levantó la cabeza, tras unos minutos de escapar de su mirada, impactado por unas palabras que habían llegado a sus oídos, pero que habían golpeado su seguridad. Contempló cómo esa valiente muchacha negra se acercaba, caminando hacia la oscuridad del callejón con los brazos extendidos en cruz y sacando pecho a modo de entrega e indefensión. Sus pasos, firmes y seguros, transmitían con certeza que le había perdido el miedo. No supo si enfurecerse por ello o alegrarse por dejar de ser el motivo de su terror. Era asombroso hasta dónde podía llegar la nueva vecina del barrio.

—Acaba conmigo —repitió Bel, recalcando cada palabra y enfatizando la pausa entre ellas—. Cumple con tu orgulloso deber. —Lo golpeó con un contundente sarcasmo, como si le desafiase en igualdad de oportunidades.

Edu negó con la cabeza. Su balanceo fue lento, pero claramente visible. No lo iba a hacer. ¡Por supuesto que no lo iba a hacer! No seguía indicaciones de aquella raza, aunque sus ideales lo obligasen a limpiar la basura que representaba. Se forzó a creer que no lo haría porque así lo pedía la niña, ante la opción de no sentir lo suficiente consistentes dichos ideales para llevar la tarea a cabo. Por su mente, como un destello, pasó el principio de que no se podía quitar la vida a un ser humano. De inmediato, lo apartó de su cabeza como un manotazo que rechazaba a un molesto mosquito. No podía permitirse pensar en eso. Delante de él no había un ser humano..., había una simple negra.

—¿Por qué no lo haces?

Edu ignoró la pregunta y pretendió rehacer un estado de ánimo que, sorprendentemente, se había mostrado vulnerable. Levantó las manos, con las palmas extendidas, y directamente se las metió en los bolsillos. Era el gesto definitivo que indicaba que no iba realizar un acto que ella pedía amargamente. No convertiría en mártir a esa jovencita que se ofrecía a modo de justicia irónica.

—¿Por qué no lo haces? —repitió Bel. No estaba dispuesta a ceder. Se

había olvidado de su casa y de la seguridad que allí la envolvería.

—No puedo. No voy a hacerlo. —Convirtió en palabras sus pensamientos.

—Lo has hecho antes, hazlo ahora.

La jovencita dio un paso más hacia la oscuridad, sin temer lo que tanto la había atemorizado antes. La boca del lobo podía cerrarse al menor descuido, quedando atrapada en las fauces de la noche. Su actitud corporal y su tono de voz transmitían seguridad, valentía y un arrojo desconocido en esa calle, pero no dureza, ni tan pocas ganas de lucha. Lo retaba con decisión en un desafío que llevaba la situación al límite.

—No..., no voy a hacer lo que me digas.

Se escondió en un orgullo vano, encogiéndose de hombros sin sacar las manos de los bolsillos. Era la respuesta de un niño al que se lo había arrinconado en el patio del colegio y que se refugiaba en un argumento que nadie creía. Le faltaba explotar en un ridículo pataleo, incapaz de enseñar argumentos creíbles. No podía contestar de otro modo, ni siquiera él conocía la respuesta adecuada.

—¿Por qué no puedes? —cuestionó Bel como si pudiese, extrapolando, leer entre unas líneas que iban torciéndose.

—No sé... —Edu respondió sin pensar, teniendo que reaccionar de inmediato al ser consciente de lo que había escapado por su boca—. ¡Claro que puedo!

Ni el volumen se elevó en el silencio ni la contundencia le dio credibilidad. Su exclamación no alcanzó el nivel suficiente para demostrar la firmeza que pretendía, la firmeza necesaria para corregir su desliz. Disimuló al apretar los dientes a modo de rabia, de inseguridad, de frustración... Esa noche no era más que un «soldado» inseguro. Un fracaso inservible. Simplemente el patriota que comenzaba amargamente a dudar sin que nadie lo hubiera impulsado a ello...

—No puedes —afirmó la muchacha con sencillez, como si pudiera saberlo a ciencia cierta y no necesitase más que su afirmación para corroborarlo—. Y sé por qué no puedes. Claro que lo sé. —El chico miró el rostro de Bel que, mientras se confundía con la noche, parecía hablar con la voz de la sabiduría—. No lo haces porque no crees en esos ideales. Por eso no lo haces. Lo veo en tus ojos.

Edu tardó unos segundos en asumir un mensaje que golpeó su conciencia como un torpedo en mitad del océano. Nunca nadie se había atrevido a decirle

algo semejante. ¿Cómo se atrevía a llegar tan lejos? ¿Quién se creía que era? Era la afirmación más rotunda que creía haber escuchado nunca. Tan atrevida como absurda. Nada más lejos de la realidad. ¡Era una soberana estupidez!

—¡No! ¡Sí creo en ellos! ¡Por supuesto que los creo!

—¡No! No crees en ellos. Y sabes que llevo razón.

—¡Sí! ¡Tú misma lo has dicho! ¡He hecho cosas parecidas antes! — argumentó con las palabras de ella, incapaz de encontrar un razonamiento propio que demostrase estar en lo cierto—. ¡Y las volveré a hacer!

—Cierto. —Su tono descendió para pausar la conversación que iba acelerándose hacia una discusión—. Las has hecho. Claro que las has hecho. Y no dudo que realmente volverás a hacerlas... —cierta tristeza se reflejó en su mirada y en sus palabras por igual—, pero estaban y estarán tus amigos delante. Por eso lo hacías... y por eso lo harás.

—¡No! ¡Yo no me dejo llevar! —negaba como único argumento al que agarrarse—. ¡No tienes ni idea! ¡Tú no me conoces! —No recordaba haberse descontrolado de ese modo en su vida—. ¡Creo en una sola raza...!

—Yo también, y no me rapo la cabeza para demostrarlo—. Ambos se miraron durante un escaso segundo de silencio—. Creo... en una raza tolerante.

Edu quiso contestar, pero no supo qué decir. Intentó hacerlo, pero no encontró las palabras adecuadas. No supo qué argumentar para dejar de sentirse avasallado. No podía asegurar nada cuando, sin capacidad para evitarlo, se veía arrastrado por las dudas que habían plagado su mente. Su idea de vida tenía que sacarle de ese agujero donde se hundía. Debía creer en sus ideales. Eso estaba claro, pero... ¿cuáles eran sus ideales?

—Tú sabrás por qué finges. Tú sabrás si te recompensa hacerlo — concluyó la muchacha—. Al único que te engañas es a ti mismo.

La jovencita se giró y, sin volver a mirarlo, empezó a alejarse. Después de desahogarse la tensión parecía a punto de vencerla. Quería llegar a casa de una vez por todas. Se había retrasado demasiado y su familia estaría preocupada. Posiblemente, estarían a punto de salir a buscarla. Eran más de las once de la noche y debería haber llegado mucho antes. No conocía a nadie, por lo que no existía motivo para haberse entretenido. Además, allí ya no había nada más que hacer. Sus palabras habían puesto el punto final y el asunto había concluido. Moralmente salía vencedora, aunque se sentía agotada y, en parte, derrotada por un tema donde no podía haber vencedores hasta que fuera erradicado.

—No te vayas, por favor...

Bel detuvo sus pasos cuando estaba a punto de abandonar el callejón. No lo hizo por la petición, sino por la impresión que le causó esa voz débil y susurrante, como un suspiro que se le hubiera escapado al encontrarse roto y sin reacción. Lo miró sin darse la vuelta, girando simplemente la cara cuanto le permitía el cuello. Encararse de nuevo solo serviría para alargar el momento sin solución.

La imagen que daba el «soldado» no inspiraba un aspecto más orgulloso que su lastimosa petición. Mantenía las manos en los bolsillos, los hombros bajos y la cabeza agachada, como recogándose en sí mismo. Sus ojos buscaban a la chica sin levantar la mirada. Se sentía incómodo, dolido, herido y tremendamente confuso..., mientras aguardaba la reacción de su «enemiga».

—Tengo que hacerlo. —contestó Bel. Cierta aflicción se escapó entre sus labios, aun sin crear esperanzas de negociar su marcha—. No puedo hablar con quién me odia solo por mi color de piel, que me odia sin conocerme y que, solo por ser diferente físicamente, me considera escoria —negó con sus palabras y con su cabeza, sin entenderlo—. Lo siento. No puedo mirar a la cara a un «soldado» ahora que los he visto y sé en lo que creen —habló, dando un paso más desde la acera de la calle—. Aunque sé que tú no eres como ellos, mientras que creas que lo eres te consideraré igual que el resto. —Solo recibía silencio por parte de él—. Tus actos se retratan. Lo que hagas, será lo que eres. —Le recordó sin miramientos—. Tal vez algún día encuentres tus verdaderos ideales y entonces podamos hablar como dices querer hacerlo. Incluso tal vez podamos ser amigos. —Abrió una puerta que prácticamente se cerraría de un portazo—. Tienes mucho que dar a este necesitado mucho. No lo desperdicies de esa manera tan inútil.

Inmediatamente, la única compañía que quedó en el callejón fue el eco de la voz femenina. Edu volvió a quedar solo, tal y como se sentía desde hacía un tiempo, pero con una intensidad de ausencia que nunca había experimentado. La simple presencia de las ratas no minimizó la sensación de estar lejos de cualquier ser vivo. Se sintió tan rastrero y cobarde como se consideraba a tales roedores.

Había llegado allí dejándose llevar, había sorprendido a la chica, le había arrastrado hasta el callejón abusando de su fuerza física y todo para hablar con ella, sin saber bien por qué motivo. En algún momento, perdió el control y había pasado a recibir un rapapolvo que lo había doblado y que le hacía maldecir no haberse enfrentado a semejantes manifestaciones gratuitas.

¿Por qué diablos había ido a hablar con esa negra? La presencia de las palabras de la chica lo acorralaba incluso cuando ya no estaba. Zumbaban en sus oídos, en su mente e incluso, y más profundamente, en su atormentada y torturada alma...

Bel dignificó su propia huida y penetró en el interior del portal, sumido en la oscuridad de la ausencia de movimiento. Las escaleras, que tan transitadas estaban por el día, carecían de afluencia por las noches. Cerró la puerta y apoyó la espalda en ella. Respiró profundamente, liberando la tensión de la situación vivida y relajando los músculos de su cuerpo. La seguridad mostrada precisaba de un leve descanso antes de volver a casa. Unos segundos le bastarían para recomponerse en su justa medida.

Cerró los ojos embargándose de una agradable soledad y se le escapó un profundo suspiro con algo más que alivio. No había mentido en todo lo que le había dicho y creía cada una de sus palabras. Le había dejado una puerta abierta, pero nunca mientras siguiese siendo lo que se enorgullecía de ser. No necesitaba ni deseaba relacionarse con alguien así. Pero, no obstante, sonrió tímidamente ante un repentino y contradictorio pensamiento.

«Es tan guapo...».

Capítulo 4

UN IDEAL DE SANGRE

La mañana del viernes fue para Bel un conjunto de horas en las que acumular información. Había vuelto a dormir poco y no demasiado bien, hasta decidir levantarse al amanecer. Se había duchado y vestido con el piloto automático. Su mente divagaba entre pensamientos, todos relacionados con los últimos acontecimientos que habían alborotado su vida. Apenas había conseguido llevarse algo a la boca para desayunar. Tenía hambre, pero hambre de conocimientos.

Deseaba saber qué eran en realidad esos jóvenes radicales. Le gustaba conocer muchas cosas de casi todo y, más aún, si se trataba de algo que la rodeaba y que interactuaba en su vida. Algo con lo que debía convivir y que implicaba riesgos contra los que era difícil luchar. Era hora de que sus conocimientos del tema abarcasen más que simples noticias oídas de pasada. Era el momento de profundizar en el asunto, de averiguar de dónde habían surgido, qué perseguían y en qué, verdaderamente, creían.

—¿Para qué quieres conocer el tema? —se quejó su hermano Manuel cuando le preguntó por el asunto—. No entiendo este interés.

—Hay poco que entender. Simplemente tengo curiosidad.

—Miedo me da tu curiosidad.

Pocas veces podía negarse a los caprichos de su hermana y, sin entrar en detalles, la orientó sobre el tema. A sus veintidós años, resultó saber más del asunto de lo que hubiera parecido. Estaba al día de las dudosas hazañas de semejante tribu urbana, por mucho que ellos no se considerasen tal. Incluso, en un par de veces durante sus anteriores visitas a la gran ciudad, había tenido que salir corriendo para no caer en manos de pandilleros de semejante calaña. La información de su experiencia prefirió guardársela para sí mismo y no compartirla con ella. No consideraba necesario provocar temores a la niña

cuando iniciaba su nueva vida en la capital.

Manuel era un muchacho de color que alcanzaba el metro ochenta de altura, con casi setenta y cinco kilos de peso. Era un magnífico atleta. Siempre lo había sido. Sus condiciones físicas no habían pasado desapercibidas para la selección de Madrid de atletismo, a la cual se había incorporado en busca de un lugar en sus sueños. Dicha incorporación era uno de los motivos principales que habían llevado a su padre a buscar y encontrar un trabajo en la ciudad. De esa manera, toda la familia se había trasladado a vivir a la urbe, cumpliendo igualmente los anhelos de la hija pequeña.

—Nunca antes te había interesado el tema —sospechó el muchacho—. Bueno, ya me contarás.

Bel ignoró la suspicacia de su hermano y se conformó con sacarle la información. No le desveló nada sobre su doble encuentro con ellos, primero en el autobús y después en el callejón. Tampoco quería ni creía necesario que nadie de su familia llegase a preocuparse. Al fin y al cabo, por desgracia, era un asunto que estaba a la orden del día y no valía alimentar inquietudes innecesarias. Además, aunque pudiera estar confundida, pensaba que podría gestionar las circunstancias por sí misma.

Lo poco que le sonsacó a su hermano, principalmente para evitar insistir y tener que confesar el motivo de su repentina curiosidad, le bastó para encontrar el hilo argumental que seguir para ampliar la información. Pasó gran parte de la mañana en la biblioteca, buscando aquí y allá, leyendo artículos relacionados y husmeando algún que otro libro. Su deseo de saber iba más encaminado en el concepto que en su organización.

Finalmente, cuando la bibliotecaria le indicó que acababa su turno y regresó a casa a la hora de comer, había conseguido suficientes datos para hacerse, en líneas generales, una pauta mental de lo que representaba, tanto física como psicológicamente, la idea que seguían esos «soldados». Desconocía qué influencias políticas tendrían por encima en ese barrio, lo que nunca sabría, pero lo desvelado le bastaba para no verse involucrada en una situación totalmente desconocida.

Entre los años 1984 y 1985 se habían visto los primeros «soldados» en España. Aparecieron en Barcelona, en el primero de esos años durante el trascurso del partido de fútbol que enfrentaba al equipo local, el Espanyol, y a los italianos del Inter de Milán. Fue en la hinchada radical del equipo catalán donde, según ciertas investigaciones, empezaron a movilizarse, a través de las conocidas Brigadas Blanquiazules.

Al año siguiente se les fue distinguiendo en conciertos de música de Decibelios. Un grupo supuestamente del agrado de esta tribu urbana, y que podía representar una excusa más para reunirse y dejarse ver en público. El grupo desapareció al año siguiente, considerando Bel que no habían quedado demasiados argumentos para relacionar elementos comunes.

Desde esos momentos, se los fue viendo con regularidad y con cierto auge por las calles, en discotecas, pubs y en diferentes lugares frecuentados. La novedad que al principio pudo despertar su apariencia militar fue convirtiéndose en un elemento habitual en las grandes ciudades. Su fachada física pasó a formar parte de la vista panorámica de importantes centros urbanos.

Los chicos que pasaban a englobar sus filas solían formar parte de familias de clase media y, casi siempre, media baja. Pertenecían al intervalo que abarcaba las edades comprendidas entre los quince y los veintidós años. Siempre con sus excepciones, se caracterizaban por ser buenos hijos en sus casas, pero muy malos estudiantes en el instituto. Llevaban vidas bastante normales por el día, que dificultaban imaginar las extremas juergas que desarrollaban por la noche, limpiando la peculiar «basura» que para ellos ensuciaba su barrio.

En su mayoría resultaban ser inadaptados de las grandes ciudades, frustrados y violentos que defendían un territorio que tomaban como suyo frente a un enemigo claramente señalado. Decían amar la bandera de España, se consideraban fanáticos del fútbol y justificaban sus actos como protección de la raza blanca. Se identificaban con la esvástica, mal mirada por doquier. Se vanagloriaban de luchar por una España limpia y blanca, orgullosa de la raza que debía ocuparla y deseosa de recuperar el perdido imperio que había tenido en tiempos pasados, durante los lejanos reinados de Carlos I y Felipe II.

Sus ideas se oponían a cualquier tipo de inmigración que representase una raza diferente. No querían en su país emigrantes árabes ni sudamericanos ni africanos ni asiáticos... Odiaban a los drogadictos, a quienes consideraban haberse buscado su ruina, y a los homosexuales, por considerarlos un insulto contra su propia raza. Cargaban violentamente y sin ningún tipo de escrúpulo contra cualquier persona que se relacionase con alguno de sus objetivos señalados. Aplicaban el mismo tratamiento a punkis, comunistas, anarquistas o quienes defendiesen una política distinta a su nacionalsocialismo. Presentaban altercados con miembros de hinchadas opuestas a sus equipos de fútbol y

podían agredir por igual al novio de una chica de color como a un radical antirracista. La violencia era su ley y, para Bel, representaban el fiel reflejo de la intolerancia.

Doce años después de su primera aparición, la mitad de los «soldados» de España se encontraban ubicados en Cataluña y una tercera parte en Madrid. La capital del estado y Barcelona eran las dos ciudades más importantes, con Valencia y Sevilla siguiéndolas con alto número de miembros del clan. No resultaba fácil encontrarlos en pueblos o ciudades más pequeñas.

Bel se sintió más interesada por lo que rodeaba a la parte individual. El colectivo, al parecer, había evolucionado hasta una organización, cuya infraestructura se escapaba de sus posibilidades y donde las investigaciones se perdían. Llegado al individuo fue cuando pudo comprobar las similitudes entre las investigaciones y la realidad de su propio barrio. La persona que se escondía detrás del personaje era lo que verdaderamente llamaba su atención.

La vestimenta era diferenciable y fiel a lo esperado. Lo asumía como una especie de uniforme, desde las botas Rangers con punta reforzada de acero hasta las cazadoras Bomber. Eran habituales las camisas Ben Sherman, los jerséis Lonsdale y los vaqueros Levi's, siempre y cuando el presupuesto de cada uno lo permitiese. En sus cinturones era frecuente que mostrarán una hebilla con la forma de la cruz céltica. Pero, sin lugar a dudas, su rasgo más característico era el pelo rapado, permitido como mucho al uno, de ahí que se pudiese referir a ellos como Cabezas Rapadas.

Ante la violencia desatada por estos tipos de grupos y sus apariciones cada vez más numerosas, la policía había tenido que reaccionar para minimizar los daños. La inclusión de agentes infiltrados en los núcleos más frecuentados había provocado que tuviesen que resguardarse y actuar con una mayor precaución que en sus orígenes. Dichas circunstancias influyeron, incluso, en su manera de vestir. Cambiaban las botas por zapatillas deportivas negras y se vestían con tejanos simples del mismo color. Los cambios siempre se veían durante el día. En ocasiones más extremas había sido necesario que se dejaran crecer el pelo algo más de lo que les marcaba la tradición.

Bel atisbó a descubrir solo la punta del iceberg. Fue consciente de que el asunto conllevaba mucha más información que los rasgos generales que había acumulado durante unas horas de búsqueda. Le servía para hacerse una leve idea de lo que podía encontrarse de nuevo por el barrio. Le bastaba con conocer que un «soldado» era un individuo de ideas radicales y nacionalsocialistas, que llevaba el pelo rapado casi al cero y mostraba un

aspecto militar, imitando a los marines americanos. A partir de ahí, sus actos hablaban por ellos mismos...

Esa tarde no fue tan prolífera como lo había sido la mañana. Se sentía cansada después de las emociones que había vivido en apenas dos días y todavía le quedaba su ingreso en el instituto a lo largo de la semana siguiente. Después de lo mucho que había buscado y leído para satisfacer sus ansias de conocimiento urbano, Bel se tomó la tarde como un periodo de descanso. Sabía que no descubriría más con los medios que tenía a mano.

Demostrándose a sí misma que no debía recluirse y temer el día a día, repitió la experiencia y volvió a ir al cine. Le encantaba ver películas y le gustaban de todo tipo de géneros. Pero en esta ocasión optó por la sesión de las cuatro de la tarde. No se trataba de una decisión motivada por el miedo, sino para evitar que su familia se intranquilizase como había sucedido la pasada noche. De tal manera se ahorraría tener que regresar a casa con la noche cerrada. Había tenido bastantes emociones en apenas un par de días en la ciudad y, sobre todo, durante su última aventura en el callejón. No sentía el menor temor, pero tampoco tenía ganas de repetirlo.

La sesión de las cuatro concluiría aproximadamente sobre las seis y poco y, aunque en invierno a esa hora la noche acechaba próxima las calles, era un buen momento para regresar a casa sin inquietudes, sin tener que enfrentarse a las tinieblas formadas por la perfecta combinación de la oscuridad profunda y la escasa luz que desprendían las farolas en las tétricas calles.

Hubiera querido observar a la muchacha tras los oscuros cristales de las gafas de sol, para no dejarse reconocer, pero bajo el cielo nublado habría llamado demasiado la atención. Precisamente era lo que pretendía evitar. No esperaba encontrarla allí y, aunque hubiera querido salirle al paso, a plena luz del día no era la mejor de las ideas. Era la primera norma no escrita que debían aprender.

Se apartó con disimulo de la gente hasta llegar a la esquina de una de las calles perpendiculares y, desde allí, la observó perderse más allá de las puertas del cine. Tenía decidido su plan de actuación y no se precipitaría. Mataría el tiempo de alguna manera mientras que la forastera volvía a salir a

la calle, después de su sesión cinematográfica, y ahí sería cuando saldría a su paso...

A su regreso a casa, tras haber disfrutado de una aceptable película, si no buena, al menos entretenida, Bel se disponía a regresar al hogar para acomodarse y disfrutar de una noche de la tranquilidad de su cuarto. Era la agradable idea que la acompañaba mientras caminaba desde el cine. La noche se cernía sobre el barrio, pero resultaba ser lo suficiente pronto como para que las calles se mantuvieran llenas de gente. Anduvo tranquila, sin saber que lo inesperado podía sobrecogerle en cualquier momento. Más aún cuando un imprevisto comenzaba a convertirse en habitual.

—Vaya costumbre más incómoda que estás cogiendo —comentó la jovencita con cierta serenidad y sin un ápice de miedo.

Al igual que la otra noche, el supuesto «soldado» se mantenía esperándola en el portal. La diferencia residía en no se refugiaba en las sombras, simplemente se mostraba abiertamente, apretado a su cazadora para ignorar el frío, con su fachada de chico duro y perdonavidas y sus ojos vacíos, nada profundos, sin vida, sin creencias, brillantes de dudas, cuando no de tristeza...

Edu había visto cómo iba acercándose por la calle, cómo avanzaba con gracia y firmeza. Bajo la última luz del día sintió que se perdía en una sensación desconocida. Notaba acelerarse el corazón al parecerle, semejante muchacha de color, más hermosa aún que al descubrirla en el autobús, más hermosa que durante el episodio del callejón rodeada de oscuridad. Ya no tenía dudas en ese aspecto, no podía engañarse. Esa chica sería negra, iría contra sus ideales, pero no tenía más remedio que reconocer que era muy guapa. Sus facciones destacaban en el oscuro tono de su suave piel. Era más hermosa, más bella, que muchas de las chicas blancas que había tenido entre sus brazos y que atesoraban la fama de ser maravillas. Esas atractivas muchachas eran incomparables a la estrella azabache, llena de luz, que había avanzado por la calle, paso a paso, hasta su persona.

Bel no se asustó después de hablarle. No intentó esquivarlo, ni alejarse de él. Fue directamente a su portal, con su lindo caminar, con su cabeza alta. No volvería a demostrarle sus debilidades. Si de algo podía estar orgullosa era de conocer en qué creía, rasgo del que no podía presumir ese joven. No le dedicaría el placer de volver a temerle. Nadie alimentaría los egos con sus

miedos.

—Hola... —La joven fingió no escucharlo al alcanzar la puerta—. Me gustaría volver a hablar contigo —le pidió una vez quedaron frente a frente, antes de darle tiempo de desaparecer en el portal.

Bel no respondió y apenas lo miró. Pareció no oír las palabras masculinas. No quiso escucharlas. Fingió que no habían alcanzado sus oídos. Lo consideró algo insignificante que no merecía su atención. Fue como una justicia divina hacia quien se sentía por encima de otros. Su cuerpo siguió con los movimientos que debía tomar, como si él no estuviese e hizo intención de abrir el portal, dispuesta a penetrar allí y alcanzar su casa.

—Por favor, te lo pido por segunda vez. Déjame hablar contigo.

Era increíble contemplar a uno de los «soldados» más duros de la zona pedir algo de semejante modo, casi suplicarlo. Edu García, brazo derecho del despiadado Toni y admirado por sus camaradas, estaba derrumbando su fachada de perdonavidas ante una chica considerada el enemigo. Increíblemente, ante una chica de color, de color negro, que debería doblegarse ante él.

—¡Menuda obsesión!

—No te pido tanto. —Se vio impulsado a responder ante la ofensiva exclamación femenina.

Bel se volvió lentamente, haciendo interminable el giro. Dotó de suspense un movimiento de lo más simple. Lo miró directamente a los ojos, seria pero sin rencor, colocando sus brazos en jarra y aguantando el tipo con madurez. El brillo en sus luceros negros se clavó en el color verdoso de los ojos del muchacho. Lo hicieron profundamente, llegando dentro de ellos y hurgando en ese vacío tan característico que había llamado su atención.

—Sigues siendo un racista, perdona, un «soldado»... —mantuvo abierta la expresión—, y ya sabes lo que te dije. —Su tono era tranquilo y suave, pero sonaba tan poderoso que Edu parecía estar escuchando algún tipo de indicación de Toni—. No quiero hablar contigo. Entiéndelo. No quiero hacerlo mientras sigas pensando de la misma manera.

—¡Dios, no me hagas esto otra vez! —Sus rasgos faciales se crisparon recordando el chaparrón de emociones de la noche anterior—. Déjame hablar contigo. Pensemos que no soy uno de ellos.

—¡Pero lo eres!

—Escúchame solo un segundo —pidió Edu, descendiendo el tono de voz para pacificar el cruce de comentarios. Bel indicó con un gesto que lo iba

a escuchar—. Desde tus palabras he estado pensando. He dado muchas vueltas a cada una de tus palabras y, entre tantos pensamientos he encontrado una remota y pequeña posibilidad de que lleves razón.

—¿Y qué...? —Se encogió de hombros—. Solo es una remota y pequeña posibilidad —se burló fingiendo la misma entonación al repetir las palabras.

—¡Lo sé! Quiero llegar al final por pequeña que sea, pero...

—Pero qué...

—Tengo que hacerlo para encontrarme a mí mismo.

—Solo es una excusa —afirmó Bel, negando con la cabeza—. Y ni siquiera sé para qué. —El comportamiento de ese chico era de lo más raro—. Tal vez debería tener miedo, ¡a saber qué me estás preparando!

—No te tengo preparado nada. No me tengas miedo —descartó inquieto—. Necesito tu ayuda.

—¿Qué tipo de ayuda es esa? —preguntó sin poder evitar la desconfianza que despertaba la extraña situación.

—Me basta con hablar contigo. Solo necesito eso. Eres una persona... ¿cómo decirlo?

—¿Negra?

—No me refiero a eso. Eres diferente.

—¿Por ser negra? —Bel metía el dedo en la llaga como si quisiera llevarlo al extremo de su paciencia.

—No. Por ser especial..., por ser muy especial.

—¿Es eso un cumplido? —Se mostró expectante, reduciendo la tensión del momento.

—Aunque te parezca extraño... —hizo una pausa para tragar saliva—, es más que eso.

El color oscuro de las mejillas de la jovencita enrojeció de un modo tímido e inocente, aunque apenas se pudiese apreciar. Su madurez destacaba, pero no dejaba de tener tan solo diecisiete años. Era increíble que un defensor de los movimientos racistas estuviese pronunciando halagos tan agradables. Tal vez debería darle su oportunidad. Ni siquiera había valorado la opción cuando era un hecho que le tendería la mano. Tal vez de verdad conseguiría sacarlo de un mundo tan cruel y violento. Esa vida solo podía hacerle tanto daño a sí mismo como a los demás.

—¿Y si te das cuenta de que estoy equivocada? —preguntó antes de concederle su favor.

—¿No confías en ti? —animó el muchacho—. Estás segura de llevar la razón, ¿no?

—Está bien. —Sonrió Bel ante la astucia demostrada—. Puedes contar conmigo siempre y cuando... —Edu escuchó expectante y atento— te mantengas fuera de ataques sin sentido. Quiero que no te metas en líos.

Por un segundo se miraron en silencio, sabiendo que firmaban un acuerdo de honor antes de certificarlo con palabras. Bel se sintió traicionada por sí misma al volver al sonrojarse ante la presencia del triste varón. Le causaba emociones encontradas a pesar de intentar negárselo. Y el «soldado» se sintió bien después de unos días de una amargura que no sabía combatir y cuya razón de ser desconocía.

—Te prometo que lo intentaré..., Bel.

Escuchar su nombre surgiendo por esos labios seductores la despistó lo suficiente para reclamar que quería más que un simple intento. Oírle el modo tan sensual de decirlo le provocó un leve escalofrío, que desconocía pudiera ser tan placentero. La ciudad le estaba despertando aspectos de la vida que no había experimentado en su pequeño pueblo. Y el misterio que envolvía a ese chico se llevaba la palma.

—¿Sabes mi nombre?

—Lo sé. Yo lo sé todo —bromeó sin dobles sentidos.

—Entonces, supongo que me dirás el tuyo, «soldado».

Edu sintió una amarga punzada al oír que lo llamaba por aquel calificativo. La verdad era que nunca se habían referido directamente a él de tal manera. Pero lo que tuvo claro era que no le gustaba que fuera ella quien lo hiciese. Se hubiera podido extrañar al no enfadarse y tan solo disgustarse, pero a esas alturas tenía la cabeza en otras cosas. La vorágine que engullía su vida lo mantenía más desconcertado de lo habitual.

—Puedes llamarme Edu.

—¿Simplemente Edu? Pocas letras para un chico tan grande. —Lo admiró sin pretender hacerlo.

—Las quejas, a mis padres, que me lo pusieron. —Una suave risita cerró la apreciación.

—Seguramente tus padres te llamarían Eduardo —quedó encima la joven.

Ambos se miraron y las sonrisas despertaron mutuamente al otro. Edu sintió que entraba de alguna manera especial en su interior, admirando por igual su agudeza mental y su belleza física. Bel penetró nuevamente en lo más

profundo de las pupilas masculinas. Antes que un «soldado» era un chico y, desde luego, era un chico más atractivo de lo que se hubiera atrevido a comentar.

—Bueno..., hasta luego, Edu.

—¿No hablamos?

—Tranquilo, hablaremos. —Sonó a promesa fiel e inquebrantable—. Sé bueno y no te metas en líos. —Una nueva sonrisa corroboró la dulce despedida.

—Hasta luego, Bel —repitió las palabras de la muchacha.

Estaba claro que cualquier sonido que surgiese por los succulentos labios femeninos sonaba mejor, más agradable, más dulce, más reconfortante... Lejos de poder explicarlo y poniendo patas arriba su existencia, todo parecía mejor a su lado. Y Edu estaba despertando a tiempo de darse cuenta de ello...

—Siempre tienes que llegar el último —sonó atronadora la voz dura y ronca de Toni—. Cómprate un maldito reloj.

La noche había cerrado su abrazo sobre Madrid en general y sobre el barrio en particular. Era una de sus noches, era noche de caza, de ajuste de cuentas, de cumplir la misión divina para la que habían nacido. El destino los situaba una noche más en el lugar donde debían de estar y en las condiciones perfectas para aplicar su cruzada. El frío nocturno solo servía para motivar a sus músculos a ponerse en funcionamiento.

—No protestes tanto, que ya estoy aquí —restó importancia Edu, aceptándolo Toni como una especie de disculpa.

A la puerta del garito de costumbre, uniformados como era habitual, con rostros duros y confiados, con pensamientos de odio racial hacia quienes no eran como ellos y dispuestos para lanzarse a exterminar a las razas inferiores, el grupo de «soldados» de ese sucio y olvidado barrio de la capital quedaba completo con la llegada de su hijo predilecto. No era el más fuerte ni el más cruel, pero sin duda no dejaba de ser el alma de la camada.

—¿De dónde vienes? —preguntó Monti—. Me pasé por tu casa y me dijeron que habías salido muy pronto.

—¿Dónde crees que estaba? —contestó irónicamente el recién llegado, dando un pequeño empujón a Raúl, que era quien más cerca le quedaba y que captó a la primera la indirecta.

—¿Estaba muy buena? —curioseó Alex.

—Nunca había visto nada igual.

Al tiempo que las palabras salían de su garganta y confesaban su verdadera opinión, su mente rememoraba la delgada y pequeña silueta de Bel, llegando hasta su portal bajo la última luz del día. Su virginal figura y su bello rostro destellaron en su cabeza, aflorándole una sonrisa espontánea. Su esencia era como una aflorada plaga que alcanzaba los rincones más recónditos de su ser.

—No paras, camarada —admiró Mauri.

—Se hace lo que se puede.

—Vamos, dejaos de tonterías. Ya habrá tiempo de que Edu nos alumbre con sus hazañas sexuales más tarde —interrumpió la animada charla Toni, llamando al orden a los presentes.

—¿Qué tenemos para hoy? —preguntó Marc haciendo crujir sus dedos.

Toni sonrió bajo la penumbra, con destello cínico y cruel. Una sonrisa terrible y despiadada, desde el punto de vista de Edu, les marcaría el camino una noche más. Era una mueca tensa y maliciosa que reflejaba los pocos escrúpulos que tenía su compañero. Era así y nunca había permitido que se lo contemplase de un modo distinto. No pretendía ocultar lo que de verdad llevaba dentro.

—Son las once y media —habló con voz solemne, mirando el reloj y dándoles tiempo a que se centrasen en las indicaciones—. Dentro de escasamente una hora, un puto «moraco» regresará a casa, a dos manzanas de aquí. Le daremos una sorpresa, una dulce sorpresa, al menos, agridulce.

—Muy fácil. —Marc mostró su lado más bravucón para ganar puntos ante el cabecilla—. ¿Y después?

—Después iremos a algún sitio a ver qué cae. Creo que todo el barrio está limpio, pero nunca deja de aflorar la basura.

Edu disimuló al dejar escapar un suspiro de alivio. Monti no había comenta nada sobre la nueva negra del barrio. Parecía haberse olvidado del espectáculo del autobús. Ojalá nunca se volviese a acordar de ella. Ojalá no le diese más importancia. Ojalá la dejaran tranquila. Por desgracia, el barrio no era tan grande como para que no se volviesen a encontrar... y no siempre tendría la suerte de su lado.

Toni miró de reojo a quien representaba y consideraba su brazo derecho, al que dedicaba su profunda amistad. Solo a él le permitía ciertos deslices, solo a él le procuraba verdadera lealtad. Pero como amigo suyo que era se olía que últimamente se comportaba de modo diferente. Lo veía incómodo,

preocupado, inquieto o algo por el estilo. Temía estar perdiendo al legendario Edu. La sola idea de que se estuviese volviendo blando lo aterraba como ninguna otra cosa pudiera afectarle.

Desterró esas ideas y disimuló balanceando la cabeza de un lado a otro, fingiendo necesitar despejarla, pero solo era la manera de intentar huir de sus propios pensamientos. Como si lo hiciese de algo apestoso, logró deshacerse de esa idea. La olvidaba en el rincón más profundo y oscuro de su despiadada conciencia, allí donde ni siquiera su valentía le bastaba para sumergirse de un modo consciente...

El barrio destacaba por la ausencia de iluminación aceptable en cada una de sus calles. La noche parecía más siniestra que en muchos otros lugares. La penumbra dominaba los escasos metros que había hasta el portal. Se encontraba, como un retorcido juego del destino, en un sucio rincón con salida a una sola calle. Su propia situación lo convertía en una trampa mortal. Una vez entrase ya no podría salir, y eso lo sabían. Lo sabían y lo iban a aprovechar.

La noche era tan oscura que resultaba imposible que se los viese. Serían sombras invisibles en la oscuridad, siluetas negras enviadas por algún señor del mal. Ellos luchaban por la luz de España, pero usaban las tinieblas de la noche. Aquel emigrante desearía, después de esa noche, no haber atravesado nunca el estrecho. Desearía haberse quedado en su África natal, divagando por algún desierto, como otros deberían perderse en la selva de turno.

Era increíble que alguien hubiese tenido, en su día, la brillante idea de situar un portal en un lugar tan oscuro y recóndito, tan peligroso a altas horas de la noche. Era tentar al destino. Ese lugar llamaba a gritos a los atracadores, a los violadores o a diferentes tipos de maleantes. En el caso de que en el edificio viviese un emigrante eran las tribus urbanas racistas las que acudían a realizar su tarea.

Edu se encontraba, junto a Toni y a Monti, en lo más oscuro del callejón que formaba la propia calle. Desde el lugar que ocupaban en lo más profundo de la oscuridad tenían un perfecto ángulo de visión del portal y aún más importante que eso era el hecho de que resultaba imposible que fueran vistos, ni desde el portal ni desde la calle, hasta que fuera imposible escapar.

El resto del grupo se había desperdigado, ocultándose en distintos puntos del callejón y de la calle, como si de un comando se tratase. Todos los lugares estratégicos habían sido cubiertos. Incluso se habían adentrado un par de camaradas en el interior del portal, por si la presa encontraba un resquicio

entre tanto agresor sin escrúpulos y se ilusionase queriendo escapar escaleras arriba. Así, la víctima elegida no tenía ninguna escapatoria.

No era su costumbre ocultarse para realizar una limpieza. Al fin de cuentas era su derecho y su obligación. Dado lo bien que el destino les presentaba la situación, mandándoles un callejón que no era otra cosa que una trampa mortal, Toni consideró aceptable variar las tácticas de combate. Sabiamente ideaba las estrategias y, como esta vez, acertaba al aprovechar cualquier facilidad.

Edu se mantenía ajeno a cuanto se traían entre manos. Estaba más pendiente de sus pensamientos que del entorno. No prestar la atención adecuada podía ser un problema, aunque ninguno de sus camaradas parecía darse cuenta. La escena que su vista reflejaba en su mente no era más que una serie de imágenes borrosas que iban perdiendo coherencia a cada segundo. Se encontraba sumido en su propio mundo interior, en un mundo psicológico y diferente al que se extendía a su alrededor.

Entre tanta cavilación dando vueltas, solo una imagen se repetía una y otra vez. Una imagen imposible de desterrar, pero que resultaba dulce y embriagadora y que nunca se cansaba de ver. Un rostro, un cuerpo, incluso una voz..., una voz sabia y sensual, juvenil y llena de vida. Era una encantadora banda sonora para un conjunto de rasgos de increíble belleza. Todo perteneciente a Bel, quien tenía secuestrada su atención y su conciencia.

Una presencia externa removió la quietud sin romper el silencio. Representaba la novedad que aguardaban expectantes. Tensó los nervios de los asaltantes y lo sacó de su mundo propio. Le arrebató la atención y lo devolvió a la realidad, al mundo material de los vivos. El individuo, alto y delgado, de cabello moreno, piel oscura y un bigote que se distinguía en la penumbra penetró en el callejón. Llevaba rumbo al portal sin preocuparse de las sombras. Avanzaba con tranquilidad, muy acostumbrado a regresar a casa a esas horas de la noche y adentrarse en un callejón que, sinceramente, daba mucho respeto, cuando no miedo.

Edu se mantuvo inmóvil, incapaz de moverse en un principio. Sabía que el elegido había llegado, metiéndose en la trampa sin imaginárselo lo más mínimo. Siguió sin moverse e incapaz de asumir que tenía que hacerlo. Se quedó en su puesto, sin ni siquiera alterar uno solo de sus músculos. No le sirvió de nada la voz de alarma para salir de su letargo. Su deber no parecía suficiente ante la promesa realizada.

El grito de guerra de Toni resonó estridentemente en sus oídos,

estallando en su cerebro sin provocar la euforia de otras veces. Sus compañeros «soldados» surgieron como una repentina marea de los oscuros rincones que los habían mantenido ocultos. Él continuó igual, manteniéndose en su lugar, ajeno al movimiento y concentrado en sí mismo. Parecía asistir a los hechos desde un lugar aislado.

Quedó atrás en su propia quietud, solo y contemplando al marroquí que, asombrado, había quedado petrificado a un par de metros de la entrada del portal. No le dio tiempo a reaccionar, aunque tampoco le hubiese servido de mucho. Era carne de cañón desde antes de llegar. Se encontraba en inferioridad clara y contundente, tanto en número como en capacidad de defensa, sin ningún resquicio por el que escapar.

Los cazadores cargaron contra él con su habitual potencia. Su cuerpo, sin ninguna defensa, fue embestido y apaleado con dureza, con un salvajismo prácticamente desalmado, sin conciencia del maltrato a un ser humano... Una lluvia de golpes le cayó por más sitios de los que creía posible, sin poder cubrirse por completo. El dolor lo atenazó en un principio hasta que fue tan intenso que dejó de sentirlo.

Edu contempló la desproporcionada agresión por primera vez desde fuera. Su pulso se había acelerado y su respiración podía ser escuchada. Miraba con la atención que antes no había podido dedicar a la tarea. Asistió a cómo sus camaradas no se detuvieron hasta que la víctima quedó inmóvil y de entre sus sangrantes labios no salía ni un simple quejido. Los «soldados» habían cumplido su sagrada tarea una noche más. Su éxito era el de un país que debía resurgir hacia la gloria de otro tiempo. El orgullo de España seguía vivo gracias a ellos y así debían mantenerlo.

Como un autómatas, Edu salió de su escondite, abandonando las sombras y disimulando su pasividad. Caminó hasta reunirse con los demás y perdió la mirada en las magulladuras del asaltado individuo. Poca sangre para tal cantidad de golpes que había recibido. Nadie sospechó que se había quedado atrás. Nadie dudó de su compromiso. Todos dieron por hecho que Edu García también había intervenido...

Orgullosos de su sagrada tarea, sintiendo correr por sus venas el placer del deber cumplido y ebrios hasta arriba de euforia, atravesaron el mismo recorrido caminado con anterioridad. Lo hicieron en sentido contrario, no podía ser de otra manera, rumbo a su rincón en el mundo, al garito, y dispuestos a regocijarse de su nueva hazaña, una más entre tantas, entre sus simpatizantes, que no dejarían de halagarles.

Las risas, derivadas de insultos y burlas y las palabras de desprecio hacia los emigrantes árabes eran las notas dominantes del grupo de patriotas después de haber ajustado las cuentas. Algunos de esos hombres y mujeres que se jugaban la vida huyendo del norte de África en busca de una vida mejor terminaban encontrando un injusto castigo en manos racistas cuando creían haber alcanzado cierta seguridad.

La misión había sido un éxito. El «culpable» había recibido su merecido, apenas habían llamado la atención y ninguno de los «soldados» había recibido el menor golpe. La perfección hecha tarea. El magrebí no había sido capaz ni siquiera de resolverse buscando una escapatoria, cuanto menos de defenderse. Como había pensado Toni desde un principio y contando con no equivocarse, ese inmundo callejón era una trampa mortal y ellos habían ejercido como el veneno de dicha trampa.

El rostro del líder era un cántico a la satisfacción. Resultaba difícil verlo sonreír, pero en tales momentos su mueca era lo más parecido a una sonrisa que podía enseñar. Sus facciones se veían recompensadas por el placer que representaba culminar sus ideales. Sentía que pequeños hechos como el de esa noche contribuían a hacer un poco más grande a su España. Por lo menos un poco más limpia. Creía en sus manipulados ideales de pureza, en una política nacionalsocialista y en la que alguien, en este caso él a la cabeza, debía realizar el trabajo sucio en las más bajas y oscuras calles, primero en su ciudad y después en su país.

Caminando un par de pasos por detrás, como una distorsionada sombra de la realidad, Monti mostraba más entusiasmo físico que satisfacción mental. Le agradaba el hecho de encajar en el grupo y encontrar una violenta vía de canalizar su frustración por encima de realizar la supuesta tarea que debían llevar a cabo para crear una nueva España, grande y blanca. Por una vez no era el humillado caído en el suelo...

Edu penetró, con fría curiosidad, en los satisfactorios gestos tanto de uno como del otro. Tan diferentes entre sí que costaba creer que hubieran encontrado un punto en común en el que unirse. Los examinó con un incómodo detenimiento por el simple detalle de ser extrañamente consciente de que, apenas unas semanas antes, también mostraban el brillo complacido en su propio rostro. A pesar de repetirse los ideales que durante años habían señalado su adolescencia no lograba sentirse tan pletórico como debía tras haber ejecutado su supuesta justicia.

La llegada al parque ejerció como despertador para arrancarlo de sus

pensamientos. Fue producto de chocar con Raúl, a quien volvió a empujar, esta vez sin intención. Caminaba justo delante de él y se había detenido en seco, sin darle tiempo de reaccionar. Al retomar el contacto con la realidad apreció sorprendido que era el grupo al completo quien se había parado. Sus camaradas miraban hacia los secos jardines del lugar, que le recordaban la imagen de la pierna terriblemente retorcida del desgraciado drogadicto.

Edu se abrió hueco hasta llegar a la altura de su amigo Toni, que se mantenía, como era habitual, a la cabeza. Lo fueron dejando pasar a medida que comprobaban que se trataba del lugarteniente de la camada. A ninguno le gustaba ceder un lugar preferencial, pero a él lo hacían con gusto. Toni era temido y obedecido y Edu querido y seguido. Desde el puesto alcanzado pudo distinguir lo que todos observaban con amplio interés y comedida ansia.

A una distancia prudencial, en el claro de uno de los conjuntos de columpios de pintura descascarilla y hierro oxidado, se encontraban siete u ocho individuos. Eran blancos y, en principio, no deberían tener problemas mutuos. Respetaban su raza, no tenían nada contra ellos. Todos pertenecían a la misma etnia. Pero sí que tenían mucho contra lo que hacían, contra sus costumbres, contra sus vicios... Habían tomado su decisión de convertirse en despojos y los «soldados» llegaban para hacer limpieza.

—¡Malditos drogadictos! —rugió Toni, mezcla de furia e indignación—. ¡Basura! Ahí juegan los niños.

—¡Putos yonquis de mierda! —Se hizo oír Raúl por detrás. Siempre buscando que el líder lo tuviera en cuenta, con más palabras que hechos.

—Vamos a meterles la jeringuilla por el culo —alentó Marc al llegar al lado de Toni, como si necesitasen más motivación que cuanto contemplaban.

Edu realizó un rápido repaso a sus compañeros de fatiga. Se percibía la tensión que precedía a la confrontación. No se presentaba un simple linchamiento, fácil y rápido, sino una batalla de las de verdad. El nivel de la movida superaba los últimos conflictos. Era retrotraerse a los primeros tiempos, cuando a base de sangre, sudor y lágrimas habían predominado sobre otros grupos y otras tribus urbanas. Aquellos drogadictos tendrían más de lo que esperaban y posiblemente se merecían cuanto se les venía encima.

Toni no habló. No emitió ningún sonido que implicase la menor indicación. No hacía falta que lo hiciera. Existían momentos que se conducían por sí solos. Adelantó un paso, penetrando en el terreno del parque y sus compañeros supieron que, una vez más, los conduciría a la guerra. Con su característico aire de perdonavidas y sus cínicas sonrisas chulescas,

avanzaron lentamente, con la firmeza de unas ideas fijas, hacia el conjunto de columpios, cuyas siluetas simulaban el esqueleto de un castillo abandonado bajo la noche.

El destello de un mosquetón brilló en la oscuridad cuando los dedos de Alex se armaron con su contundencia. Demasiada mala intención para alguien tan joven. Sus golpes conllevarían la misma violencia que los de sus hermanos mayores.

El grupo del parque no tardó en percatarse de que había movimientos extremos no demasiado lejos. Los vieron acercarse antes de que se confirmase su llegada. La mayoría de ellos se levantaron con cierto esfuerzo del suelo, donde tumbados perdían el tiempo inyectándose droga o pasando el mono como buenamente podían.

—Ahí están... —dejó escapar uno de ellos, como si llevase tiempo esperando semejante suceso.

Entre la bruma que distorsionaba sus conciencias alcanzaban a distinguir lo que se les venía encima. Sabían lo que iba a pasar. Maldecidos por sus propias vidas se habían encontrado envueltos en rollos similares al inminente. No se sentían seducidos por ese tipo de juegos, pero aguantaron el tipo, entre temblores y desequilibrio, dispuestos a luchar si, como parecía, era necesario.

Cuando la situación indicaba que arremeterían sin contemplaciones unos contra otros, al reducir la distancia a un par de metros se detuvieron sin dudas, pero con pausa. Hubo miradas de odio mutuo cruzando de un bando al contrario. Una tensa frialdad se distinguía entre los cazadores mientras que los adictos se reflejaban una dureza desequilibrada. Una decena de «soldados» frente a ocho drogadictos recién colocados. La igualdad estaba cerca en número, pero lejana en preparación, solo el efecto de la droga equilibraba la balanza. La cercanía del conflicto irradiaba una tensión difícilmente controlable. Una sensación que, más que respirarse, se saboreaba entre los dientes. Se palpaba con las papilas gustativas como si la sangre fuera a entrar en contacto con los labios en vez de con los puños. Tanto unos como otros lo sabían y les sabía agradablemente a gloria.

—¡Fachas, hijos de puta! —exclamó quien más despejado parecía.

El grito, rompiendo el silencio de la noche, resultó suficiente para que unos se lanzaran a por los otros, dejando escapar nuevos gritos e improperios, esta vez de batalla. Vistos desde fuera, la situación bien podía recordar a los tiempos de la Edad Media, cuando ambos ejércitos levantaban las armas al aire y se enzarzaban en violentas y sanguinarias disputas por cualquier motivo

que pudiera concluir en guerra. Cargaron con similar salvajismo, luchando por una supervivencia, que más que nunca estaba en serio peligro.

Sin calcular bien el tiempo y antes de que se pudiera dar cuenta, Edu se había vuelto a quedar atrás, contemplando la pelea sin intervenir, como el espectador que nada tenía que ver en la contienda. Le costó reaccionar, sin saber qué debía hacer. No podía involucrarse en una movida radical sin estar seguro de si creía realmente en ello. Al menos sabía que esos yonquis que se drogaban en el parque merecían una buena paliza. Debían recibir un castigo por tirar seguidamente las jeringuillas en cualquier sitio, exponiendo a los niños que jugaban allí. No había derecho a que una pequeña criatura se clavase la aguja menos pensada y contrajera cualquier mierda que llevasen en la sangre esos despojos.

«Son personas enfermas...».

Su propia cabeza evocó el mensaje con retumbante eco, contradiciendo sus ideas, pero fingiendo la sabia y dulce voz de la joven negrita. El conflicto en su confundida mente estalló con la misma contundencia que a su alrededor.

Como antítesis de sus dudas, Toni se desenvolvía en el barullo como pez en el agua, con las ideas claras y la intención de dañar a quien se le pusiera por delante. Aquello era su vida, su única y fanática vida. Aquello era cuanto creía, y por y para ello vivía. Mientras que sus puños, sus rodillas o cualquier otra parte de su cuerpo que sirviese para golpear, cortaban el aire, sus labios formaban su característica y poco habitual sonrisa. Su cínica, chulesca e irónica sonrisa.

Era un líder que se quitaba a los adversarios a golpes. Contundentemente los apartaba de su camino, los reducía a sus pies. No se limitaba a enfrentarse a uno, iba golpeando a cualquiera que le quedase cerca. A uno o a todos, poco le importaba con tan de sentir la piel y la sangre humana contra las armas que formaban su propio cuerpo. Era un maestro de la guerra, una fiera de la lucha. Sus nudillos eran rotundos martillos forjados en el mismísimo infierno. Sus rodillas resultaban cañonazos de carne y hueso. Y sus codos, repetitivos percusores sanguinarios. Su cara se teñía de esa sangre de los demás. Nunca de la suya propia.

Marc y Mauri, la doble M de los «soldados» del barrio, forjados en mil batallas similares, se defendían con habilidad y contraatacaban con la salvaje furia del español puro y blanco. El par de yonquis que habían osado ponerse en sus caminos, no eran más que delgada carne de cañón que, antes de derrumbarse inmóviles, terminarían siendo atormentados con semejante

castigo. Marc esquivaba y golpeaba con experiencia y astucia. Mauri, por el contrario, recibía y encajaba los golpes con un gustoso placer. Apenas le dolían, era como si no los sintiera. Recibía y golpeaba aún más fuerte, encontrando escasa oposición a sus arremetidas.

—¡Basura! —reía Raúl sin ton ni son.

Su bocaza era lo más destacable de su persona. Su tamaño no intimidaba como era el caso de algunos de sus compañeros y en sus años de colegio había sufrido burlas por ser relativamente paticorto. Aunque sus bravuconadas parecían convertirlo en un bastión, prestaba más atención a defenderse para no recibir un golpe en su considerado rostro que en golpear al enemigo, como debería ser.

Cierto era que, por unas cosas o por otras, su furia acababa reduciendo al adversario que osase dañar su cara. La lucha se aliaba con su bando y, aunque habían sido muchas en las reyertas en las que se había involucrado, nunca le habían golpeado las facciones que tanto atraían a las chicas. Desde luego, ese aspecto sí que era destacable. La diosa fortuna no dejaba de sonreírle.

—¡Espabila, niño! —exclamó Marc.

Alex escuchó el aviso y actuó en consecuencia, esquivando a tiempo. Era admirable la fuerza y el empeño que ponía el más joven de la camada. La motivación tiraba de su ímpetu para castigar a quienes manchaban su estirpe. Desde niño se había visto obligado a aprender a defenderse, a no dejarse pegar, a responder con más fuerza de cualquier ofensa... Siempre había profesado una admiración incondicional hacia Toni, hacia Edu o hacia cualquier otro que luchase en su bando. Cuando pasó a formar parte del grupo cumplió su dueño dorado y aprendió con la ilusión de un privilegiado. La vida para él había empezado a tener significado en ese preciso momento.

Lo que le fascinaba a Edu, a pesar de no haberlo reconocido en ningún momento, era el hecho de lo bien que se desenvolvía Monti. Siempre había sido considerado el tonto en cada grupo donde había ido a caer. Esos supuestos amigos le habían permitido permanecer con ellos únicamente para burlarse de él. Nunca había conseguido que la gente lo respetase, que lo trataran en condiciones.

En cambio, en esos momentos como esa noche, estaba involucrado en lo más profundo del barullo, en lo más violento de la reyerta, repartiendo golpes con autoridad, también recibéndolos con buen encaje, pero, al fin y al cabo, enfrentándose a quien tuviese que hacerlo. Un acto que, hasta encontrar su

lugar, no había sido capaz de protagonizar.

Había sido necesario verse rodeado de radicales, convertirse en uno de ellos, sentirse respetado, para que su valor natural aflorase de lo más hondo y recóndito de su ser al exterior, que fluyese como la lava de un volcán, para que se demostrase a sí mismo que no era una rata que no podía defenderse...

Aunque también representaba menos mérito y resultaba más fácil si detrás tenía hasta nueve «soldados» duros y patriotas que lo apoyaban, lo aceptaban y, llegado el momento, en vez de dedicarle burlas se partirían la cara por defenderlo.

Edu lo contempló sumido en la batalla, procesando esa admiración que mantenía en secreto. Fue contemplando el enfrentamiento desde fuera cuando apreció como su viejo amigo hacía frente a dos contrincantes, uno por delante y otro por detrás. Se desenvolvió de un modo aceptable y, con un empujón, logró quitarse de en medio a quien tenía delante, para ganar el tiempo suficiente que le permitiese hacer frente al de detrás. Fue con un contundente codazo con lo que alcanzó a reducirlo.

El impacto repercutió en plena nariz, e iba cargado con tal potencia que el toxicómano salió lanzado hacia atrás. Se derrumbó a menos de un metro del lugar donde se mantenía inmóvil Edu. Había caído de espaldas sobre la húmeda tierra del parque, sangraba abundantemente por los orificios nasales y no costaba entender lo mucho que debía doler. No cabía duda de que tendría roto el tabique. Esa mucha la sangre que salía y se derramaba por sus mejillas y su boca. Se retorció en el suelo, tapándose la zona dañada y soltando alaridos que burbujearon con su propio líquido escarlata. Nadie más le prestaba la menor atención, estaban ocupados. La batalla seguía su violento curso y, al parecer, ese individuo había quedado fuera de la contienda.

Edu era el único que, olvidándose de los movimientos a su alrededor, le prestaba la atención que debería recibir un herido. Vio como, ignorando el dolor y sin dejar de sangrar, se levantó con cierto esfuerzo. Lo logró tambaleándose y transmitiendo solo inseguridad, pero dispuesto a volver a la movida. Avanzó trastabillando y con una idea fija hacia la espalda de Monti. Parecía mentira que todavía tuviera ganas de arriesgarse a recibir más.

—Drogadicto de mierda...

Edu susurró incapaz de hablar más alto, sin ni siquiera pensar que debía gritar. Asistió a lo inesperado, a lo nunca vivido con semejante nitidez. La sangre se heló en las venas y el cuerpo pareció volvérselo de piedra. Ese despojo malherido se colocaba, a duras penas, detrás de su único amigo de

siempre y, de entre sus sucias ropas, sacaba un filo que brilló en la oscuridad de la noche.

Solo al contemplar el destello de la navaja logró vencer su perplejidad y reaccionar en escasas décimas de segundo. Era increíble la rapidez que podía desplegar un ser humano cuando la desesperación lo acosaba arrastrándolo al límite. La velocidad lo había hecho leyenda en el barrio y así lo demostró una vez más. Sus piernas tomaron por él la decisión de participar en la pelea cuando su corazón lo había mantenido inmóvil.

Los dedos armados elevaron el metal en el aire con la sola intención de cumplir el gesto de amenaza y teñirlo con la sangre racista. El cuerpo de Monti aguardaba un castigo insospechado. Edu corrió con dos o tres rápidas zancadas, moviéndose más despacio de lo que quería. La temblona mano descargó la que esperaba fuera un navajazo mortal. Edu saltó. Saltó con sus despertadas fuerzas. Por unos segundos llegó a pensar que estaba volando. La sensación se desvaneció al chocar con brusquedad contra el tambaleante y delgado cuerpo del drogadicto.

El equilibrio dejó de existir y ambos cuerpos rodaron por la dura y fría superficie del suelo. Dieron mareantes tumbos antes de detenerse. En plena confusión Edu se incorporó con rapidez, ignorando qué se encontraría, pero dispuesto a defenderse de cualquier nuevo ataque. Su compañero de caída no reaccionó del mismo modo. Ni siquiera se movió. Seguía tendido sobre el helado sueño, totalmente estirado, boca bajo y sin mostrar el menor movimiento. Ambas manos le habían quedado bajo el tórax, en una incómoda postura.

Edu se mantuvo en posición de defensa, los puños por delante y las piernas flexionadas, con la respiración entrecortada después del repentino esfuerzo. Su experiencia le había enseñado a estar siempre en guardia, a no relajarse ni confiarse por clara que se mostrase la situación. La más leve distracción podía poner fin al más bravo de los «soldados», y no estaba dispuesto a caer sin oposición en ese oscuro parque.

Sus pequeños ojos mantenían la vista clavada en el estático cuerpo tendido en el suelo. Por debajo de su pecho, se deslizó un pequeño hilillo de líquido escarlata, que fue agrandándose lentamente. La visión del diminuto arroyuelo de sangre le hizo abandonar la guardia, perdiendo la concentración y soltando una nube de vaho con una profunda respiración. Era sangre y cada vez surgía con más abundancia. Antes de que se diera cuenta, antes de que su subconsciente le hiciese entender lo que había ocurrido, alrededor del cuerpo

del yonqui, en torno a su tórax, se extendía un inconfundible charco de sangre.

—Jo... Joder...

El quejido de un segundo drogadicto le llegó como si los separase un millón de kilómetros, estando a un escaso metro de sus pies. Lo vio acercarse a trompicones, habiendo sido testigo de lo sucedido. Mostraba golpes en el rostro y un hilillo de sangre deslizándose desde una ceja. Quería comprobar qué le había sucedido a su compañero de aguja Giró el cuerpo con cierta torpeza, enseñando al firmamento la navaja clavada hasta el fondo a la altura del corazón. ¡Maldita mala suerte! Muy mala fortuna había corrido en la accidental caída. La muerte lo había acogido en un solo instante.

Una vorágine de pensamientos y emociones arrebató a Edu de la realidad que lo rodeaba. Sus pies parecieron clavarse en la superficie bajo las suelas de sus botas, petrificándolo como si de una estatua en el parque se tratase. Lo que miraba era el cadáver inmóvil de un malogrado muchacho. Lo había matado, le había arrebatado la vida. No era su intención, no lo había hecho voluntariamente, pero aun así lo había matado. Había asesinado a una persona. Estaba viendo el cuerpo inerte de lo que, instantes atrás, era un ser vivo. Un ser al que le había arrebatado la vida.

—¡Maldito asesino!

El segundo yonqui se levantó embistiendo contra el involuntario criminal. Edu no estaba en disposición de defenderse. Ni podía ni quería. El colapso emocional le hacía contemplar el entorno como si lo viese fuera de su propio cuerpo. No podía detener el nuevo ataque con sus manos manchadas de sangre.

—Ni se te ocurra, basura.

Toni se interpuso entre ambos como un muro infranqueable de carne y hueso. Se abalanzó a su vez contra el descontrolado individuo. La frialdad le facilitó superarlo y no tardó en encargarse, con habilidad y contundencia, de que no volviese a clamar venganza contra uno de los suyos. Su amigo no recibiría ninguna réplica por su trabajo bien hecho y esa escoria caería junto al resto de los despojos.

Por el contrario, y en contraste con la movilidad de Toni, Edu solo demostró una inquietante pasividad. Sus músculos perdían tensión y amenazaban con dejar de mantenerlo de pie. Era incapaz de apartar la vista del charco de sangre que se ampliaba alrededor del cuerpo sin vida. La noche pareció extenderse, cerniéndose sobre él hasta hacer desaparecer el mundo que lo rodeaba...

—¡Dios, lo he matado!

La desesperada voz de Edu se escuchó en cada rincón del garito. El camarero, detrás de la barra, subió la música, disimulando cualquier sonido. Se encontraban resguardados en un cuarto que quedaba únicamente reservado para el grupo de Toni. Allí solían preparar las cruzadas, vanagloriarse de las hazañas y encontrar una intimidad cuando les era necesario.

—Tranquilo, no le des más vueltas. —Intentó animar Marc, superado por el estado de su camarada.

Los «soldados» lo habían auxiliado deshaciéndose de los enemigos de la patria cuando parecía que iba a perder la consciencia. Se había rehecho, lo que era posible, en el último momento. Escaparon del parque y alcanzaron el garito antes de escuchar las sirenas de los cuerpos de policía. Lo habían metido en el cuarto, lugar donde mejor podía estar después de lo ocurrido.

Necesitaba tranquilizarse y en el local con la música y el alboroto de la gente bailando, riendo y sobre todo bebiendo no lo iba a conseguir. El cuarto se encontraba cerrado al exterior, alejado de un mundo que esa noche parecía estar dominado por sombras. Lo habían sentado en un viejo sillón y le pusieron un vaso con whisky en las manos. Se encontraba franqueado a la derecha por Monti, mientras que Alex estaba a su izquierda. Cerca, pero sin agobiarlo, ocupando unas sillas, Marc y Raúl contemplaban las circunstancias.

Los demás habían sido obligados a dispersarse, a pesar de querer brindarle sus propios ánimos. Llegados a ese punto tuvieron que obedecer, decepcionados y cabizbajos, las indicaciones que se les había marcado. Mauri, dominando el lugar con su envergadura y su capacidad de intimidación, se mantenía en el garito, vigilando y controlando la única entrada al cuarto. Nadie debía molestarlos.

—¡Joder, lo he matado! —Volvió a repetir con un auténtico clamor de angustia—. ¡Por dios...!

—Tú no has hecho nada —negó el cabecilla con seguridad—. Fue ese inútil que se cayó solo —le recordó Toni, que era el único que no había tomado asiento. Andaba de un lado a otro de la estancia, demostrando su orgulloso y firme paso—. Además, me alegro de que esté muerto. Deberíamos haber acabado con todos —lo decía de verdad, hablaba en serio, no solo para animar—. Son escoria y deberíamos haberlos ahogado en su propia sangre.

Muchas habían sido las movidas que habían provocado, a muchos líos

habían hecho frente, mucho había sido el daño que habían ocasionado... Demasiadas batallas firmadas, y la mayoría con absolutas victorias, pero nunca nadie había perdido la vida. Al menos, que ellos fueran conscientes. Nunca habían ido más allá de una simple, en ocasiones salvaje y contundente, paliza. Nunca había muerto nadie en su presencia... hasta ese momento.

Esa noche las cosas habían cambiado. Los designios que los rodeaba los habían conducido por un camino nuevo y desconocido, abriendo una puerta que, al cruzarla, no ofrecía retorno. Se presentaba un antes y un después en ese fatídico momento. Aquel asqueroso individuo que no aportaba nada a la sociedad y atentaba con su presencia el orden del país se había dejado matar por no saber caer. Había dejado que Edu lo matase...

Ese era el pensamiento que ocupaba su mente y nada que pudiera escuchar le haría cambiar la opinión. Ningún alegato racial cambiaría el acto de haber ocasionado la muerte a otra persona, incluso cuando no había sido su intención. Le provocaba horror desgarrador darse cuenta de la facilidad con la que un ser humano podía dejar de existir. La vida se iba en un instante...

Toni siempre defendería que la presa estaba para ser cazada y era cazada por ser escoria. Un drogadicto que corrompe su cuerpo con esa mierda solo puede ser considerado basura que limpiar y eliminar, incluso cuando había que llegar tan lejos. Pero en su agonía, Edu sintió que aquello no era más que intentar disfrazar la realidad. Se dio cuenta, por primera vez con claridad absoluta, de que bajo la fachada del drogado individuo, del maldito yonqui, había un ser humano. Habría querido gritarlo de tener fuerza para hacerlo. Su silencio no cambiaba que el fallecido tenía una vida, seguramente con familiares como los suyos que llorarían su pérdida, que tenía sentido como él, que amaría como él amaba... Un aguijonazo emocional le hizo interrumpir su propio pensamiento antes de darle forma en su mente.

—Edu, se lo merecía. —Monti intentó apoyar a su líder—, Además, seguro que estaba enfermo y terminaría muriéndose de todas maneras.

—Eso es verdad. —Alex también pensaba que se había hecho justicia, que se había confirmado la superioridad pura—. Esa mierda que se metía iba a acabar con él tarde o temprano

Los mecanismos de defensa de Edu saltaban continuamente para intentar engañarse y creer que los hechos formaban parte de su cruzada nacional. Era su conciencia, dominando su persona, quien repetía una vez tras otra que aquello que sus oídos escuchaban en palabras amigas, no eran más que malditas excusas. Los engaños con los que levantarse y seguir adelante como

si nada hubiera ocurrido. Esas eran las excusas que hasta hacía muy poco tiempo creía sin cuestionar, sin permitir que entrasen en debate, pero... ¿las creían ahora? Era un hecho que una sobredosis, el sida o incluso un día demasiado colocado se lo llevaría por delante un coche al cruzar la calle, acabaría matando a ese chico y seguramente sería más pronto que tarde. Estaría muerto de igual manera, pero al menos no lo habría visto él, no lo habría provocado. No sería Edu quien lo habría ayudado a viajar al reino de los muertos.

Destinado a vivir o a morir, drogadicto o no, era un ser humano y, como tal, tenía ciertos derechos. Toni no le reconocería ninguno, pero los tenía. Y entre ellos, poseía el claro derecho de poder vivir sin que nadie acelerase el proceso de poner fin a su vida. Era un ser humano y ellos no eran quienes para quitarle ese derecho. Ellos no representaban el destino para juzgar cuándo una persona debía irse al maldito infierno. Ellos no le habían dado la vida, ¿por qué debían quitársela? ¿Quién les daba tal derecho? Solo el destino podía hacer semejante hazaña, y él había violado todos los designios.

—No puedes martirizarte por ese cacho de carne con ojos —rugió Toni, que de haberse tratado de algún otro lo habría cogido por la cazadora, zarandeándolo hasta que viese las circunstancias con su perspectiva.

Edu no contestó, como tampoco había contestado anteriormente. Se iba hundiendo en sí mismo, ahogándose en pensamientos y sensaciones que, por el momento, lo superaban. Entre la confusión de derechos sobre la vida y la muerte, surgió el pensamiento que tarde o temprano debía hacer acto de presencia. Veía, comprendía y aceptaba que ellos no tenían el derecho de matar a nadie, pero... ¿sus actos tenían razón de ser para apalearlos, para acosarlos, para atormentarlos...?

Esa pregunta sonó con tal fuerza en su cabeza que arrasó con el resto de cavilaciones. Fue un efecto tsunami, llevándose por delante las mentiras disfrazadas y las medias verdades que intentaban tomar forma. Se llevó las manos a los oídos, tapándoselos con crispación, como si de esa ridícula manera pudiera dar esquinazo a la verdad de las verdades, cuya voz llevaba él dentro. ¿Tenían derecho a algo así?

Lo peor... Lo peor fue que apareció con gran claridad la respuesta, igualando en intensidad a la pregunta. Supo que su existencia había sido volteada sin saber dónde acabaría con esas piruetas del destino. La contestación era clara y llana: tampoco tenían ese derecho en su mano. Nadie los había legitimado para semejante decisión. No eran quienes para juzgar si

otras razas eran inferiores o no lo eran. Lo quisiese creer o se engañase de alguna otra forma, sabía que tanto gente de color como árabes, como cualquier otra etnia, eran también seres humanos y tenían los mismos derechos que ellos. La raza blanca no tenía por qué ser superior, y nunca lo había sido.

—Ahora no...

Su petición fue un simple susurro inaudible que no alcanzó ningún oído. No consiguió detener un nuevo pensamiento que provocó el mayor de los desgarros emocionales. Semejante dolor pareció arrancarle el alma de lo más profundo de su ser. El simple y bello recuerdo de Bel, la conciencia de saber que sin remedio le había fallado lo hundió en una agonía nunca antes sufrida. Lo hundió como jamás nada habría podido ni siquiera acercarse. Con una dolorosa razón y sin defensa alguna, la jovencita no querría volver a saber nada más de él...

Capítulo 5

ODIO Y LÁSTIMA

Bel abrió la ventana y sintió la fría brisa del amanecer. Aspiró el aire que enfrió la temperatura de su habitación y le llenó los pulmones con el contaminado oxígeno de la ciudad. Le supo deliciosa a pesar de lo poco que le gustaban las bajas temperaturas. Se había despertado con una desconocida sonrisa en sus sensuales labios. Era agradable después de las recientes tensiones en su nuevo barrio.

El día naciente la recibió con la calma de las primeras horas de la mañana. Era excesivamente pronto para despertarse, pero la extraña excitación que la mantenía en vilo había concluido con sus horas de sueño. Se había dormido pensando en ese joven enemigo que despertaba sentimientos contradictorios y poco conocidos a su temprana edad. Y se había despertado con el mismo novedoso recuerdo en su mente. Se ilusionaba con una posible amistad con un chico que le parecía de lo más atractivo. Desconocía cuándo el pensamiento se tornaba emocionalmente en sentimiento.

—Sé bueno y no te metas en líos —murmuró, como si lo tuviese delante, con esa inocente sonrisa todavía en sus apetitosos labios.

El mundo era una nube que distorsionaba, sin mucho sentido, la aparente realidad. Se sentía rodeado por la oscuridad y apenas diferenciaba nada en esa especie de bruma que danzaba en torno suyo. Un ramalazo de color carmín llamó su atención y la vista se dirigió allí como si de un imán se tratase ante unos ojos que fueran de simples tornillos de hierro. Nada hubiese sido preferible a aquello.

Un charco de sangre fue lo que diferenció apenas a un metro de sus pies. El líquido se extendía con una lentitud que exasperaba incluso al más paciente.

Se quedó mirando hipnotizado por un borde que aumentaba con agonía. Olía a muerte como si realmente supiera diferenciar ese tétrico olor. Le inquietó conocer, sin recordar, que nada bueno se escondía en esa imagen que le provocaba cierto tormento.

Fuera lo que fuese lo que estaba sucediendo lo sintió con una angustia pocas veces experimentada. Un dolor emocional que le cortaba la respiración. No quería estar allí contemplándolo, pero sentirse responsable le imposibilitaba mirar hacia otro lado y escapar de la situación y de las sensaciones que le acarreaban. Parecía condenado a no apartar la vista de la causa de su culpabilidad ¿Podía experimentar algo peor?

—Sé bueno y no te metas en líos.

Reaccionó de inmediato, levantando la cabeza y buscando a quien le hablaba. La voz parecía haber roto el hipnótico enlace que lo sujetaba al charco de color escarlata. Los labios de Bel le habían dedicado esas palabras. Contemplar su bonito rostro le compensó tanta angustia, pero se aterrorizó ante la tristeza que mostraban sus ojos. Sin esperar una respuesta, la jovencita negó con la cabeza, transmitiendo resignación y abandono...

—¡No! —exclamó Edu sobresaltado sobre la cama.

Su cuerpo había reaccionado como mecanismo de defensa arrebatando de su mente la cruel pesadilla. Solo su cuarto material lo rodeaba, sin ofrecerle ni protección ni consuelo. La mañana había apartado la oscuridad y ningún charco de sangre se extendía por el suelo. Por desgracia tampoco existía ningún rastro de Bel. Había salido de la pesadilla para hundirse en el horror de su maldita realidad...

—...inmediatamente, los amigos de la víctima llamaron a los servicios de emergencia y se pusieron en contacto con las autoridades. —Bel escuchaba atentamente las palabras de la presentadora del telediario de mediodía. No apartaba la mirada del televisor por miedo a perderse el menor detalle—. El hombre, identificado como Ernesto Gracia de Olmos, de apenas veinte años de edad, había fallecido cuando llegaron los sanitarios y no pudieron hacer nada por salvar su vida. La autopsia realizada a primera hora del día de hoy dictaminó que la herida fue mortal, alcanzando su corazón y provocándole la muerte inmediata. Así lo comunicó el propio forense que había procedido al levantamiento del cadáver.

La noticia le fascinaba por la cercanía del lugar de los hechos. Nunca

había salido su lugar de residencia en las noticias. Le apenaba que fuera por un acontecimiento tan trágico, pero no podía evitar sentirse, aun así, sumida en la sorpresa. La noche en ese barrio era realmente peligrosa, más allá de sus recientes temores, superaba la más extrema a de sus pesadillas.

—En un primer momento —continuó explicando la voz femenina de las noticias— se creyó que el funesto asesinato era resultado de un ajuste de cuentas debido a los temas de drogas que lo rodeaban. —Bel se echó las manos a la boca al escuchar las siguientes palabras—: Tras tomar testimonio a varios implicados, se tienen serías evidencias de tratarse de una reyerta donde estuvo involucrado algún grupo radical de ideología nacionalsocialista.

La noticia había llenado y dominado el pequeño salón familiar. La jovencita no había apartado la vista de la televisión desde su inicio y, después de escucharlo, se quedó como ausente delante de la brillante pantalla. Escuchar las características de la tribu urbana le evocó directamente a los individuos que había conocido. La presentadora del telediario había hecho referencia al parque del barrio. ¡No podía tratarse de otro grupo! Desde el principio, como sintiendo una punzada en sus entrañas, había sabido que se trataba de ellos y unos minutos después no le cabía la menor duda. Hubiera querido pensar que no eran ellos, pero apenas había tenido tiempo ni de plantárselo.

Su conciencia tendía lazos entre la realidad y la fantasía. Le parecía haber escuchado la terrible sinopsis de una película de serie B. Pero la vida real había alcanzado a la ficción, incluso llevándosela por delante. Habían sido capaces de matar a una persona. Verdaderamente, su idea de ellos se había quedado demasiado corta. Los había subestimado. Nunca habría pensado que pudieran llegar a tales extremos.

Bel ni pudo ni quiso evitar sentirse sucia por el simple hecho de hablarse con uno de ellos. Le había dado pie a acercar posturas y eso le provocaba una inestimable culpabilidad. Incluso le temblaban las manos, que continuaban cubriendo su boca ante la posibilidad de haberlo considerado atractivo. Eran seres inhumanos y también lo era ella por haber entablado conversación con ese asqueroso chico llamado Edu.

Lo odió con ganas. Posiblemente, por primera vez en su joven vida, experimentó lo que era el verdadero odio. Desde lo más profundo de su corazón sintió ese sentimiento que siempre había considerado el más oscuro. Superior a ella, deseó verlo muerto. La había ensuciado con solo hablarle y eso le provocaba que lo odiase por partida doble.

El pobre y desgraciado toxicómano estaba muerto. Ellos lo habían asesinado y nada se podía remediar en ese sentido. Pero el hecho de sentirse involucrada indirectamente en ese depravado acto sí se podía solucionar. Eso sí que tenía solución, era muy fácil y, por supuesto, lo llevaría adelante...

Los traumáticos hechos de la noche anterior daban vueltas en su cabeza como si una pelota rebotase reverberando en su conciencia. Edu no podía dejarlo atrás, no podía olvidarlo, no podía sacarlo de su mente... Cuanto menos, se merecía atormentarse, atormentarse sin remedio. Era cerrar los ojos y recordar el charco de sangre filtrándose sobre la dura arena, la navaja clavada en la carne humana y el cuerpo sin vida tendido sobre el suelo. No había sido su intención, no lo había matado a propósito, pero su descuidada ayuda había resultado definitiva para que ocurriese semejante final.

Su dudosa moral había bloqueado el inmediato devenir de su vida. No encontraba el valor para acudir y hacer frente a Bel, para verla y hablar con ella. Era lo único que le apetecía, lo único que hubiera querido hacer. Era cuanto necesitaba, cruzar unas palabras con ella, escuchar su voz, olvidarse de su mundo y dejarse arrastrar por esa jovencita que representaba la antítesis de lo que siempre había conocido.

Pero el valor suficiente para llenar su necesidad, para sentir esa novedad que desconocía y que anhelaba descubrir, se había desvanecido de su conocida valentía. Su atisbo de temor lo mantenía lejos del objeto de su satisfacción. La televisión había dado la noticia, incluso había entrado en detalles que jamás hubiera imaginado y lo más posible era que ella se hubiese enterado. Era demasiado lista como para no deducir que estaría implicado, y esa idea lo paralizaba aumentando sin remedio su tormento personal. Le era imposible encontrar el valor necesario para ir a su encuentro.

La realidad era un martillo que golpeaba su ánimo. Se encontraba tan mal, tan culpable, que ni siquiera acudió al garito como cualquier otro sábado por la tarde. Era un sentimiento de justicia que se merecía y del que no podía huir. Lo que menos necesitaba era rodearse de sus compañeros, donde actos similares se alababan con toda impunidad. No le apetecía ver a nadie que no fuese Bel.

Su estado anímico era una veleta en medio del huracán. En un instante pasó de querer encerrarse en casa a abandonarla en un repentino y brusco arrebato. Antes de llegar a plantárselo, se encontraba en la calle, recibiendo

el gélido aliento del mes de febrero. Intentaba escapar del tormento de su cabeza, dejando atrás las cuatro paredes de su cuarto, que se le echaban encima y no le dejaban respirar.

El joven que salió del portal, de un modo atropellado, no tenía mucho parecido con el chico duro de costumbre. Había sustituido su habitual cazadora por un simple chubasquero, pagando el leve grosor con la inevitable sensación de frío. El blanco había desterrado al negro como color en sus zapatillas. Y no se colocó una peluca por cierto sentido de ridículo, además de no tener ninguna a mano. Su uniforme de «soldado» se quedó abandonado en el armario junto con su espíritu de lucha.

Sus pasos lo llevaron hasta la calle de los multicines. Eran numerosas personas las que se aglomeraban en la fila para entrar. Con las manos en los bolsillos, intentando recogerse a sí mismo para combatir la baja temperatura, consideró una buena idea entrar para mirar sin ver cualquier película. Hacía más tiempo del que creía recordar que no entraba en una de esas salas. Rodearse de esa amplia oscuridad le pareció la mejor de las opciones que se presentaban en su ofuscada conciencia.

La justicia divina, de existir, y con toda la lógica posible, dejó patente que estaba en su contra. El cine podía haber sido su elección, pero no era la del destino. Escondarse en una sala oscura y silenciosa, salvo por el subido sonido de la música y los diálogos de los actores no sería lo que llenaría las últimas horas de la tarde del sábado. Su destino lo condenaba a dar la cara, a tener que enfrentarse al duro rostro de sus culpas y encontrarse con la ocasión de dar unas explicaciones que él mismo necesitaba, a pesar del temor a hacerlo.

Siempre había destacado sobre el resto, mientras que en ese momento prefirió camuflarse entre el gentío. El anonimato y combatir el frío entre tanta gente fueron las únicas ventajas que encontró a tener que esperar. Aguardaba en la fila cuando la mirada se le fue como controlada por un imán sobre virutas de metal. Ella era ese poderoso imán que ejercía efecto sobre él. Primero lo hizo simplemente de reojo, luego le pareció mínimamente ella y al final supo que la propia Bel estaba a escasos diez metros de su posición. Ella también esperaba con la intención de entrar en el cine.

El destino maquiavélico había enredado sus hilos hasta mandarlos, a ambos, al mismo lugar en el momento más complicado. Edu no podía escapar, no tenía salida ni se sentía con ánimo de buscarla. Ni siquiera consiguió que se le pasase por la mente la idea de huir. Simplemente, salió de la fila,

abandonó su puesto y avanzó tropezando con varias personas, falto de su seguridad, hacia la bella muchacha.

Lejos de su imaginación y sin esperar semejante encuentro, Bel no tardó en verlo. Su curiosidad innata había hecho de ella una persona de lo más observadora, lo que le facilitó poder distinguirlo cuando todavía los separaban unos cinco o seis metros de distancia. La situación se desarrolló en su cabecita con unos instantes de antelación. En la puerta de los multicines no podría esquivarlo y, estando segura de no querer volver a cruzar palabra alguna con él, también abandonó su lugar en la fila.

Su paso apresurado, sin necesidad de echar a correr y queriendo evitar llamar la atención, la condujo hacia la calle que le quedaba más cerca. El ritmo relativamente rápido la alejó pronto de las salas de cine. No sabía hacia dónde se dirigía, no conocía esa parte del barrio. La presencia de gente fue desvaneciendo en número y las calles presentaron una imagen de soledad y leve oscuridad, con el cercano anochecer sobre ella.

Ni el hecho de recorrer esa primera calle ni la siguiente ni caminar por una tercera, pudo evitar que el muchacho la siguiese sin ningún tipo de complicación. Necesitaba hablar con ella como el náufrago que consigue salir a la superficie en pleno mar y busca oxígeno al emerger. Intentaría alcanzar a la chica, aunque tuviese que seguirla hasta el fin del mundo. Su paso era igualmente rápido, sin tener que esforzarse tanto como ella. Era evidente que no era necesario que corriese para ir reduciendo la distancia.

—No... Bel.

La voz salió por sus labios, temblorosa y leve, sin apenas hacerse audible a dos metros de su entorno. Embotado en sus pensamientos y con la sola idea de llegar hasta ella, no se había dado cuenta de adónde conducían esas calles aleatorias que iban recorriendo. La idea de no echar a correr se pulverizó en mil pedazos y, sin pensarlo, emprendió la carrera. Sin saberlo, Bel iba directa a la boca del lobo. Sus pasos la conducían a la entrada del garito.

Edu había sentido un aguijonazo de temor. No estaba dispuesto a que sus camaradas pudieran encontrarse con una presa tan apetecible. No quería que le hiciesen nada. Corrió y, con apenas unas zancadas, la alcanzó antes de que el riesgo se hiciese realidad. La agarró con suavidad, sin apretarla, del brazo derecho a la altura del codo. Pareció temer romperla con solo tocarla.

—¡Suéltame, suéltame! —gritó Bel, zarandeando su brazo con intención de liberarse.

—Tranquila... —intentó calmarla con su tono más suave.

La calle era una de las más pequeñas del barrio y se encontraba tan despejada como el más recóndito de los callejones. Una única farola resistía en la penumbra que conllevaba la primera hora de la noche. Edu consiguió sujetar el otro brazo, evitando que pudiera darle algún manotazo inintencionado, o incluso alguno a propósito. Le fue fácil encararla, siempre con la delicadeza necesaria para favorecer que se tranquilizara.

—¡Joder...!

Se le escapó la fea exclamación al recibir una patada en la espinilla, que no esperaba y lo sorprendió. Le dolió el impacto, pero, salvo por el quejido, actuó como si no le afectase. No la soltó y ni siquiera estuvo cerca de hacerlo. Ahora que la tenía, ahora que seguramente tendría la oportunidad de explicarse..., no iba dejar que se le escapase. Quería hablar con ella e iba a conseguir hacerlo.

—¡Déjame...! —le ordenó—. O te vuelvo a dar.

—¿Por qué siempre tienen que ser iguales nuestros encuentros? —se quejó el muchacho, como si de verdad esperase una respuesta.

Bel se sintió vencer por el esfuerzo descontrolado. Los músculos de sus brazos se resintieron y terminó de revolverse antes de lo que hubiera querido. Se refugió en el suelo, evitando mirarlo. Pretendía no dignarse ni a enfocar a semejante individuo. No quería saber nada de él. Nada de él ni de ninguno de los suyos. Le provocaban un asco que nunca había experimentado hacia ningún ser vivo.

—¿Por qué no me puedes escuchar sin que te suplique?

Bel hubiese querido poder cerrar los oídos como hacía con los ojos para no escucharlo. Le era fácil no mirarlo, pero las palabras llegaban hasta ella, sin poder taparse al seguir sujeta. Lo imaginó colgado de un árbol, solo así lo miraría, aunque tuvo que reprimirse al sentir cierta tristeza. Que la dejase en paz y se fuera con los suyos, para que lo escuchasen ellos que tanto parecían quererlo. Entre sus iguales debía estar, haciendo daño y vanagloriándose de ello. A ella la consideraban inferior, que no se molestase en hablarle. Pero... ¿por qué entonces no la dejaba en paz de una vez por todas?

—Tengo que hablar contigo. Aunque sea repetitivo tengo que hacerlo.

Edu fue consciente de lo difícil que tenía alcanzar lo que quería. Era complicado conseguir hablar con esa joven que no lo escuchaba, que no deseaba oírlo y que, por supuesto, no tenía la menor intención de contestarle.

Sus palabras carecerían de significado y de importancia. Simplemente se las llevaría el aire sin que nadie les prestase atención. Se perderían en el cielo de la joven noche y seguiría atormentándose sin remedio, para siempre. Debía encontrar la manera de hacerse escuchar, tenía que haber alguna manera de que ella le hablase, de que le dedicase unos minutos o, al menos, le diese la oportunidad de explicarse. Solo anhelaba desahogarse con una persona que verdaderamente valiese la pena.

Sus compañeros nunca entenderían por lo que estaba pasando. No dedicarían la importancia que merecía a la vorágine que lo alteraba por dentro. No necesitaba que nadie alabase un acto que lo angustiaba, que lo animasen al considerar que le había ocurrido a quien no merecía vivir, que le repitiesen que estaban por encima de esos seres inferiores... No quería más clamores que solo representaban nuevas dudas. Ellos no lo comprendían y, al parecer, ella tampoco lo volvería a hacer.

—Escúchame... —pidió nuevamente perdiendo seguridad. Su tono se mantenía suave, pero su voz comenzaba a temblar—. Por favor, escúchame...

La desesperación iba dominando su actitud, incapaz de dar con la manera de lograr su objetivo. Era frustrante no poder convencerla, no poder obligarla... Solo le quedaba insistir, sin resultados ni esperanza. Resultaba increíble y humillante por lo que estaba pasando uno de los chicos más duros del barrio. Si Edu se pudiese contemplar desde fuera no se reconocería en ese individuo que sujetaba a la chica.

Los intentos morían antes de alcanzar la vida. Ni las súplicas ni las durezas lograban hacer que Bel cambiase la idea de no querer volver a tener nada que ver con un ser tan indeseable como el que evitaba que se marchase. Nunca debía haber hablado con él. Se maldecía por haberlo hecho, por haber pensado que podía ser posible, que había un destello de esperanza de que cambiase... Había demostrado ser una ilusa. Aquella noche debería haber subido a su casa en cuanto se soltó, en cuanto estuvo libre de tomar su propia decisión.

—¡Maldita sea! —exclamó Edu por desesperación más que por enfado—. Eres muy injusta... —La voz se le apagó mientras le soltaba los brazos.

Bel dejó caer las manos, sin ganas de sujetarlas, y se quedó con los labios levemente abiertos. Un inconsciente suspiro dejó escapar el vaho antes de apretar los dientes. La sorpresa la retrasó un instante y reaccionó dándole un fuerte empujón. El chico no lo esperaba y trastabilló, estando a punto de caer. Tuvo que rectificar su postura para apoyarse en el capó de un automóvil.

Aunque fue algo ridículo, al menos logró no derrumbarse en el suelo.

—¿¡Yo soy la injusta!?! —le reprochó sin necesidad de respuesta—. ¿¡Yo!?! —Los rasgos de su cara fueron dominados por una bulliciosa rabia—. ¿Esas tonterías son las que os hacen superiores?

—No me refiero a eso... —No transmitía ninguna defensa—. Pero desde luego que estás siendo justa.

—Yo no soy injusta —afirmó, sin levantar la voz, pero remarcando seguridad—. «Soldado» —ironizó cuanto pudo—. ¿Sabes lo que representa ese concepto? ¿Has leído lo que transmitís? ¡O es que ni siquiera sabes leer! —Fue dura, pero Edu se obligó a aguantar el tipo ante las contundentes palabras—. No contestes, me hago una idea. —Fingió una mueca de comprensión—. Mientras los otros niños estaban aprendiendo a leer te dedicabas a ir pegando a los que no eran como tú, ¿verdad?

—¡Te estás pasando!

—¿¡Y qué...!?! ¿¡Qué vas a hacer!?! —Reventó su propio concepto de la precaución—. ¿Me vas a pegar también a mí?

Edu intentaba mantenerse firme, ajeno a la situación, sin dejarse afectar por los ataques, pero cada una de las palabras le resultaba un veneno, para el que no tenía antídoto. Cuanto salían por los sensuales labios femeninos se clavaban en lo que debía ser su alma. Parecía tratarse de la navaja que había acabado con el yonqui la noche anterior. Era la justicia ejecutada por un verdugo de lo más hermoso.

—No... —contestó cohibido, queriendo decir que era lo que estaba evitando. Nadie debía ponerle una mano encima—. Por supuesto que no te voy a pegar.

—¡Qué suerte la mía! —No cedía lo más mínimo—. El chico de ayer no tuvo tanta suerte. Disteis buena cuenta de él, ¿eh? —le reprochó sin poderse lo guardar por más tiempo—. De él os encargasteis muy bien, ¿verdad?

—¡Fue un accidente! —gritó angustiado, sintiendo que ese comentario le hacía sangrar su interior—. ¡No quise intervenir! ¡No quería que pasase!

—No... —Bel quedó abrumada por la sorpresa—. ¿Fuiste tú? Encima, ¡fuiste tú!

—Bel..., yo no... —Se atoró en su propia explicación—. No quería... Solo lo empujé. Solo quise impedirlo y se cayó... ¡Iba a matar a Monti!

La jovencita no le prestaba atención. Lo oía, pero no lo escuchaba. No le importaba nada la justificación que quisiera contarle. Su furiosa mirada se clavó en los vacíos ojos masculinos. Lo hizo con tal fuerza y con tanta rabia

mal contenida que Edu temió que sus pupilas terminasen ardiendo. Sentía que lo odiaba sin remedio y no había consuelo para ello. Solo haber sido capaz de decirselo lo aliviaba dentro del infierno que parecía rodearlo.

—Te juro que no fue a propósito —se excusó ante un silencio que le hacía tanto daño como las palabras—. Fue un accidente, créeme.

—Apártate de mí, asesino. —Bel retrocedió con miedo y rencor—. Apártate y déjame en paz.

Edu negó lentamente con la cabeza. Se negaba a creer que la situación acabase de esa manera. Estaba diciendo la verdad y no aceptaba que se ignorase. Necesitaba que, al menos, lo creyera, que tuviese en cuenta su versión de los hechos. Saliendo de la nada, ella se había erguido como el mejor soporte que nunca había tenido. Sentía que era cuanto su vida necesitaba, lo que completaba cierta ausencia, quisiera creerlo o no. Así de inexplicable e impredecible era la vida. A cada uno le daba una sorpresa con la que debía vivir, la que debía manejar... Eran las cartas con las que debía jugar cada cual su mano. A Edu le había tocado lo que siempre pensó que odiaba.

—No te vayas... Por favor, no te vayas...

—Apártate. Aléjate de mí. —Le volvió a empujar, con la desesperación de perderlo de vista—. Te odio. No sabes cuánto te odio... —se decía a sí misma, además de escupírselo a él—. Te odio más de lo que cualquier «soldado» puede odiar a un negro. —Sabía evocar la imagen que le resultase más dolorosa—. Te odio tanto que no me importaría que te murieses, que te matasen como hicisteis anoche con ese chico.

Edu se dejó caer al suelo como un peso muerto, con el rostro desenchajado y la desesperación reflejándose en sus ojos vacíos. Quedó de rodillas, sin apenas fuerza para mantenerse erguido, con los brazos en cruz y una resignación totalmente descubierta. La miró directamente a los ojos, que brillaban de rabia, entregándose, más que en cuerpo, en espíritu. Su cara daba pena cuando siempre había despertado respeto y temor.

Bel se limitó a observarlo con una expectación inaudita. Incluso desbordando furia emocional, sentía curiosidad por ese despreciable muchacho. Su sincera intención era pasar por su lado y alejarse para siempre, pero por un instante se quedó paralizada, sin saber qué hacer salvo mirar la lastimosa imagen de semejante individuo. Su respiración se había acelerado y se escuchaba en los pocos momentos que reinaba el silencio.

—Entonces, hazlo tú... —le pidió, mostrando una sumisión que llegaba

a doler—. Mátame. Puede que lo merezca. —No encontraba fuerzas para luchar contra su culpabilidad y contra ella al mismo tiempo—. Mátame ahora que puedes.

—No —dejó escapar Bel a modo de suspiro.

—¿No me odias tanto? —A Edu le daba igual todo, hundiéndose en su desquiciamiento—. Entonces..., hazlo.

—Te odio más de lo que nunca podrás saber —afirmó sin apenas levantar el tono—. Ni siquiera tú que eres un experto en odio puedes imaginarlo. —Marcó el tremendo y extremo alcance de dicho sentimiento—. Pero no te odio como para matarte... Si lo hiciera no sería diferente a vosotros. Me convertiría en una maldita asesina y no estoy dispuesta a corromperme como tú. —Un atisbo de sollozo asomaba tras su rencor—. Muérete sin mi ayuda. Sería un bien para el resto de la humanidad...

—¿Merezco ese castigo? —Edu escuchaba sus propias palabras como si no le perteneciesen. La confusión lo arrastraba en el mar de resignación, culpabilidad y frustración.

—No. Ese no es el castigo que mereces. —Negó a su vez Bel con la cabeza, rectificando sobre sus propias palabras—. Lo mejor es que sigas vivo. No tengo dudas de que así sufrirás más. Vivirás año tras año con el tormento que te acompaña, posiblemente, desde siempre... —Parecía estar escupiendo las palabras como si de una maldición se tratase—. Me das pena, Edu —cambió su entonación, siendo incluso más profunda—. La verdad es que casi más que odiaros, me dais lástima. Eso es, más pena que asco. —Asintió venciendo la parálisis emocional que la había inmovilizado—. ¿Quieres morir, «soldadito»? ¡Pues muerte solo! —Recalcó su mensaje con contundencia—. Al fin y al cabo siempre serás eso, un maldito racista que interiormente no deja de estar solo...

Monti no podía creer lo que estaba viendo. Sus ojos querían engañarlo. Tal vez las cervezas que se había tomado le estaban afectando más de lo que pudiera imaginar. No podía ser verdad esa visión. No podía estar ocurriendo algo semejante. Su gran amigo, a quien tanto admiraba, no podía estar actuando de esa manera. Algo debían de haber hecho. Algo que se le escapaba debía haber por detrás de cuanto veía.

—No puede ser —se dijo a sí mismo, hablando cuando quería pensarlo.

Seguramente a quien sus ojos estaban enfocando sería una persona

distinta. Lo habría confundido. Posiblemente sería el efecto del alcohol que aún perduraba en su cuerpo y trastocaba su cabeza. De ahí que estuviese imaginando una paranoia que no estaba ocurriendo en realidad.

Las sombras lo ocultaban en la recién llegada noche. Siempre se le había dado bien esconderse de las miradas de los demás. Sacudió la cabeza y volvió a mirar. No. Ningún efecto del alcohol lo estaba confundiendo. Aunque le pareciese imposible y por mucho que le costase creerlo sabía que lo que sus ojos le mostraban era justamente la confusión que verdaderamente estaba pasando.

Su buen y gran amigo. Su compañero de toda la vida. El incondicional Edu. Eduardo García estaba hablando con la maldita negra del autobús. Ese objetivo, que había vigilado durante los últimos días, se encontraba en la acera de enfrente de esa pequeña calle olvidada del barrio. Se sentía escandalizado al ver como su amigo había llegado a ponerse de rodillas. ¡Él no! Él no podía fallar así a la creencia de su vida, al ideal que les marcaba el triunfal camino. Lo admiraba como un ídolo al que adorar. Le había rendido semejante admiración desde que tenía uso de razón. Representaba lo que hubiera querido ser, a quien debía seguir...

Y, además, esa sucia negra se permitía la licencia de gritarle sin ningún respeto. El mundo se volvía loco. Daba asco adonde se iba a ir a parar. La escoria se atrevía incluso a sublevarse como si tuviesen algún derecho de vivir. No bastaba el hecho de dejar seco a un yonqui. No bastaba para que respetasen y temiesen a quienes les eran superiores. No. Encima querían más. Querían que fuesen más duros. ¡Pues lo serían! Si necesitaban más castigos, más ejemplos, sin duda lo tendrían en grandes dosis. Golpearían tan fuerte que nunca podrían volver a levantarse. No bastarían las peleas y las palizas, habría que matarlos a todos, ¡Así lo harían! Entonces caminarían orgullosos sobre sus fosas comunes, inmerecedores de tumbas ordinarias.

Y esa zorrilla negra, atrevida e indigna, sería la primera para dar ejemplo. Monti estaba convencido de su propio plan. No necesitaría a Toni, él mismo se encargaría de poner a esa guarra donde debía estar. Sería él quien vengara la humillación por la que estaba pasando su buen amigo. Y después de ella, todos los negros del barrio sufrirían la misma caída, y los moros, y los sudacas, y cualquiera que se atreviese a cruzarse en el camino de los «soldados» patriotas. Ellos limpiarían el barrio de escoria antes que corrompieran sus calles...

La persona que se levantó del suelo fue una sombra de quien había sido. Edu se incorporó en cuanto Bel se marchó sin mirar atrás y la soledad le dedicaba su irónico abrazo. La jovencita le había dejado muy claro que no quería hablar con él. Demasiado claro para esperar que cambiase de opinión. No cabía duda alguna para que Edu encontrase una razón con la que hacerse esperanzas de que acabaría olvidando lo ocurrido, que consentiría en comprenderlo, que llegaría a perdonarlo... Era una sentencia lo que había cernido sobre su persona.

El gélido aire de la noche llenó sus pulmones en una profunda inspiración. Apretó los puños, odiando más que nunca a ese maldito yonqui que tan torpemente se había clavado la navaja. Asumía su culpa, pero el odio se le disparaba. Había crecido abrumado por ese sentimiento. Lo odiaba por llevar el arma blanca, lo odiaba por existir, lo odiaba por drogarse y engancharse a esa mierda, por estar a esas horas en su parque... Incluso lo odiaba con toda su alma por haberse muerto y haberlo arrastrado en su trágico final.

Muchas eran las imágenes que le bombardeaban la conciencia, inmóvil en plena calle. Ojalá nunca hubiese empujado a ese desgraciado. Ojalá no lo hubiera tenido que hacer. Pero entonces sería la muerte de Monti la que tendría que llorar. Sería su amigo quien estaría muerto. La navaja se habría clavado en el cuerpo de su compañero de infancia y los camaradas habrían aullado de rabia y dolor. Las consecuencias hubieran repercutido en cada rincón del barrio, con Toni clamando venganza. Todos esos yonquis hubieran acompañado a las tinieblas al muerto, y Bel seguiría pensando lo mismo de él. En todas las variantes del maldito hecho la jovencita lo seguiría odiando.

Daba igual cual hubiese sido el devenir de los acontecimientos. Con cualquiera de los desenlaces posibles Bel seguiría sin cambiar lo que sentía. Las circunstancias eran así, y no se podían cambiar por mucho que lo desease. En su momento había tomado su decisión, él era un «soldado» y ella una chica de color. Lo normal, lo inevitable, era que se odiasen mutuamente. Por desgracia, así sentía Bel mientras que él no conseguía hacerlo. Ni siquiera después haber asistido a cómo le escupía aquella serie de afiladas y envenenadas palabras que se habían ido clavando en su angustiada alma.

Pero más dolor que el sufrido por cuanto había escuchado sentía por el decreto de ser odiado por siempre. Nunca le volvería a conceder la posibilidad de escucharlo, nunca le volvería a hablar. Jamás le perdonaría su

descuidado acto... Bel se mantendría lejos de quien le inspiraba asco, pena y miedo. El eco de la voz de su mente resonaba y rebotaba en su interior con una atronadora percusión. Ella nunca le concedería ese perdón. Sabía que jamás lo haría. Y lo peor era que se consideraba culpable de sufrir tal castigo. Era justo que no se le premiase siendo perdonado. Le había llamado injusta por desesperación, por frustración, por incapacidad para asumir tanta agonía, pero no porque sinceramente creyese que lo era.

Bel le parecía un adalid de la justicia, la mayor demostración de integridad, demostrándose con su comportamiento, con su manera de actuar, con su adaptación para tenderle la mano o retirársela e incluso con sus palabras directas y sinceras. Se merecía cuanta dureza había recibido. Lo reconocía y ella se lo había recordado. Sabía que la situación era acorde a los cuestionables merecimientos que había presentado como único e insuficiente aval para estar su lado.

La indulgencia, que aliviaría parte de su sentido de la culpabilidad, no llegaría esa noche ni posiblemente ninguna otra. Desconocía de dónde salía ese interés por obtener que fuera ella quien lo perdonase. No era familia ni amiga de la víctima, no tenía ninguna relación y tampoco representaba la figura que debía exculparlo. Y, aun así, ningún tribunal conseguiría que se sintiese bien si no era con la absolución y el perdón de la muchacha.

—¿Qué está pasando...? —susurró temblando destemplado por dentro y por fuera.

La propia respuesta irrumpió en su mente con la fascinación del secreto mal escondido y que arrollaba después de abatir las últimas defensas. No desconocía la cuestión, más bien no quería darse cuenta de su evidencia. No necesitaba ningún perdón que no fuera ofrecido por esa jovencita y era muy fácil darse cuenta del porqué. Necesitaba la clemencia de Bel por la sencilla y rotunda razón de que... ¿la quería?

Edu se llevó las manos a la cabeza en un gesto de desesperación, llegando a restregar las palmas con sus ojos al bajar hasta la cara, con una considerable frustración. Sin saber cómo, la quería desde el preciso momento en el que había subido al autobús, el resto del mundo había dejado de tener significado al verla. La quería, la quería de verdad y en lo más profundo de esa parte olvidada que debía ser su alma... era consciente de ello.

La confusa mente del «guerrero» del barrio se daba cuenta de lo increíble que podía ser y, no obstante, ¿cómo negar la evidencia? La fascinante realidad solo conducía al mundo del sentimiento más noble. Edu García quería

a esa jovencita que había vuelto su vida del revés. Y no era que esa mañana se levantase queriéndola, sino que la había querido siempre, desde el principio, desde que, al verla, su naturaleza había sido incapaz de repudiarla de corazón. De ahí la intensidad de sus dudas. De ahí tanto enfrentamiento moral con los cimientos de su ideal. De ahí las batallas entre su yo radical y su yo desconocido y emergente.

Fácil había pensado que le resultaría engañarse al acceder a las peticiones de Monti argumentando que debía meterse con ella porque era la suciedad que debía limpiar. Lo complicado era asumir que solo lo había hecho para poder llamar su atención, incapaz de acercarse de otra manera. Solo así había podido hacerle saber que estaba allí. No fue la forma más correcta de empezar un acercamiento, tampoco la más inteligente, pero al menos lo había hecho. Y solo lo hizo por la atracción que despertó en él en ese lugar donde reprimía su existencia.

El recuerdo de varias chicas afloró en sus pensamientos. Leti, Amaya, la última rubia..., ninguna había despertado una emoción tan intensa. La soledad de la calle lo impulsó a darlo todo porque ella también lo amase. Pero sabía que eso nunca ocurriría. Jamás pasaría una circunstancia así después de haber cometido lo más grave que podía hacer. Tal vez si dejaba de ser un «soldado»... No podía dejar de ser lo que realmente era. ¿Cómo apartar la esencia de sus actos? Sus ideales marcaban su personalidad y él no podía olvidarlos, violarlos...

La frustración lo acechaba en la oscuridad de su cabeza. Estaba tan acostumbrado a conseguir todo lo que quería que pensaba que esto sería igual de fácil y, desde luego, no se parecía a nada de lo vivido. Siempre satisfacía sus deseos, sino por las buenas, sí por las malas. La nueva situación se le escapaba de las manos, demostrándole por fin que no era tan grande ni tan superior como siempre se había creído.

Su destrozada mirada se dirigió al cielo, perdiéndose en un manto cubierto de nubarrones. Imitó otros tiempos, tirando de orgullo para aguantar la compostura, pero esos tiempos parecieron olvidarlo. Se perdían en el pasado, mostrando cuantos cambios amenazaban en su entorno. Incluso pareció habersele acabado ese orgullo. Se agotó su más firme arma para hacer frente al mundo. Perder su puñal de ataque y su coraza de defensa era demasiado para mantenerse firme ante las adversidades como si nada hubiese ocurrido. Con cierto esfuerzo podría ocultarlo al exterior, fingiendo algo que había perdido, pero... ¿de qué serviría eso? Su interior, cuya importancia siempre

ignoraba, se había apoderado de su conciencia y le haría vivir la realidad que lo rodeaba. Tendría que aprender a convivir con una muerte a cuestas, con la culpa que conllevaba y con el amor hacia una persona inalcanzable que le repudiaba con el sentimiento más extremo al que a él le dominaba.

—¡Mierda! —exclamó soltando una violenta patada y haciendo volar una papelera que colgaba de la única farola en funcionamiento.

El descontrol provocó un latigazo de dolor que recorrió su pierna. Recordó cada una de las envenenadas palabras de Bel, superando la zona dolorida y se precipitó hacia el lado opuesto, quedando con las palmas de las manos apoyadas en la pared. Solo recordar la melodiosa pero firme voz le quemó el alma. Siempre había escuchado «piedras y palos romperán mis huesos, pero las palabras no pueden dañarme» sin darle demasiada importancia. ¡Cuánta falsedad se escondía en esa afirmación! Palabras como las que había recibido eran más violentas que cualquier piedra lanzada por Mauri, y le habían causado más dolor que cualquier palo blandido por Marc. La voz de la jovencita le había destrozado sin poder defenderse.

Edu García, héroe de los «soldados» del barrio durante años, había sido abatido y derrotado, sin capacidad de defensa, por primera vez en su vida...

Capítulo 6

UNO

DE LOS NUESTROS

El sol hacía días que no se dejaba ver. Solo su luz llegaba con esfuerzo y la temperatura se mantenía estable dentro del frío ambiente de febrero. Las nubes dominaban los cielos, cargándose y oscureciéndose progresivamente, sin llegar a precipitar la carga que llevaban consigo. Todo hacía pensar que cuando empezase la lluvia caería agua en abundancia hasta aburrir al personal.

Edu mantenía la mirada perdida más allá de la ventana de su cuarto, con la luz apagada y la oscuridad creciente según avanzaba el día. Llevaba días ahogándose en la melancolía que representaba su estado. Le era imposible quitarse de la cabeza a la dulce niña negra. Su vida parecía haber cambiado desde que era consciente de la razón principal que lo impulsaba a desear hablar con ella.

«Agua es lo que hace falta para limpiar este barrio», pensó alejándose de sus opiniones habituales.

Después de los desafortunados acontecimientos habían pensado mucho. En ocasiones consiguiendo hacerlo con frialdad y casi siempre con la calentura que le corría por las venas. No había conseguido convencerse de estar equivocado y cada segundo le confirmaba el profundo sentimiento hacia la integrante de la raza negra. No tenía la menor duda de que, de alguna manera, había llegado a quererla. No a gustarle o atraerle, sino a quererla. Curioseaba con la peligrosa idea de amarla, incluso cuando era perfectamente consciente de que lo suyo no era más que un extremo amor imposible. Bel odiaba a los «soldados», aspecto que Edu comprendía con relativa facilidad. Si ella los detestaba y él era uno de ellos el amor entre ambos era una auténtica utopía. Y eso sin meter la variable de su homicidio involuntario. Demasiado rencor radical para tender puentes hacia un ficticio desenlace. Era imposible amar a quien se odiaba. Y, desde luego, ¿cómo iba él a renunciar a los ideales de toda su vida?

Durante los últimos días, había permanecido encerrado en casa. Ni los colegas ni las clases habían sido motivo suficiente para sacarlo de su cuarto. Con la falsa excusa de encontrarse mal, algo de fiebre falseada y algunos vómitos reales, su madre no le había puesto ninguna objeción, ni tan siquiera había llegado a sospechar. Limitado por esas cuatro paredes, que normalmente lo agobiaban, había permitido que su mente se expandiese, sobre todo para atormentarse con culpas y frustraciones. Los pensamientos se habían removido a su antojo y apenas había sido capaz de controlarlos. Aun libres, sin ganas de reprimirse, siempre acababa evocando la imagen de la maravillosa jovencita africana. Solo Bel terminaba llenándolo, para su satisfacción y para su tormento.

La mitad de la semana estaba quedando atrás y su encierro voluntario debía llegar a su final. Se cansó de hacerse el enfermo y decidió salir de esas cuatro paredes. Durante esos días había llevado una vida de lo más monacal y, aunque seguía sintiéndose mejor estando solo, consideraba adecuado que le diese el aire y forzarse a mantener contacto humano. No había tenido noticias relacionadas sobre la muerte del toxicómano y era necesario conocer cómo estaba el asunto.

Al menor impulso de echarse a la calle lo aprovechó antes de arrepentirse. La cabeza le recordaba que no podía estar siempre encerrado, mientras que sus revueltas entrañas lo mantenían en su confusión privada. Sin apetecerle demasiado, lo mejor resultaba volver a los ambientes habituales de su vida. Solo allí encontraría las razones por las que seguir adelante y olvidar cuanto carecía de lógica y opciones posibles. Debía retomar sus costumbres y esforzarse para volver a ser el de siempre.

Por el camino disfrutó del aire turbio del barrio, que falsamente le supo al ambiente puro de la montaña. La ausencia del sol mantenía el frío, pero lo combatió con su cazadora de guerra, abrochada y subida la cremallera hasta el cuello. No sentía recuperado el ánimo, pero al sentirse bien se convenció de que solo necesitaba tiempo. Tenía asumido que sus pasos lo conducirían al garito, aunque llegó evitando la pequeña calle donde Bel lo había humillado con su inestimable colaboración.

El local no solía tener demasiada afluencia los miércoles, aunque algo se animaba durante las tardes. Fue cruzar la entrada y descender las escaleras y que las miradas presentes se centrasen directamente en él. Las cabezas se volvieron y los rostros mostraron cierta reserva. Parecían haber estado esperando su regreso como si de meses se tratase su ausencia. Sintió las

miradas clavarse en su persona como invisibles agujas cruzando su piel. En un principio, pensó que algo malo sucedía, aunque a los pocos segundos cada uno volvió a lo suyo tras saludarse ya fuese con la mano o con alguna palabra. La situación estaba en orden y se relajó incluso antes de tensarse.

—¿Dónde está Toni? —preguntó al encontrarse con Marc, apoyado en la barra.

—Está dentro. Está solo, puedes entrar —le contestó, señalando la puerta que daba a la estancia particular, allí donde habían quedado sus quejas tras la muerte del yonqui—. Edu, ¿todo bien? —se interesó antes de que se alejase.

—Todo bien, Marc. —Fingió una sonrisa.

Con una palmada en el hombro, se despidió antes de retomar el camino hacia la puerta indicada. Estando a punto de llegar vio a Monti y lo saludó con un ademán de mano. Su amigo imitó el gesto con cierta desgana. La mirada que diferenció resultaba poco habitual en él. Le extrañó, aunque no era el momento de cuestionarlo. Hablaría después, seguro de que no tendría la menor importancia. Posiblemente habría tenido alguna de sus movidas con su madre y estaría enfrentado con el mundo, sin aguantarse ni él mismo. No era la primera vez que le ocurría algo así y, por desgracia, tampoco sería la última.

Alcanzó la puerta sin entretenerse y llamó con la palma de la mano, sin tanta efusividad como otras veces. No esperó a escuchar ninguna invitación, acostumbraba a abrir directamente y así lo hizo. Se presentó en la estancia con confianza. Mucho tiempo había pasado allí dentro durante los últimos años. Desde la primera vez que entrase, cohibido y emocionado, hasta ahora que no necesitaba que nadie le abriese el paso.

—¡Hostias! ¡Sigues vivo! —se burló Toni en cuanto lo vio plantarse ante él—. Pensé que te habías enterrado con el drogata.

—Ya ves que no.

La respuesta de Edu transmitió cierta pasividad y solo su sonrisa disfrazó la sensación. Tenía asumido que su camarada le saldría con algo parecido. No podría contener su sarcasmo en cuanto se lo echara a la cara. Cerró la puerta a su espalda, minimizando la música y recogiendo en el espacio privado. La puerta evitó el portazo y se cerró con suavidad, demasiados golpes de furia o euforia había soportado el marco de entrada y salida.

—Toma, siéntate.

Toni ofreció el espacio que quedaba libre en el viejo sillón. Edu lo aceptó y se recostó cómodamente hacia atrás al tiempo que su compañero se

levantaba, cogía una silla y la colocaba delante del recién llegado. Allí tomaba asiento, quedando uno frente a otro, cara a cara, como si se dispusieran a tratar el más importante de los asuntos. Solía ser un movimiento muy acostumbrado en el cabecilla de los «soldados» cuando pretendía mantener una conversación seria.

—Tenía ganas de verte y creo que debemos hablar —confesó con un tono de voz de clara seriedad—. Sabes que me gustan las cosas a la cara y te las voy a decir ahora que estamos solos. —No hacía falta ninguna explicación, se conocían desde hacía tiempo—. No tienen por qué enterarse los demás.

Tanta formalidad provocó que Edu se tensara y perdiera la poca tranquilidad que había alcanzado con la broma inicial. El temor hizo acto de presencia en su interior mientras mantenía una falsa frialdad de cara al exterior. La posibilidad de que Toni se hubiese enterado de la existencia de Bel y de sus traumáticos encuentros surgía como una opción más que probable. Semejante hecho siempre conllevaría tremendos líos. Sin hacerlo de un modo consciente, se preparó para lo peor.

—Adelante, te escucho —aceptó manteniendo su fachada de dureza—. Déjate de tanto misterio.

—Tranquilo, no tengas tanta prisa. —Rio Toni de ese modo tan cínico suyo—. Somos amigos desde hace bastantes años —continuó en su línea—, te conozco lo suficiente para saber cuándo te ocurre algo —afirmó con autoridad, sin dejar resquicio a la queja— y sé que ahora algo te está ocurriendo.

—¿A mí? Estás muy confundido. Estoy perfectamente —soltó falseando su sonrisa y forzando una suave carcajada—. Parece que no me conoces tanto.

—¡Vete a la mierda! —exclamó desplazando su mano derecha hacia arriba—. Si no es así, ¿por qué cojones estás tan raro? ¿Por qué te comportas de manera diferente?

—¡Venga, Toni! Sabes que no me pasa nada, que estoy como siempre —respondió abriendo los brazos—. Esto no será porque me derrumbe un poco cuando murió el yonqui, ¿no? —Mantén las formas para evitar que aumentasen las sospechas—. Me afectó. No lo esperaba, pero poco más.

Toni negó con fuerza. Su cabeza se movió hacia los lados tensando los músculos de su cuello. Sus ojos afirmaban que no tenía nada que ver con ese motivo. El aprecio que le a Edu provocaba que le resultase difícil reprocharle incluso la más ridícula de las tonterías. Percibía que existía algo fuera de lo normal y estaba seguro de que no se equivocaba, pero sin un argumento

tangible le era complicado presionarlo hasta que confesara su pesar.

—Por supuesto que no es por eso. —Convirtió sus gestos en palabras—. Aquello es algo, hasta cierto punto, muy normal. Además, como habrás podido ver por televisión, la policía finalmente nos ha descartado como sospechosos y han afirmado que solo fue un accidente. Se han desdicho de todo lo que salió en las noticias en un principio.

Edu se sorprendió con semejante noticia, esforzándose en que no se le notase. Se había mantenido tan lejos de la televisión como de la calle. No había escuchado las noticias, con nulas esperanzas de oír algo que lo animase. No sabía nada del giro que habían dado los acontecimientos y que, más que a nadie, le favorecía a él. Le costaba incluso creerlo, incapaz de asumir en su estado una dosis de fortuna.

—Algo..., algo había oído —disimuló al notar la mirada escrutadora de su camarada.

—El resto de los yonquis finalmente rectificaron sus testimonios. —El cinismo llenó su mirada incluso más que sus palabras—. Estás fuera de sospecha.

Siempre se había sabido que, por encima de ellos había una mano que movía ciertos detalles de sus caminos. También se intuía que Toni era el único que mantenía contacto con esa supuesta cúpula. Sin duda, desde ese misterioso punto se habían movido determinados hilos para que los «soldados» no figurasen en relación con el fatídico suceso. Por un instante Edu no supo si sentirse aliviado o consumirse de rabia. Estaba limpio, pero bien sabía que no era justo.

—Más bien me refiero a que no pareces el mismo. —Toni siguió con el tema antes de que se perdiese en otros asuntos.

—De verdad que no sé a qué te refieres —balanceó la cabeza como si estuviese confuso—. ¿En qué no lo parezco?

—No soy tonto, Edu, y no quiero que me tomes como si lo fuera. —Le clavó la mirada en sus redondos ojos escurridizos—. El jueves saliste corriendo detrás del vago que se escapaba y simplemente le diste una patada. Cierto que se dio una buena hostia, pero lo tenías en el suelo y pasaste de darle su merecido. Te volviste y lo dejaste allí. —Edu desvió la vista, mirando a cualquier otro lado. No aguantaba esos ojos rebuscando en su alma—. Y tampoco tocaste al moro, ni siquiera te acercaste. —Intentó explicarse, pero Toni continuó con sus argumentos—. Y hasta el suceso de la navaja tampoco interviniste en la batalla con esos asquerosos drogatas. —Aceleró el

tono—. ¿Todo esto es normal? ¿Eso es lo que quieres que crea?

La obligación de defenderse y desviar cualquier sospecha que se cerniese en su entorno lo impulsó a decir cualquier cosa, pero se contuvo al descubrir que no tenía palabras con las que rebatir los argumentos de su compañero. Toni era el cabecilla por muchas razones, entre ellas el control sobre su alrededor y sobre sus «soldados». Tenía fama de no permitir que se le escapase nada. Se había entregado al combate y, a su vez, detectaba los movimientos de sus hombres. Ese control, esa entrega a su tarea, era increíble por la capacidad, aunque pudiera ser cuestionado por sus hechos.

—Está bien... —reconoció con cierta resignación—. No sé qué me pasa. No me encuentro del todo bien —disimuló su malestar—. Puede que sea algo físico o simplemente se trate de una mala racha —fue lo único que pudo decir en su defensa.

—Puede ser. —Se mostró más convencido Toni—. Si es así no pasa nada. Pero no entiendo por qué no cuentas con nosotros. Somos tus compañeros, Edu. Somos tus camaradas y te ayudaremos y te apoyaremos en lo que haga falta. —Se veía convencido de su mensaje de apoyo—. Eres uno de los nuestros. Siempre lo has sido. Y siempre lo serás.

Esa especie de promesa alcanzó la mente de Edu como si saliese de un pozo, alzándose de su punto más profundo. Una irónica sonrisa amenazó con dibujarse en sus labios y se obligó a reprimirse para no levantar sospechas. La verdad escandalizaría a Toni y rompería cualquier proclama de lealtad. Edu mantenía la pregunta en su mente grabada a fuego con el más afilado de los sarcasmos. ¿Estás seguro? ¿Estás completamente seguro? Las preguntas se le arremolinaban en su mente sin pasar de simples pensamientos. Él mismo no podía estarlo. No podía estar convencido de nada. Era simplemente un mar de dudas, sobre lo que era, lo que había sido y sobre lo que sería...

El garito había ganado en ambiente, dentro de lo habitual entre semana. A más afluencia, menos miradas centrándose en él. No sintió que la sala quedaba atrás hasta que la puerta se cerró, dejando a Toni al otro lado. Deshaciéndose de esa sensación, se encontró de inmediato con Monti. Lo estaba esperando, nervioso e inquieto. Su mirada había cambiado. Era la mirada de siempre, esa que brillaba en su poco agraciado rostro desde que eran niños. No obstante, Edu lo conocía lo suficiente como para diferenciar claros signos de preocupación, de tener algo importante que confesarle. Se le veía demasiado

ansioso como para que solo le preocupase otra movida con su madre.

—Puedes hablar —le permitió, sin hacerle esperar más, y comprobando que no terminaba de arrancar.

—Aquí no —negó con la cabeza, luciendo la mirada más crispada que de costumbre, si es que era posible.

—¿A qué tanto secretismo?

—Vamos a otro lado —condicionó Monti, mostrándose inflexible.

Edu sintió sus ojos como mazazos en su estabilidad emocional. Le costó unos segundos salir de su asombro. Si le habían sorprendido las prisas de su amigo de infancia, más lo desconcertó que no quisiera hablar en el garito. Allí se sentía como en casa después de no encontrar su sitio en los más dispares ambientes. Ese era el mejor sitio para que dos «soldados» hablasen de sus cosas...

—¿Estás lista?

Bel no contestó a la pregunta de su hermano. Simplemente se dejó ver en su presencia, acercándose a la puerta de su casa. No lo iba a hacer esperar. Su entrenamiento resultaba demasiado importante para jugar con ello. Se había vestido con un chándal que, lejos de quedarle bien, la privaría de pasar frío. No buscaba gustar a nadie, sino liberar la tensión que sentía acumulada en sus cuerpos. La vuelta a clase no había bastado y necesitaba un modo físico de desahogarse.

—A ver lo que tardas en quedarte atrás —bromeó Manuel, abriendo el paso al descansillo del piso—. Ahora te toca sufrir.

—Deja de vacilar, que no es la primera vez que salgo a correr contigo.

—Lo empujó hasta quitarlo del medio—. Si quisiera podría ser mejor que tú.

—¡Menuda respondona!

La risa masculina alcanzó a Bel descendiendo por los primeros escalones. Quería empezar a sufrir para retirar los pensamientos que en cuanto bajaba la guardia la acechaban. No podía quitarse de la cabeza a Edu, a pesar de llevar varios días sin verlo ni saber nada de él. No podía perdonar lo que había hecho. ¡Era imperdonable! La imagen de ese muchacho de facciones duras y cuerpo fuerte arrodillado mientras pedía ser creído la asaltaba desde su subconsciente. Fue una interpretación de premio y, no obstante, esos ojos vacíos provocaban que sus cimientos emocionales se tambaleasen en un leve vaivén de duda. Su voluntad se esforzaba, más de lo que esperaba, en

mantenerla fiel a sus creencias.

«¿Y si estuviera diciendo la verdad?».

Con un violento manotazo mental retiró ese pensamiento espontáneo. Lo había percibido merodear en su cabeza. ¡No podía ser! El frío aliento de invierno la recibió al salir del portal y encontrarse en la calle. Era el momento de correr cuanto pudiese, seguir a su hermano, sufrir llevando su forma física al extremo y liberarse de esa sensación desconocida que la mantenía en un estado continuo de inquietud y desasosiego...

El almacén de lo que iban a ser una serie de chalets había quedado abandonado y aislado en un apartado descampado. El proyecto resultó excesivamente ambicioso para ese barrio y la empresa echó el cierre antes de acabar el chalet piloto. Habían quedado como esqueletos inservibles, sombras de lo que podría haber sido. Era el resguardo de indeseables haciendo lo que no debían, de niños embarcándose en temerarios juegos o incluso de íntimo lugar para los escauceos sexuales de alguna joven pareja.

Edu y Monti habían compartido correrías entre aquellas planchas y columnas de hormigón. Habían subido por las rampas jugándose la vida. Habían corrido por sus plantas superiores fingiendo ser policías y ladrones. Habían tirado piedras a cualquier cosa que sirviese de enemigo al que abatir. E incluso habían espiado a esas parejitas, aprendiendo algunos detalles del cuerpo femenino que hasta ese momento desconocían.

Monti, llevado por la nostalgia de esos juegos infantiles, había elegido ese apartado lugar, donde nadie pudiera escuchar su conversación. Habían caminado hasta allí sumidos en un absoluto silencio. Lo normal hubiera sido que Monti no dejase de hablar y, por el contrario, no había abierto la boca. Avanzó a su lado, conduciéndolo hasta las sombras de hormigón en un estado desbordado de inquietud. Solo al penetrar bajo el primero de los tres almacenes se mostró más tranquilo, casi suspirando aliviado.

—Bueno, ¿me vas a contar qué pasa o hay que comprobar que nadie está escondido en las sombras? —se quejó Edu, pretendiendo inyectar buen humor a las circunstancias.

—No creo que estés en disposición de quejarte... y tampoco de hacer bromas.

—¿Qué dices? —protestó sorprendido ante semejante tono de amenaza—. Controla ese tono, no me gustaría tener que romperte la cara.

—Vale, vale. —Sacudió Monti la cabeza como si tuviese que salir de su estupor. El papel de «soldado» lo estaba llevando al extremo—. No quería amenazarte, tío. Sabes que nunca podría hacerte algo así.

—Perdóname a mí. Tampoco debería haber contestado de ese modo — concedió las tablas a las salidas de tono—. Y ahora dime de una vez qué es eso tan importante y tan misterioso para que hayamos cruzado todo el barrio para traerme lo más lejos que has podido del garito. Dime qué es lo que tienes en la cabeza.

Monti se mantuvo unos instantes en silencio. Se le notaba en la mueca del rostro que buscaba las palabras adecuadas. Quería decirlo con autoridad, pero sin que pudiera sonar a una nueva amenaza. No pretendía que Edu se sintiese atacado, sino encontrar la lógica en medio de su confusión y reconducir a su amigo al camino correcto. Era la primera vez que se veía en una situación así. Siempre solía estar en el lado opuesto de la charla.

—Más bien, ¿qué es que tú tienes en la cabeza? —Tantas vueltas solo le sirvieron para usar las palabras recién escuchadas.

—¿Chicas...? —Sonrió Edu buscando la salida más fácil.

—¿Por qué nos traicionas? —Pasó a preguntar directamente, rompiendo risa alguna y pulverizando cualquier intento de gracia.

—¿Qué...? ¿Qué yo qué...?

—¡No disimules! —exclamó Monti, superado por las circunstancias—. Lo sabes perfectamente. —Recuperó el tono, sin poder dominar su estado nervioso y afectado—. Te ves con la negra esa del autobús.

—Estás diciendo demasiadas tonterías, ¿eh? —Edu mantuvo la calma, precipitándose en un mar de complicaciones—. Creo que ya está bien por hoy.

—No. —Se negó a ceder—. Ni está bien por hoy..., ni tampoco he dicho todavía ninguna tontería. —Su voz le temblaba ante el esfuerzo de convertir en palabras sus acusaciones—. Lo he visto, Edu. Solo lo sé yo, nadie más. Pero no me niegues lo que he visto. —Parecía buscar comprensión—. Sé que te ves con ella. Pude veros el otro día. Incluso vi cómo te arrodillabas ante ella. —La preocupación se tornó en tristeza en los ojos de Monti—. No digo ninguna tontería. Sabes que es verdad, sé que es verdad. No juegues más, Edu —pedía más que exigía—. Por favor, contesta a la pregunta. ¿Por qué lo haces?

Edu se sintió incapaz de protestar. No pudo fingir más ni escapar con alguna ocurrencia graciosa que pusiera a su amigo de su parte. No cabía duda de que Monti los había visto, conocía ese detalle tan revelador. No podía

negarlo. Tampoco convencerlo de lo contrario a lo que habían visto sus ojos. Por desgracia tarde o temprano alguno de ellos se terminaría enterando y ese momento resultaría tan inesperado como cualquier otro. ¿Para qué seguir mintiéndole? ¿Para qué evitar lo inevitable?

—¿Cómo has podido...? —lamentó más que preguntó. Monti no necesitaba escuchárselo para comprender que estaba confesando.

—Somos amigos desde poco después de nacer. Ni siquiera recuerdo algún momento en que no lo fuéramos —habló, sabiendo que no podía mantenerse en silencio—. Supongo que si no puedo confiar en ti no lo podré hacer en nadie. —No era una excusa, confiaba en ese feo «soldado»—. Tú mismo lo has visto. ¿Qué te puedo decir? Es verdad que me he visto con ella. Creo que lo he hecho en unas tres ocasiones.

—¿Por qué te haces amigo de una negra?

—No, no es así. No soy amigo suyo. —Cierta amargura se apoderó de él, mientras que Monti sintió un leve alivio—. Pero no lo soy porque ella no quiere. —Poco duró la esperanza de su compañero—. Me odia. Me odia como vosotros odiáis a los que no son iguales, a los que son diferentes.

—¿Cómo que nosotros...? ¿Y tú...?

Edu sintió que lo había traicionado el subconsciente. Se había descartado sin querer hacerlo. Desconocía qué podía significar, pero desde luego no era momento para plantearse semejante duda crucial. Quiso desdecirse y lo único que consiguió fue sonar tremendamente resignado.

—Bueno..., yo también —asintió con pesadumbre—. Como nosotros odiamos a las razas inferiores —corrigió sus anteriores palabras.

—Si ella te odia, ¿por qué dejas que te trate así? ¿Por qué sigues hablándola? ¿Por qué no le enseñamos modales? —Se atropellaba con su propia frustración, apretando el puño con fuerza.

—¿Serías capaz de pegar a una chica? —cuestionó Edu, disfrazando una afirmación—. ¿Eso estaría bien?

—Por supuesto que sí. Si es negra claro que lo haría, claro que sería lo correcto.

—Ahora no estoy para proclamas, tío. —Dio un paso atrás como si eso lo fuese a liberar de escucharlo—. Yo no puedo hacer eso cuando lo que necesito es hablar con ella.

—Para eso estamos nosotros. ¿Por qué tienes que hacerlo con alguien como ella?

Edu se maldijo por haber metido a Monti en ese mundo de violencia y

odio. Creía involucrarlo en el camino seguro y correcto cuando, sin tratarse de un chico cruel, lo había ayudado a convertirse en lo mismo de lo que intentaba huir. Ciertamente era que la vida nunca lo había tratado bien, es más, había sido dura e injusta con su persona, aumentando su odio hacia todo lo que lo rodeaba, pero su situación y su rol asumido representaban una exageración solo digna de los «soldados».

—Confío en ti y sé que no se lo dirás a nadie. —Miró hacia arriba, buscando el cielo más allá de las planchas de hormigón y dando la espalda a su viejo amigo—. No puedo pedirte que lo entiendas, pero al menos dame tiempo. —Los nubarrones parecían acordes con su estado de ánimo—. Estoy atravesando un mal momento y, aunque resulte ilógico, es a ella a quien necesito. —Su confesión sonaba en un barrio de frustración e intolerancia—. Y no creas que se trata de un simple capricho. Hay una razón para esta repentina necesidad. —Era justo que le desvelase todo—. Para mí es algo desconocido pero esa razón es sencilla y humana... —miró a su amigo solo girando el cuello—, la quiero.

Edu tardaría, si es que lo lograba alguna vez, en olvidar los rasgos que se habían dibujado en el rostro de su amigo. Un horror poco relacionado con lo representado por la confesión. Le fue traumático enterarse de sus sentimientos en semejantes circunstancias y cuando se trataba de lo que menos podía esperarse. Estaba seguro de que a su amigo le hubiera costado menos asumir que se estaba muriendo que la noticia de haberse enamorado de una negra. Seguramente se habría sentido decepcionado. Seguramente no lo compartiría. Seguramente sería mucho para su sensible moral. Pero eran amigos. Lo habían sido desde mucho antes que los extremos ideales entrasen en sus vidas y seguirían siéndolo por siempre.

Muchas fueron las veces que Edu le había tenido que sacar las castañas del fuego. La vida siempre daba la revancha y también la oportunidad de devolver favores. Ahora era Monti quien le tendría que echar una mano, y sería tan fácil como guardar silencio. Acabaría comprendiéndolo. Si no compartiéndolo, sí haría por entender lo que sentía dentro de su persona.

La fría brisa del anochecer le cortó la piel de la cara con una gélida caricia. Monti se había ido unos minutos antes, buscando la soledad que lo ayudase a asimilar la cruel realidad. Edu se había quedado solo con los fantasmas que pudiesen habitar entre esas edificaciones nunca culminadas, en esos cimientos que nunca albergarían un edificio completo. Había tomado asiento en una viga caída en el suelo, ignorando el frío y contemplando el

extenso campo sin uso que se extendía hacia delante.

No era la primera vez que dejaba pasar el tiempo en aquella intimidad. Muchas habían sido las ocasiones que había acudido a ese lugar apartado para poder pensar en paz, lejos del barullo del barrio. Hacía tiempo que no realizaba una de esas escapadas, pero la tranquilidad que allí se respiraba no era capaz de encontrarla en ningún lugar de su alrededor. El entorno cada vez le parecía más un suburbio que nunca volvería a dejar de serlo.

Pero el destino, por designios jamás explicados, había decidido trastear con ese olvidado lugar de la capital. Se había empeñado en jugar con la vida de Edu y convertirlo en un peón dentro de una entretenida partida superior. Estaba dispuesto a darle donde más le dolía, empujándolo a hacer frente, una vez tras otra, a la joven causante de su trastorno. Era increíble, pero no podría apartarse de Bel, ni siendo su intención o por simple casualidad. Costaba creer que fuera maldecido con un encuentro ante un ser tan hermoso como la muchacha.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó para sí mismo.

Su mirada, perdida en el vacío hacia el frente fue rescatada por la imagen que llenaba su mente al cerrar los ojos. No cabía duda de que era ella. Podía contemplarla en la suave oscuridad. La estaba viendo con mayor nitidez de la que hubiera imaginado y no se trataba de ningún tipo de alucinación. El azar se había convertido en el arma más sarcástica del destino. En carne y hueso, abrigando su cuerpo con gruesa ropa deportiva, Bel recuperaba el aliento caminando por ese campo despoblado. Ella no recabó en su presencia. ¿Cómo iba a poder verlo? La oscuridad lo cubría cobijado por el esqueleto de hormigón. Al lado de la jovencita caminaba una segunda persona, bromeando con una clara confianza. Se trataba de un chico, también de color, que parecía muy cercano a ella.

—¡Joder, ahora con su novio! —habló solo cuando simplemente pretendía pensar—. Encima tiene novio.

La sucesión de casualidades le pareció una bendición por encima de un retorcido juego del destino. La utopía de volver a acercarse a ella pasó a ser cuanto menos una posibilidad al alcance de su mano. Poca intención tendría de escucharlo, pero no podía permitir que siguiese pensando que era un asesino a sangre fría. No lo era. No podía considerarse tal por un odioso accidente. Era un «soldado». Eso sí que lo era y lo asumía, pero no un asesino. Rezó porque Bel hubiese visto las mentiras del telediario, aunque conocía su propia confesión. Aun así, le sería más fácil intentar convencerla de que solo había

sido un desastroso desenlace y que nunca había tenido la menor intención de matar a nadie.

Fiel a la reputación que se había ganado con absoluta justicia, echó una vez más valor al asunto y salió de la oscuridad, abandonado su desinteresado escondite. Caminó bajo la joven noche hacia la pareja de recién llegados al barrio. No tardaron en percatarse de su presencia en cuanto dio los primeros pasos por el sendero asilvestrado. Manuel reaccionó, cambiando de posición y colocándose a la defensiva. Cubrió con su propio cuerpo a su hermana, interponiéndose por delante. Por nada permitiría que le sucediese algo. Ningún «soldado» tendría fácil ponerla la mano encima sin sufrir su oposición.

—¿¡Qué quieres!?! —le gritó el atleta de color en cuanto Edu llegó a un par de metros de ellos—. No queremos problemas.

—Yo tampoco quiero problemas —contestó con humildad—. Solo quiero hablar con Bel.

—¿Cómo sabes su nombre?

—Ya he hablado otras veces con ella. —Intentó normalizar la situación—. Nos conocemos.

—¡Eso es imposible! —pronunció Manuel más sorprendido que enfadado—. Ningún racista como tú hablaría con alguno de nosotros. Solo sabéis apalear sin sentido a la gente que no entendéis.

Bel se había mantenido al margen de la conversación. No había intervenido observando cómo trascurría el encuentro. Se mantenía expectante, con cierta mueca de pasividad, pero sin perderse detalle. Tampoco se aprovechaba de la circunstancia, conformándose con ocultarse, sino que intentaba sortear a su hermano para mantenerse a la vista. Su silencio era una declaración de intenciones para demostrar no querer hablar con ese muchacho que tantas veces lo intentaba. No lo creía, pero parecía estar persiguiéndola.

—Nada me gustaría más que poder contradecirte, pero tampoco serviría de mucho. —Se resignó al comentario, pero no a su propósito—. Supongo que merezco que me digas todas esas cosas. En parte...

—Nada de «en parte». Totalmente —lo corrigió—. Y claro que te lo mereces. No te conozco, pero sí sé de muchos de vosotros.

—Bel, solo quería decirte... —habló directamente a la joven, dando por terminada la conversación con el hermano, que todavía seguía considerando su novio—. Solo quería decirte, me creas o no, que no lo hice a propósito. Si has visto el telediario lo sabrás. —Se reservó que las noticias, en parte, habían mentido—. Te dije la verdad. Hasta ese momento ni siquiera había querido

intervenir en la pelea. No tenía previsto hacer nada.

Bel tenía la intuición de estar escuchando la verdad. Algo distinguía en sus palabras que su subconsciente le pedía que le concediese el beneficio de la duda. Dio por acabados los instantes de contemplación y retiró a su hermano de en medio con suavidad. Se plantó con determinación delante del chico rapado, dando la cara como en ella era costumbre. Las bellas facciones de su rostro continuaban mostrando un claro rasgo de odio, pero cuanto menos parecía dedicarle unas palabras.

—Digamos que me creo todas las tonterías que estás diciendo. Incluso las que sueles decir otras veces. —Su imagen era dura e inflexible—. Pensemos que has dicho la verdad —asintió fingiendo la presunción de inocencia—. En ese caso, te pido disculpas por llamarte asesino. ¿Quedaría todo arreglado?

Edu mantenía su vista en los suculentos labios femeninos. Su voz lo hipnotizaba, dando una razón más a esa necesidad de no dejar de escucharla. Lucía preciosa en la penumbra del descampado, con unos detalles magenta en su ropa deportiva que contrastaba con el oscuro tono de su piel. Con cada ocasión que disfrutaba de su presencia le parecía más atractiva y menos disparatados sus sentimientos hacia una joven africana.

—¿Hablarás conmigo? —preguntó con alguna esperanza, importándole la respuesta por encima de la mayor parte de los aspectos que podía recordar.

—No.

Fue la escasa, contundente y tajante contestación, sin apenas levantar la voz, que llegó a los oídos masculinos como si de un golpe físico se tratase. Dos letras formando una sola palabra de negación que sonó a sentencia, a maldición, a una desgracia devastadora...

—¿Por qué no? —cuestionó sintiendo que esas escasas esperanzas se rompían como el cristal cuando esperaba un atisbo de optimismo.

—La verdad es que me siento un poco ridícula al tener que repetir continuamente la misma explicación. —Se afligió asumiendo que tendría que volver a hacerlo—. Si no recuerdo mal, te dije en nuestro segundo encuentro que no podría mantener ningún tipo de charla contigo mientras fueses eso que llamas un «soldado» —le recordó con suma tranquilidad—. Y me parece que sigues siéndolo.

—¡Por dios! No puedo cambiar mis ideales.

—Nadie te está pidiendo eso... —reconoció lo difícil que pudiera ser —, pero tampoco me lo puedes pedir tú.

Manuel no salía de su asombro delante de una situación tan surrealista que jamás hubiera imaginado vivirla. Un radical racista hablando con su hermana pequeña era más de lo que nunca hubiera esperado y, menos aún, si semejante individuo llegaba casi a suplicar que le dejase hablar con ella. ¡Hablar! Aunque el devenir parecía tener su lógica, apostaría su brazo derecho a que, mirando bien el interior de aquel chico, no aparecía ningún indicio de ideología nazi verdaderamente impregnado en su ser. No tenía duda de que posiblemente quería creerlo, incluso pensar que lo creía de verdad, pero no era así. No parecía serlo. En caso contrario, sería imposible que pudiera estar pidiendo a su hermana algo tan sencillo con tanta urgencia. Aquello debía de violar cualquier directriz de los ideales que propagaban. Si creía en toda esa basura, no podía llevarles la contraria de un modo tan reverente.

—¿Por qué tienes que ser tan negativa? —le reprochó Edu—. No lo entiendo. ¿Por qué no miras el lado bueno de ser un «soldado»?

—¡Qué dices! —exclamó la jovencita—. Para ti no lo sé. Pero los demás... ¿hay un lado bueno en eso?

—¡Claro que lo hay! —se exaltó más por euforia que por frustración—. Mientras que yo sea uno de ellos nadie se atreverá a tocarte. No dejaré que nadie te haga daño ni a ti ni a tu novio.

Bel soltó una leve carcajada que rompió el silencio de la noche con un alegre canto inesperado. Su risa fue jovial sin disimular cierto tono irónico. Hacía del sarcasmo una agradable melodía. Le había hecho gracia. Ese chico nunca dejaría de asombrarla. Era una sorpresa constante, nunca antes contemplada.

La jovencita contempló su risa y miró directamente a los ojos de Edu, encontrándose una vez más el enigmático vacío que en ellos se extendía. Era tremendamente atractivo encontrarse con unos iris y unas pupilas tan exentos de vida. Carecía de esa vitalidad que su cuerpo parecía desprender en su vida cotidiana.

—Primero, este chico no es mi novio, es mi hermano —confesó divertida por la confusión—. Y segundo, no quiero ni necesito que nadie me proteja. No puedo aceptar ese privilegio cuando, por detrás, mi propio protector está ajustando las cuentas a inocentes que les parecen culpables simplemente por haber nacido en otros lugares, tener otro color de piel, gustos sexuales distintos o, incluso, por haber caído en las drogas —enumeró para llegar a su comprensión—. No quiero que gente que va pegando a estas personas me proteja a mí... por vete a saber qué motivo.

—Entonces... —dudó Edu, comprendiendo, pero hundiéndose en su propia confusión.

—Entonces, si existiera alguna remota posibilidad de que hablaras conmigo... —pareció abrir una puerta a la esperanza—, tendrías que dejar de ser uno de ellos para convertirte en uno de nosotros, en uno de los nuestros.

—¿En uno de la raza negra? —Se le abrieron los ojos como platos—. ¿Cómo...?

—No. Desde luego que no. —Su voz se extendió en el cielo como había pasado con su carcajada—. Tendrás que convertirte en un miembro... de la raza humana.

Capítulo 7

LA VIDA EN JUEGO

—Pero... ¿¡qué tonterías estás diciendo!?

La voz de Toni estalló como si de un cañón se tratase. Tal fue la intensidad en la sala que llegó al garito, elevándose por encima de la música. No había que conocerlo demasiado para esperar que las palabras escuchadas provocasen semejante efecto. Monti no estaba preparado para ese rugido que le heló la sangre y palideció su piel. Había buscado consejo y comprensión en vez de una acusación disfrazada de pregunta.

—Solo... solo... —balbuceó sin saber qué añadir.

La reacción del duro y firme cabecilla fue tan repentina y brutal como inesperada para el feo «soldado». Sin pensar y ausente de valor, retrocedió asustado y retraído hasta chocar contra la pared junto a la puerta. Hubiese preferido estar al otro lado, en el garito y entre su gente. Temía que, en cualquier instante saltase sobre él y, a base de golpes, le abriese la cabeza para buscar y encontrar la verdad entre los restos de su cerebro. Las acusaciones vertidas le habían provocado sentir el miedo de una manera tan exaltada como hacía meses que no había experimentado.

—Después de todo lo que has dicho, ¿ahora se te ha olvidado hablar? —acós enfureciéndose.

La noche había sido larga. Las horas de sueño habían sido sustituidas por interminables minutos de pensamientos dando vueltas en la cabeza al ritmo que el cuerpo lo daba en la cama. Cuanto le sucedía a Edu había sido lo único en lo que Monti había podido pensar. No sabía cómo gestionarlo, cómo poder ayudar a su amigo y qué era lo correcto. Se sentía solo incapaz de atesorar un secreto que parecía estallarle dentro.

Al levantarse ese jueves, sin haber pegado ojo durante las agobiantes horas nocturnas, fue presa de su acostumbrado desamparo. Necesitaba que

alguien asumiese la responsabilidad del bien mayor. Toni era un buen amigo de Edu y seguro que sabría brindarle la ayuda que necesitaba. Por el bien de quien se creía enamorado, había optado por contarle los dramáticos sucesos al cabecilla. Entendía que además de correcto, era su deber compartir, aunque solo fuera con él, tan importante información.

La realidad marcaba que Toni haría que los demás lo entendiesen y, entre todos, podrían ayudarlo, levantarle el ánimo y mostrarle el verdadero camino. Lo sacarían de la senda equivocada, donde lo había arrastrado esa zorrita inferior. Los camaradas eran sus amigos, los verdaderos compañeros de batalla, y tenían el derecho de poder ofrecerle la ayuda que necesitase. Eran una hermandad unida y resistente. Eran hermanos inseparables. Eran «soldados» en lo bueno y en lo malo.

—Repíte qué hostias estás diciendo —volvió a rugir Toni, arrinconando al pobre muchacho contra la pared.

—Ya te lo... Ya te lo he contado.

—Eso que insinúas es una sucia mentira, maldito cabrón. —Lo agarró por la cazadora, acercándolo a su cara, desencajada por la rabia.

—¡Dios, Toni! Es verdad...

—¿Así es cómo le agradeces a Edu que te diese la oportunidad de estar con nosotros? Acusándole de idioteces, ¿verdad? —Apretaba los dientes, amenazantes como los de un perro rabioso. Daba la impresión de que, de un momento a otro, le mordería—. Lo que dices no puede ser cierto. Edu ha estado a mi lado cientos de veces. Es uno de los nuestros. Nunca caería en algo así.

Sin encontrar algo de orgullo que le sirviese de apoyo, Monti intentó sostenerse en la poca dignidad que le quedaba, pero no bastaba salvo para evitar orinarse encima. Era inevitable sentirse terriblemente asustado. Las piernas le temblaban como si se le hubiesen vuelto de gelatina, y temía que terminarían por no poder aguantar su peso. Su corazón latía desbocado, disparando el ritmo de un modo descomunal. Nunca en su vida, a pesar de sus marginales experiencias, había tenido tanto miedo. Deseaba con todas sus fuerzas que alguien entrase y los separase, aunque fueran testigos de su bloqueo de pánico.

—Maldito cabrón... —pronunció con desprecio ante un silencio que le consumía.

—Me lo dijo él mismo.

—¿Me tomas por un tonto? —cuestionó sin suavizar su enfado—. ¿Por

qué te iba a decir una cosa así?

—Le descubrí hablando con ella —confesó, hablando de un modo acelerado—. No sé. Supongo que necesitaba compartirlo con alguien. —Empezaba a dudar de haber hecho lo correcto—. Te juro por Dios que es la verdad. Nunca me atrevería a mentir con una cosa así. —Sus ojos habían enrojecido como si se fuera a echar a llorar—. Te lo juro, Toni. ¡Te lo juro!

El primero de los «soldados» penetró con su mirada en lo que parecía el pingajo de un hombre. Sintió vergüenza ajena por tal comportamiento y, sobre todo, odio fue lo que se clavó en ese cuerpo acobardado. Mucho más odio del que hubiera creído capaz de dedicar a uno de los suyos. Lo detestaba por el simple hecho de ser el portador de esas malditas noticias. Su mensaje era un dardo envenenado que se incrustaba en su propio orgullo. Hubiese preferido no enterarse y haber estado en la ignorancia en ese asunto.

Los puños se le cerraron inconscientemente, apretando la tela de la cazadora. Ese asqueroso de Monti había tenido que hacer la gracia e irle con ese cuento, con semejantes mierdas sobre su camarada. Lo odiaba lo suficiente para aplastarle la cabeza contra la pared. Si no fuera uno de los suyos, lo habría matado allí mismo, sin que le temblase la conciencia. Nadie podría ayudarlo y seguramente tampoco querrían hacerlo al enterarse del motivo. A nadie le importaría la muerte de ese cerdo inseguro y cobarde.

Desilusionado, liberó la férrea presa que formaban sus dedos y lo soltó. No merecía la pena que se manchase las manos con esa sucia sangre. Lo liberó y, con lentitud, le dio la espalda, no temiendo ninguna represalia. Anduvo por la estancia como un zombi, sin prisa, casi sin levantar los pies, arrastrándolos por el suelo. Monti consiguió respirar aliviado, viendo al cabecilla, pero sin llegar a imaginarse cuánto le dolía lo escuchado. Le había hecho más daño que la más salvaje de las series de golpes que pudiera encajar. Como si su cuerpo hubiese sido objeto de una puñalada mortal, se dejó caer rendido sobre el viejo sillón. Su mirada se perdió en el descolorido techo de la sala. Tal furia se mantenía en sus ojos que amenazaba con derrumbar el edificio con un simple vistazo.

—Si toda esa basura es verdad, no entiendo por qué te lo confesó. —Era la pregunta que rebotaba en su mente. Lo más sencillo hubiese sido que Edu intentase guardar el secreto.

—Confiaba en mí... —murmuró sin haber recuperado el valor—. Me dijo que era su amigo.

—Y tú... —su tono de voz, llenando la estancia, dio verdadero miedo

—, te saltas su confianza y me lo cuentas, ¿no? —El sarcasmo podía ser una contundente arma—. ¡Menudo amigo!

—No soy un traidor. Yo no soy un traidor —recalcó para intentar convencerse a sí mismo, a la vez que a su compañero, de haber hecho lo correcto—. No pienses eso. Tú también eres su amigo y pensé que lo mejor era que también lo supieras. —Sus palabras sonaban ausentes de seguridad—. Así podrás ayudarle.

—¿Quieres un maldito consejo? —Pasó la mirada del techo al feo individuo, que asentía a la pregunta—. No vuelvas a pensar. —Se le vio apretar los dientes—. ¿Entiendes? ¡No vuelvas a pensar!

Monti se incorporó, separándose de la pared como un resorte. Se sintió dolido al darse cuenta de lo poco que parecía representar. Tenía poco más que decir. No estaba preparado para suicidarse haciendo frente a aquella mala bestia. Dio la conversación por acabada y abrió la puerta, deseoso de salir de allí y buscar el frío aire de la calle. Antes de escapar con el rabo entre las piernas se giró dispuesto a hablar. Necesitó dos intentos, pues en el primero se le abrió la boca, pero no salieron las palabras.

—Edu es mi amigo y también el tuyo... —tomó un respiro al sentir que se ahogaba—, pero si se ha equivocado necesita que se le reconduzca. No podemos descuidarle como si fuera un cualquiera. —Había ganado algo de seguridad—. Yo también hubiese querido que no hubiera sido él, pero lo ha sido.

—Hazme un favor, Monti —suavizó Toni su rabia para no ir hasta él y aplastarlo como realmente le apetecía hacer—. Sal por esa puerta y... no vuelvas a aparecer hasta que no te haga llamar.

—¡Vaya un pretendiente te has echado!

El tono jocoso de Manuel sacó a su hermana menor de sus propios pensamientos. Bromeaba con el tema para evitar darle una importancia en la que prefería no pensar. Incordiaba con ese tipo de comentarios desde que volvieron a casa tras el entrenamiento, que había terminado del modo más surrealista. Jamás habría esperado que Bel mantuviera ningún tipo de relación con semejante calaña. Era consciente de los riesgos de ese tipo de tribu urbana, pero no conseguía sentir que ese individuo significase un peligro para ella.

—Te he dicho que me dejes en paz con el temita —replicó por enésima

vez la joven—. Más vale que...

Manuel se había alejado riendo por lo bajo y dejando la defensa femenina en el aire. Le gustaba cortarla, aunque fuera con la sencilla e inocente indiferencia. Sabía que la sacaba de quicio no poder replicar y el consiguiente enfado le divertía aún más que la simple broma. Bel no lo había visto marcharse, simplemente se encontró con su ausencia. Asumió lo único que le quedaba y se resignó a tragarse su respuesta.

No necesitaba que Manuel le recordara la existencia de Edu. Afloraba el recuerdo en su mente, a cada instante, con la facilidad de quien tiene vida propia. Se mantenía constante en su cabeza, sin necesidad de evocarlo de manera consciente. Estaban sucediendo demasiadas cosas en relación a ese individuo como para no impresionar a la joven muchacha y mantenerla en un estado continuo de expectación.

El último encuentro le había tambaleado sus expectativas hasta el punto de hacerla dudar de sus decisiones. Le costaba olvidar la directa intervención masculina en el desenlace que había acabado con una persona. En ese punto le había resultado fácil apartarle, e incluso una zona cobarde de su ser deseaba que fuese un «soldado» inquebrantable para odiarlo sin remisión y no permitir que le dirigiese la palabra.

Su vida se tornaba difícil con cada encuentro que surgía. Se volvía complicada cuando hubiera sido fácil en otras circunstancias. El destino se aliaba con el chico para forzar encuentros casuales cuando no era él mismo quien se esforzaba en provocarlos. Le era inevitable pensar que no le hablaba un racista, sino un joven perdido en un mundo que lo superaba. Ese chico llevaba dentro algo lo suficiente importante como para no dejarse arrastrar por un mundo de odio e intolerancia, resistirse y rebelarse contra ello.

Su intuición, cuando no su corazón, le decía que nada había acabado cada vez que le cerraba la puerta por el horror que le ocasionaban sus actos. Ese chico despertaba algo que le imposibilitaba ser tan contundente como hubiera sido en ocasiones de menor importancia. Sentía que la doblegaba con cada encuentro y, a su vez, ella misma no consideraba apartarlo de su cabeza.

No le cabía la menor duda de que estar cerca de Edu no la beneficiaría en nada. El entorno masculino era lo suficiente tóxico como para afectar a quien simplemente le diera conversación. Es más, los problemas lo rodearían sin poder evitarlos, complicándose progresivamente sin disminución. Y, aunque con sus palabras la obligaba a alejarse, una vocecilla en su interior le reclamaba quedarse cerca, incluso en contra de su propia voluntad.

La situación, con la que había comenzado la vida en su nuevo hogar y de la que no podía escapar la iba frustrando con cada encuentro, con cada noticia de odio y violencia, con los sentimientos encontrados... No podía seguir así, no podía ser capaz de soportarlo. El chico debía seguir con su vida, siendo el «soldado» que el barrio conocía y así poder apartarlo de ella a base de odio y desprecio. O tal vez podía renunciar a cuanto había sido y...

—Apártalo de tu cabeza —habló en voz alta para intentar ser lo suficiente contundente para convencerse a sí misma...

Cuando esa tarde Edu entró con total confianza en el garito la tensión reinante poco tenía que ver con la encontrada el día anterior. Si entonces se había sentido leve y momentáneamente incómodo, ese día la carga ambiental lo golpeó como si en un ente material se hubiera convertido. Fue el instante más complicado que se podía recordar en el lugar durante bastante tiempo y con el protagonista más inesperado.

Las noticias corrían rápido en el barrio, sobre todo las malas, pero más deprisa se propagaban en el interior del garito. Cuando el muchacho comenzó a bajar por la escalera todos y cada uno de los «soldados» de la camada conocían la turbia historia que lo envolvía. Todos estaban al tanto de los detalles principales que habían sucedido y solo les quedaba enterarse del final, posiblemente dramático, de ese capítulo de la historia.

En el preciso momento en que Edu García, hasta entonces apreciado y admirado, pisó el garito las miradas se giraron hacia él, tal y como había ocurrido la tarde anterior, pero clavándose con una desconfianza inesperada e impropia en su hogar. Esa clara diferencia distinguía esas mismas miradas de curiosidad por saber quién era o sorpresa por el tiempo que había pasado de un rasgo más turbio. A Edu no le fue difícil distinguir, en los apagados ojos de cuantos le miraban, la retorcida esencia del reproche y la decepción. Nadie lo odiaba como solían hacer con muchos otros. Era complicado pasar de un extremo a otro en tan escasas horas. Había sido demasiado admirado para que, de la noche a la mañana, le dedicasen el odio que tan bien conocían. Pero sí que le reprochaban en silencio su comportamiento. Le censuraban sin concesión que los hubiera desilusionado hasta tal punto.

A medida que avanzaba entre sus compañeros y algún que otro habitual del lugar, un profundo silencio lo acompañaba, extendiéndose al último de los rincones del garito. Nadie hablaba desde que había hecho acto de presencia.

Las conversaciones se habían detenido en seco, perdiéndose el hilo de su argumento y olvidando dónde continuar, y solo esa ausencia de sonido, claramente de recriminación, reinaba en el local.

Edu mantuvo su imagen más digna mientras sus pasos aumentaban el ritmo. No estaba preparado para soportar ese silencio que lo agobiaba y esas miradas que parecían estar empujándolo sin tocarlo. Sus zancadas fueron largas sin llegar a precipitarse, pero alcanzando la puerta de la sala antes de lo que acostumbraba. Ahí fuera no parecía que tuviese mucho que hacer. No se entretuvo. Abrió la puerta y dejó atrás la parte principal del garito como un asustadizo conejo, disimulando con habilidad, que huía de algún carnívoro de mayor tamaño que no se atrevía a devorarlo. Penetró en la supuesta madriguera, sabiendo que más bien podía ser el horno donde ser cocinado.

No se sintió a gusto porque no había manera de sentirlo, pero sí se liberó de cierta sensación incómoda. Lo primero que se encontró, tal y como esperaba, fue la penetrante e inescrutable mirada de Toni. Desde el sillón, clavaba la vista en su amigo traidor y no la retiraría hasta que se marchase. Los rasgos duros de su rostro representaban un libro abierto donde explicar el estado de su espíritu.

Edu se dejó envolver por un nuevo silencio, muy diferente del que había dejado al otro lado de la puerta. Este parecía murmurar sin emitir sonido. No había recibido ni el menor atisbo de saludo por parte de sus compañeros y tampoco esperó algo similar del más orgulloso de ellos. Nadie le iba a dedicar una bienvenida esa tarde y, si no lo remediaba, tampoco ninguna otra. Bien sabía por qué, bien sabía cómo funcionaba aquello.

—¿Qué es lo que pasa ahora? —disimuló lo mejor que pudo, sintiéndose ofendido para ocultar su verdadero estado—. ¿A qué viene todo esto?

La única respuesta solo fue más silencio. Un silencio que parecía gritar con forma de inexistentes murmullos en sus oídos, amenazando con romperle los tímpanos. Semejante presión penetraba en su cabeza, devorando su mente y dejando un vacío a su paso. Y, además, esa mirada lo traspasaba. Le quemaba hasta el alma y pulverizaba su esencia. Hubiera querido engañarse con que no había sido consiente de dónde se metía, pero la verdad era que sabía que había entrado en la boca del lobo. Había accedido a paso descubierto y había quedado encerrado en las mandíbulas, que se cerrarían de un momento a otro sobre su cuello. Sentía que destrozarían su yugular, que le arrancarían la garganta...

—¿Me vas a decir qué está pasando...? —señaló hacia la puerta antes de acabar la pregunta—, ¿o tengo que salir a preguntárselo a ellos?

Ninguna respuesta. Solo más silencio, más miradas, más confusión reinando en la pequeña sala. Las risas de otro momento parecían llegar con un tenebroso eco, como viejos fantasmas en busca de su tormento. Edu no tenía miedo. Había aprendido a vivir sin temer cualquier peligro. No era tan miedoso como Monti ni como el resto de ellos cuando estaban ante Toni. Era la única persona de ese barrio que no se acobardaba ante ese duro «soldado» que tantas veces había sembrado el pánico, con él como brazo derecho. No había miedo para dirigirse cara a cara y decirle lo que fuera. Le sobraba valor para soltarle las cosas claras. Cuando llegaba ese momento, no se detenía ni se frenaba por precaución. No se acobardaría ni con Toni ni con ninguno de esos valientes que se habían ocultado en el silencio y las miradas de reproche.

—¡Joder, Toni! ¡Habla de una puta vez! —exclamó incapaz de seguir mirándolo a la cara.

—Te crees con derecho de entrar aquí después de lo que has hecho y gritarme a mí, ¡a mí! —Rompió su silencio, explotando como en él era costumbre—. ¿¡Quién te ha dado semejante derecho!? —La rabia de Toni tiró hacia arriba hasta hacerlo ponerse en pie, dispuesto a plantarle cara.

—¿Qué se supone que he hecho?

—Lo sabes perfectamente —afirmó sin permitir concesiones—. Deja de negar cosas que sabemos. Te crees que nos chupamos el dedo e intentas reírte de nosotros. ¡Maldito desgraciado!

—Supongamos que sé lo que he hecho —tampoco Edu iba a facilitar concesiones—. Quiero oírlo de tus labios, si es que no te resulta un problema decirlo. —Sabía dónde dar para poner las cosas difíciles—. ¿Qué he hecho, Toni? ¿Qué he hecho?

Sus miradas se mantuvieron firmes y clavadas en quien tenían delante. No parpadeaban, no se apartaban, no cedían... Toni apretó los dientes. La frustración siempre había sido un problema muy suyo. No quería pronunciar la acusación. No quería hacerlo contra Edu. Pero sabía que su amigo lo conocía lo suficiente y lo obligaría a hacerlo. Lo forzaría a ensuciarse la lengua repitiendo los lamentables hechos que se le imputaban.

—¡Habla, Toni! —lo presionó, preparándose para la explosión de ira—. ¿O es que no se me acusa de nada?

Ambos se encontraban cara a cara. La distancia había desaparecido. Estaban más cerca de lo que hubieran permitido a cualquiera. Casi podían

tocarse mutuamente sus narices. Las miradas profundizaban en los ojos opuestos. Saltaban chispas que amenazaban con quemarles los enrojecidos rostros. La situación se precipitaba hacia un desquiciado torbellino de emociones descontroladas y ninguna de ellas noble.

—No te oigo —recalcó cada una de las palabras.

—Eres un traidor, Edu —cedió con firmeza, pero en el trasfondo se percibía el esfuerzo que le había costado—. Eres un maldito traidor.

—¿De eso se me acusa? —cuestionó como si lo hubiera entendido—. ¿Y por qué?

—Has traicionado nuestros ideales.

—Pero... ¿por qué? —Seguía tensando la cuerda sin temor a que se rompiese de golpe.

—Porque confraternizas con una puta negra.

—Más puta es tu madre y no he visto que la des de lado.

Edu golpeó con sus palabras el punto donde sabía que más iba a doler. La información era poder y lo había usado con la contundencia que había aprendido entre esa gente. Dicha señora ejercía la prostitución desde hacía más años de los que recordaba, contra la vergüenza y la voluntad de su hijo. Semejante argumento era la réplica más dañina contra el descalificativo que había usado contra Bel.

La puñalada verbal fue tan afilada como profunda. Toni, dolido, no se contuvo más y se lanzó contra su camarada. Cargó con todas sus fuerzas, con una brusquedad temida en cada una de las calles del barrio. Edu lo conocía a la perfección y, esperándose la reacción, lo esquivó sin problemas. Había confiado en ser más rápido que el cabecilla, incluso arriesgándose a la posibilidad de fallar.

Toni no pudo frenar en su impulso y, descontrolado en su enfurecido movimiento, solo lo hizo al estrellarse contra la pared. Si le dolió no lo aparentó. Se incorporó en el preciso instante de chocar y se giró dispuesto a continuar con el asunto. Se lo vio más tranquilo, si eso era posible en semejantes circunstancias. Levemente sangraba por la nariz, pero apenas le importó.

—¿Por qué nos has hecho esto? —preguntó, intentando ignorar lo duro que estaba siendo Edu cada vez que hablaba.

—No he hecho nada.

—Has traicionado tus propios ideales.

—¿Y quién dice eso? —cuestionó, sabiendo que la situación no

mejoraría con sus palabras—. ¿Quién te ha dicho que de verdad son mis ideales?

La tensión del momento empujó a Edu a contestar de un modo relativamente inconsciente. No había pensado en esa respuesta, en esas preguntas que cuestionaban parte de su vida. Había hablado el eco interior de un muchacho tremendamente confuso. Esa voz que siempre había estado encerrada bajo la carcasa del nacionalsocialismo. No pudo manipular esa opinión que podía pertenecer a su confusión, a su alma, a su corazón...

—No digas tonterías. —Toni esperaba alguna excusa, alguna explicación sin sentido, pero no que pusiera en duda su propia existencia—. Eres uno de los nuestros. Eres mi camarada. —El silencio volvió a dominar durante un par de segundos que se hicieron muy largos—. No vuelvas a hablar con esa piba y todo quedará olvidado. Nadie se atreverá a echarte nada en cara. —Había abierto una puerta a la negociación—. Te doy mi palabra.

—¿Y qué le pasará a ella? —quiso saber Edu, conociendo cómo funcionaba el «negocio» y preocupado por esa parte del trato.

—Recibirá su escarmiento por ser una sucia negra en nuestro barrio.

—Así de fácil, ¿verdad? —Soltó una risita de sarcasmo—. Vale, de acuerdo. Ella es escoria... —fingió comprender—, pero igual que tiramos su basura, también tiraremos el resto de la que queda en las calles —ironizó Edu, acercándose a donde quería llegar.

—Por supuesto, eso haremos —aceptó Toni, alegrándose de llegar a un acuerdo—. ¿Lo ves? ¿Has visto cómo eres uno de los nuestros?

—Sí, pero empezaremos por tu madre. Si es una puta también debe pagar, ¿de acuerdo? —Lanzó la nueva puñalada.

—¿Eres un cabrón, Edu!

—¿Te das cuenta? —lo cuestionó antes de asistir a una nueva explosión de rabia—. Parece que cuando te incumbe tampoco sigues literalmente tus ideales.

—¡Déjame en paz, gilipollas! —En ese momento, sí que le odiaba y así quedaba reflejado en sus ojos—. Piénsate lo que te he dicho. La oferta no durará para siempre. —Todavía quería aferrarse a la esperanza—. Y ten en cuenta que si no estás conmigo estarás contra mí. Y si esto ocurre, sabes cómo trato a mis enemigos.

Un simple desplante bastó para faltarle al respeto, permitir que la herida quedase abierta y dejar clara su postura en el tema. Edu se giró con seguridad, abrió bruscamente la puerta y se enfrentó con fuerza y orgullo a las miradas

que lo esperaban en el garito. Abandonó la sala y cruzó la estancia hasta la puerta de salida. Antes de llegar a la calle se obligó a chocar con Monti, que dudaba sobre si bajar por las escaleras o abandonar el lugar.

—Muchas gracias..., «amigo» —ironizó con desprecio—. Ten en cuenta que si a ella le pasa algo yo mismo te sacaré el corazón. —Su mirada verificaba su amenaza—. Recuérdalo.

Edu lo empujó antes de marcharse y sin mirarlo de nuevo, haciéndolo caer al suelo. Allí quedó sentado, sintiéndose ridículo y abandonado hasta que su amigo de la infancia dejó atrás el local. Fue entonces cuando sintió que lo sujetaban por la espalda y lo levantaban con desconsideración. Al mirar, sorprendido y asustado de nuevo, se encontró con un Toni fuera de sí, que todavía sangraba levemente por la nariz.

—Tú has traído las felices noticias que a todos nos han alegrado la tarde —ironizó con frustración—. Por lo tanto, tú lo vigilarás durante cada segundo del día..., y más vale que no me falles...

El garito no tardó en quedar atrás, abandonado al principio de un nuevo camino. Edu había echado a correr en cuanto se chocó con la fría temperatura del exterior. Nada tenía que ver con el miedo ni con huir, ni siquiera con alejarse del lugar. Necesitaba desahogarse. Sacar fuera la carga emocional que lo ahogaba. La velocidad que alcanzó resultaba digna de admirar y lástima era que no fuera desarrollada en una pista de atletismo.

Las pocas personas, que se cruzó en su camino, se vieron obligadas a apartarse y dejarlo atravesar la acera como una flecha. Iba tan deprisa que no tenía tiempo de comprobar de dónde le salían a su paso. No chocó con nadie. Era respetado y contaba con cierta fortuna que lo mantenía intacto. De hecho, había salido de una pieza del garito después de desafiar a Toni con temeridad.

Sus piernas corrieron sin pararse por las calles, por las carreteras, entre la gente y los automóviles, atravesó de un punto al otro el parque y no se detuvo al ser víctima del cansancio al llegar a los desiertos esqueletos de los chalets. Y ni siquiera se paró allí, sino que cruzó la mitad del extenso descampado, hasta que cayó exhausto de espaldas sobre la silvestre hierba que crecía a su antojo.

Su mirada se perdió en el anochecer del cielo profundo mientras su pecho amenazaba peligrosamente con reventar. Su respiración ansiaba el oxígeno que le faltaba a su cuerpo y su pulso cardíaco parecía querer hacerse

escuchar en sus oídos. La humedad del suelo traspasó su cazadora de guerrero y, tumbándose por completo, sin fuerza ni intención, se dejó mezclar con la naturaleza libre, para formar parte de un todo superior...

La carrera le había agotado los músculos más que simplemente hacerle faltar el aire hasta derrumbarse sin energía de reserva, no había sido consciente de lo cansado que iba estando. La rabia y el odio eran un combustible muy rentable para conseguir las fuerzas suficientes y alcanzar la inestimable velocidad que lo había llevado hasta el lugar que pedía su mente. Se había autoabastecido con su propia necesidad.

Allí, olvidándose del dominio de la noche cerrada y el descenso progresivo de la temperatura, se dejó llevar por su estado emocional. Respirando el aire y agradeciendo el silencio tan diferente al provocado en el garito, pudo encontrar en un plano lejos de la realidad la esencia de Bel. Allí tenía fresco su recuerdo y eso era lo que buscaba, lo que necesitaba y lo que había organizado todo el lío que era su vida... Aunque, al contrario de lo que se pudiera pensar, no se arrepentía de nada.

La decepción se había convertido en una realidad y su vida hasta ese momento le parecía una mentira. Se daba cuenta de qué clase de amigos eran los camaradas «soldados» que juraban fidelidad a los suyos. Al menos los que lo habían rodeado en aquellas calles olvidables y ausentes de importancia. Ni siquiera le habían dado el beneficio de la duda. No habían intentado entenderlo, comprender por lo que estaba pasando. No habían movido un dedo por tenderle la mano.

Simplemente lo habían declarado culpable sin juicio ni oportunidad de defenderse. Le habían ofrecido un trato que, lejos de agradarle, le había ofendido. Por tratarse de él, o más bien del recuerdo de lo que había representado, tenía la opción de reconciliarse con los ideales impuestos a sangre y fuego en el barrio. Si en vez de tratarse de él le hubiera ocurrido a otro el propio Toni le habría ajustado las cuentas antes de dedicarle ni siquiera una maldita palabra. Lo habrían castigado con crueldad antes de que pudiera salir del garito. No le habrían dado tiempo ni a darse cuenta de que su sentencia era culpable. Esa era la justicia que defendían con orgullo.

Su espíritu se rebelaba al sentirse insultado por la basura que Toni pretendía que aceptase. No había trato que representase lo más mínimo si con ello debía dar la espalda a Bel. No formaría parte de las filas que acudirían como perros sarnosos a por ella. No encontraba significado a un ideal que terminase mostrándole el bello rostro de ébano tiñéndose de líquido escarlata.

Jamás podría ver esas suaves mejillas manchadas de sangre.

Nunca se había detenido a pensar fríamente en los ideales. Eran los principios que seguir y no los había cuestionado. La reciente duda lo había arrastrado al abismo. Por seguir sus supuestos ideales había pasado año tras año repartiendo palizas y metiéndose en líos innecesarios, en peleas que no venían a cuento, apaleando a gente desconocida y que no le había hecho nada. Incluso había perdido el control y había llegado a matar a una persona, involuntariamente, pero estaba muerta.

Además, había perdido a su amigo de cuando era niño por conducirlo a ese mundo que le había sorbido la mente. Monti había cambiado sin remisión, perdiendo el encanto que siempre había tenido a cambio de un respeto que era tan efímero como despreciable. No había valorado el alcance del odio. Jamás habría imaginado que, después de ser amigos desde siempre, no fuera a dudar a la hora de delatarle al instante. Esa era la camaradería que había aprendido, porque nunca podría considerarse verdadera amistad.

—Bel... —susurró como llamándola, solo por escuchar su voz nombrándola.

La jovencita lo repudiaba por ser lo que era. No lo aceptaba tal y como era. Lo consideraba injusto cuando era lo mismo que durante tanto tiempo había estado haciendo él. Con la diferencia de que además él los acosaba, insultaba, golpeaba... Eso era lo peor, que ella llevaba toda la razón. Cómo podía pretender que aceptase a un individuo que iba por el mundo sometiendo por la fuerza a las personas solo por ser de color, por ser árabes, por tener distintos gustos o por defender otros ideales políticos. ¿Cómo no lo iba a repudiar sabiendo todo eso?

Ese era su premio por ser un «soldado» tan creído y firme que la gente lo odiaba principalmente por los actos de los que se había sentido orgulloso. ¿Quería estar orgulloso? Pues que lo estuviese por ser el objeto del mismo desprecio que él había dedicado a tantos inocentes. Ideales... ¿Qué clase de ideales eran ir zurrando a la gente que era diferente? Y en ningún momento había sentido el menor escrúpulo.

Muchas personas tenían ideales y los defendían hasta el final sin recurrir a la maldita violencia. No se podía defender un ideal basado únicamente en el odio y la intolerancia. Si esos eran los verdaderos ideales, Edu renunciaba a ellos. Renunciaba a la dureza que inspiraba y al respeto que le tenían. ¿Qué clase de respeto era ese? No lo respetaban, simplemente le temían. ¿Para qué le valía eso...?

La verdad brillaba en la profunda oscuridad de la noche. Si sus supuestos amigos no lo aceptaban como era, ¿por qué razón debería seguir considerándolos amigos? Los camaradas no le ofrecerían amistad sin condiciones. Se acabó esa maldita existencia. Eso no era vida, eso no era nada. Quería una vida, pero una de verdad, una en la que si se daba cuenta de estar equivocado nadie lo amenazase, una en la que le permitieran elegir lo que considerase oportuno. Quería poder errar sin que el perdón ocasionase daño a terceras personas.

El camino elegido y seguido durante los últimos años, le había hecho ser un «soldado», pero era libre de seguir y elegir un camino nuevo. Tenía el derecho de escoger en qué creer, para optar por qué defender, para decidir qué debía hacer en cada momento de su vida. Nadie debía imponerle nada ni decirle y convencerlo: «esto es basura y a la basura se le apalea antes de barrerla».

La luz que lo había iluminado en el barrio esa semana le había enseñado que no era eso lo que quería y, de ese modo, renunciaba a cuanto había sido, a cuanto había formado parte y, sobre todo, a cuanto había afirmado creer. Anhelaba una vida nueva, una de verdad. Una existencia lejos de tanta sangre, lejos de la violencia y la intolerancia, apartado de un odio que lo devoraba todo... Necesitaba una vida donde, por encima de lo demás, pudiera elegir a quién amar.

Capítulo 8

EL IDEAL MÁS FUERTE

Aquel año de 1997 tuvo muchos días especiales, de fuertes emociones y acontecimientos que recordar, y un día más de tantos fue aquel. Las diez de la noche en pleno febrero presentaba la oscuridad cerniéndose sobre el barrio. Los nubarrones habían formado un tétrico techo por delante del cielo nocturno. La próxima tormenta amenazaba con descargar cuanto acumulaba, con violencia, de un momento a otro. No tardaría en llenar de agua el sucio suelo de las calles. Hubiese resultado ideal que la lluvia del cielo limpiase aquel asqueroso y olvidado rincón sin futuro de la capital.

La temperatura se había estabilizado formando un ambiente fresco. No hacía frío en exceso. Cuando llovía, no solía hacerlo en demasía. A Edu le iba a dar igual. Seguiría esperando en ese portal, que durante años ni siquiera había mirado y que durante los últimos días era el único lugar a donde quería acudir, aunque se le helase la sangre en las venas por las bajas temperaturas o ardiese en el infierno si apareciese el calor y se disparase. Ocurriera lo que ocurriera no se movería de allí, aguardando con esperanza, esperando con ansia...

Su vida se había convertido en un puzle después de volcar su caja. Las piezas debían ser colocadas cada una en su lugar y la confusión no le permitía centrar su atención para ponerse manos a la obra. Dar la espalda a cuanto lo había rodeado, lo había dejado sin apenas otra cosa que hacer, salvo esperar y al menos contemplar lo único que iluminaba su cabeza. Y, si tenía tiempo, rezar para que, una vez aceptado el camino adecuado, las circunstancias se enderezasen y fueran mejorando. Era lo único que le quedaba por buscar en el inminente horizonte, para bien o para mal.

A partir de esa noche llegaba a su fin la vida de «soldado» que en su momento erróneamente había elegido. Era el momento de dar inicio a otro tipo

de existencia, la cual debería haber seguido siempre. Su destino lo había conducido a un nuevo camino que, por mal que resultase, sería más honesto y honroso que el llevado hasta entonces. Quería pensar que estaba destinado y así lo aceptaba con satisfacción.

—¿Dónde estás...? —se dijo a sí mismo Edu mientras disimulaba que esperaba para no levantar sospechas.

Durante los años que coincidieron con su asistencia al instituto lo que más había admirado de la camada de Toni, a diferencia de otros entornos, era la supuesta amistad que los unía y, repentinamente y sin esperarlo, ahora se había dado cuenta de que entre ellos no existía ningún tipo de amistad sincera y desinteresada, sino todo lo contrario. Le habían demostrado desconocer el significado de esa palabra, de ese concepto, de la importancia que representaba... Habían resultado un fraude.

¿Dónde estaban cuando él, como amigo suyo, los había necesitado? Para él la amistad era ese lazo mágico que unía a dos personas y les facilitaba superar las adversidades con un apoyo mutuo. Consideraba amigos a esas personas que, ante una desgracia, ante un fracaso amoroso, ante un momento de flaqueza, siempre estaban ahí para tender su mano. Eran aquellas personas en las que nunca se dejaba de confiar, con las que uno podía desahogarse y a quienes, en muchas ocasiones en estado de frustración, se terminaba echando la culpa de cuanto pasaba y, a pesar de ello, lo soportaban, lo aguantaban y seguían ahí.

Siempre había considerado que Toni y compañía eran sus amigos, que los «soldados» eran buenos amigos. Durante los últimos años no había tenido ninguna duda al respecto. Afortunadamente, había despertado del engaño a tiempo de comprobar la realidad. Vivir una mentira producía una sensación de ridículo difícil de digerir. Esa gente no eran sus amigos y, después de lo sucedido, ni siquiera se acercaban a ello. Aun así, esto no era lo más preocupante. Lo peor era despertar de una pesadilla de embustes y darse cuenta de que no tenía ningún amigo. Se había convertido en un joven sin nadie en quien confiar. Estaba solo y esa era una circunstancia de lo más triste. Sin los «soldados» se encontraba abandonado. Era obvio que nadie más lo aceptaría después de sus tremendos actos. ¿Cómo soportaría una soledad a la que no estaba acostumbrado?

«Aún estoy a tiempo de volver con ellos...», pensó manteniendo el comentario en su cabeza y reafirmandolo con la posibilidad de tragarse sus palabras y volver con el grupo de Toni.

El lejano rugido del cielo interrumpió lo que podía a haber sido el principio de una duda. Tenía una razón más fuerte que el sonido que pareció romper el cielo. No cedería a las dificultades, no volvería a precipitarse por segunda vez en lo que había caído ingenuamente en el pasado. Su voluntad se veía reforzada por una razón tremendamente poderosa. Había descubierto que sí que existía un ideal en el que creer y que tenía, en esos duros momentos, de su parte. Se trataba del ideal más fuerte de todos y por el que iba a luchar esa misma noche.

La esperanza lo mantenía convencido de que Bel llegaría en cualquier instante y la determinación lo ayudaría a hablar con ella definitivamente, contando cuanto tenía que contar. Bien sabía que no podía seguir huyendo de un destino que lo perseguía. No podía dejar escapar un día más sin enfrentarse al mayor de sus deberes. Era consciente de que cuando uno se acostumbraba a huir terminaba huyendo el resto de su vida. No estaba dispuesto a convertirse en uno de esos individuos, mirando siempre atrás por lo que no se había atrevido a hacer. Debía hacerlo esa noche y enfrentarse definitivamente a sus fantasmas.

—Vamos... —murmuró, apretando los puños en los bolsillos de su pantalón.

El oscuro cielo de la noche, la inminente tormenta y las vacías calles de su barrio serían los testigos de la batalla más dura de su revuelta existencia. Iba a hacer frente a su momento decisivo. No se concedía el derecho a acobardarse. Nadie necesitaba explicarle que, con semejante decisión, estaba desafiando a esos que supuestamente eran sus amigos. Pero prefería enfrentarse a todos y cada uno de ellos que derrotarse a sí mismo por no hacer lo que deseaba.

Las batallas interiores que había mantenido a cada segundo eran las más duras, las más sangrientas y las que destrozaban a los hombres. Esa batalla, impulsada por sus dudas, era la peor, la más cruel que recordaba haber sentido. Había comprobado por las malas que las dudas quemaban a las personas y contaminaban el mundo de sensaciones que no siempre eran correctas.

—Las dudas son más crueles que la peor de las verdades...

La intensidad del pensamiento provocó que se escapase entre sus labios la cita de Molière. Lo había leído atropelladamente esa misma tarde, en plena vorágine de sensaciones, emociones y sentimientos cuando sentía la necesidad de derribar las paredes de su cuarto. Era la descripción de esas batallas que lo

amenazaban con arrebatarle la cordura. ¡Cuánta verdad se atesoraba en esas palabras!

—¿Se puede saber qué haces aquí?

La dulce voz de la muchacha negra segó la noche. Incluso con un tono reprobatorio, lo percibió como una musiquilla encantadora. Lo sacó de sus pensamientos bruscamente, pero ilusionando su sobresalto. Los primeros relámpagos iluminaban el cielo seguidos por los ruidosos truenos que le ofrecían su banda sonora. La tormenta, que se había esperado durante los últimos días y que tanto se había hecho de rogar, estaba a punto de marcar un hito en el barrio. Por contundente que pudiera ser, jamás alcanzaría la intensidad de la tormenta a la que debía hacer frente Edu. Esa sí que era un huracán a punto de barrer su propia existencia.

—Solo...

—No me lo digas. —Lo interrumpió la joven—. Solo quieres hablar conmigo.

—Esta vez quiero hacerlo de verdad.

—¿Y las otras eran de mentira? —Sin llegar a bromear, su ironía no resultaba lo ofensiva que debía ser.

—Escúchame, por favor...

—No. —Volvió a interrumpirlo—. ¿Cuántas veces te he dicho que no quiero hablar contigo hasta que...?

—...hasta que deje de ser lo que siempre he sido. —Fue Edu quien la interrumpió acabando la frase por ella.

—Sí. ¡Eso es!

—Ya no lo soy. —La declaración careció de cierta fuerza, pero lo subsanó enseguida—. No lo volveré a ser. Nunca me volveré a relacionar con ellos.

Un nuevo relámpago iluminó la calle, como si por un instante se hiciese de día. El impacto de aquellas afirmaciones fue más fuerte que el trueno que resonó cercano. Bel recuperó el aliento al costársele la respiración por un segundo. No pudo evitar buscar una vez más esos ojos vacíos que no se apartaban de ella. ¿Cómo podían estar tan faltos de vida? Al contemplarlo no fue un violento racista lo que vio. Por primera vez en esos pocos días se encontró con un chico. Solo un chico normal y corriente a punto de recibir un aguacero sobre su cabeza.

—Tú me dijiste eso —recordó inquieto—. Tú me lo aseguraste.

—Sí..., ¿y qué? —dudó Bel sin saber exactamente lo que estaba

sucediendo.

—He luchado por eso —reconoció para volver a repetir lo mismo—: Tú me lo aseguraste.

Bel afianzó su mirada como si quisiera y pudiera entrar en su mente y resolver la confusión que la había abordado como una tempestad en mitad del océano. La sorpresa había restado firmeza a su distante posicionamiento y le costaba mantener su fría actitud. El latido de su corazón se había acelerado por una emoción completamente diferente al miedo, la rabia o el rencor. Le producía un estremecimiento que la debilitaba.

—¿Has dejado de ser un «soldado» solo para hablar conmigo? — consiguió preguntar sin salir de su asombro.

—No. Claro que no —contestó—. Por querer hablar contigo me he dado cuenta de que no podía ser algo en lo que no creía.

Su explicación afirmó un trasfondo más profundo que el simple hecho de hablar con ella como única causa. Un imperceptible tembleque en las que parecían unas palabras firmes denotaba la especie de un sentimiento que luchaba por salir al exterior. Bel sentía la proximidad de ese sentimiento que no conseguía ubicar en semejantes circunstancias. La última semana había sido rara y extraña, pero ese instante provocaba que su mundo se volviese del revés.

—Edu, no acabo de comprenderlo.

Fue incapaz de guardárselo para adentro. No podía resistir el aturdimiento de su mente sin compartir la sensación. No comprendía nada y, menos que nada, el latido tan especial de su corazón. A cada respuesta del chico lo entendía menos y se sentía más entregada a una historia descontrolada. Se perdía en una acumulación de suposiciones mientras sentía que las emociones tomaban el control.

—Sé que nunca me perdonarás... Sé que tú nunca lo harás.

La confianza y la fuerza que había empujado a Edu a salir de su casa en busca de esa confrontación se desvanecieron en su espíritu como el silencio en cada trueno. Después de años de orgullo y firmeza se sintió un niño endeble y vulnerable. La voz le salió con un eco temeroso, pero surgiendo directamente de su corazón. Su mirada había caído al suelo, como un peso muerto, y apenas lograba levantarla para hablar.

—¿Por qué no? —reaccionó a la defensiva, intentando sacar algo en claro—. ¿Tú qué sabes?

—Lo sé —respondió con una seguridad devorada por la resignación—.

Nunca me perdonarás. Sé que no lo harás.

La jovencita, por mucho que lo intentaba, cada vez entendía menos la situación planteada por ese chico. Llegaba a atisbar ser el retorcido objeto de un complicado sueño surrealista. La cuestión era que estaba convencida de mantenerse despierta, asistiendo al derrumbamiento de un joven, duro y orgulloso, ahogado en el pesimismo más radical. Necesitaba que le explicase algo, que diese la clave para comprender un mundo que iba dando vueltas a demasiada velocidad.

—¿Qué te pasa, Edu? —Fue lo único que pudo decir, lo único que salió entre sus labios—. ¿Qué te está pasando?

—No me vas a perdonar, Bel. Nunca me perdonarás.

Los ojos de Edu se mostraron, con toda sorpresa, cargados de lágrimas. El entorno se distorsionaba en una mirada acuosa. Un nudo de extraña agonía le bloqueaba levemente la garganta y descartaba terminar ahogado por la facilidad con la que salía continuamente el mismo mensaje. Parecía no escuchar a la muchacha, repitiendo y transmitiendo un mismo significado, sin razonamiento salvo el provocado por los remordimientos y el pesimismo.

—¡No lo entiendo! —Bel se impacientaba, mezclando rabia y miedo por desconocer qué iba a suceder—. ¿¡Por qué ese interés en que te perdone!? —exclamó rozando el alarido. Los nervios tiraban de ella sacándola de quicio. Los acontecimientos se escapaban de su comprensión—. ¿Por qué, Edu? Dime... ¿¡por qué!?

—¡Porque te quiero, Bel!

El grito de Edu sirvió de respuesta y pareció enmudecer el mundo que los rodeaba. La tormenta aceptó la tregua y entregó un silencio que invadió la calle. La mente de Bel repetía, una y otra vez, con un profundo eco, la confesión que había estallado en sus oídos. La dificultad para asimilar tal sentimiento se desvaneció contemplando las lágrimas masculinas. El amor reventaba cualquier atisbo de lógica en aquel olvidado barrio de la capital.

—Te amo, Bel —declaró, obligándose a encontrar cierta e innmerecida paz—. Te quiero de verdad.

La muchacha se sintió incapaz de hablar. Incluso la intención de hacerlo le pareció fuera de sus posibilidades. Las palabras no solo morían en su garganta, sino que no terminaban de encontrar significado en su conciencia. Sus labios parecían haber quedado sellados, a pesar de mantenerse con la boca levemente abierta. Creerse lo que acababa de escuchar le resultaba un logro de magnitudes desproporcionadas.

—¿Qué...? —sonó más a sonido gutural que al inicio de una pregunta inteligible—. ¿Qué has dicho? —Se esforzó, suponiendo haberse equivocado.

—Solo he dicho... que te quiero.

Ningún «soldado», por duro que hubiera sido, se encontraba ajeno a un alma vulnerable. Edu fue presa de un torbellino sentimental y, aún más inesperado, un par de lágrimas se deslizaron por esas facciones que, no hacía mucho tiempo, habían mostrado dureza y seguridad. Dichas lágrimas podían haber sido causadas por la tensión, pero realmente se debieron a la carga emocional que había desmontado su vida. No se podía fingir lo que trasmitía, no podía fingir lo que sentía. ¡Estaba amando!

—¿Cómo puede ser posible? —Bel no esperaba que fuera él quien contestara a esa pregunta—. Así, de repente..., te has levantado hoy queriéndome. —La muchacha encontraba excesivas adversidades para mantener un hilo lógico en la conversación.

—Te he querido siempre, Bel —explicó como si de una sentencia se tratase—. ¡Siempre te he querido!

La profunda declaración se le escapó sin poder contenerla dentro. Era demasiada la intensidad para que no encontrase la forma de surgir al exterior. Su voz resonaba fuertemente cargada de vehemencia emocional, con el eco arrastrado desde un espíritu desarmado. No existía interpretación que se acercase tanto a la realidad que su alma había entregado. Solo escucharle bastaba para descartar cualquier posibilidad de que estuviera mintiendo.

—¿Por qué tantas dudas entonces? —La incertidumbre y la curiosidad se entremezclaban anhelando respuestas que disuadieran tanta confusión—. ¿Por qué entonces no abandonaste tus «soldados» en un principio?

—No lo sé... Dudas, orgullo... —Se encontraba tan confuso como ella—. Costaba darse cuenta de que nada era lo que parecía. —Negó con la cabeza mientras se encogía de hombros, inquieto y desesperado—. Nunca había sentido nada tan fuerte y lo único que me quedaba era mi estúpido orgullo.

—Entonces mantén ese orgullo —le aconsejó, intentando encontrar el significado en la recuperación masculina—. Sigue con tu vida a base de ese orgullo. Aguanta, Edu.

—Se ha acabado, Bel. Se ha terminado todo eso. Se ha acabado para siempre. —Sacó las manos de sus bolsillos—. Hay sentimientos que derrotan al orgullo y, sin duda, este es el más fuerte.

—¿¡Por qué me estás haciendo esto!?! —se quejó amargamente con su

melosa voz femenina—. No puedes hacerme algo así.

—No intento hacerte daño, no quiero hacerte nada malo. —Temió asustarla más que nunca—. Pero no me puedo guardar lo que me está ahogado. Te lo he dicho. Así es, te quiero, te amo... —Cada una de sus palabras iba cargada de un sentimiento que no creía llevar dentro—. Pero no temas. Por favor, no te asustes. Te juro que, si lo deseas, hoy será la última vez que te moleste. No me volverás a ver. —Había amargura en esa indeseada posibilidad—. Pero antes necesito chocar con la realidad por última vez.

—¿Qué realidad? —aguardó Bel lo peor, incapaz de imaginar algo normal.

—Necesito oírtelo una vez más. —Le costaba asumir la posibilidad más pesimista, aun teniendo claro que no podía ser de otra forma—. No pasará nada si me dices que desaparezca para siempre. —La mueca de su rostro solo podía inspirar lástima—. Pero, por el contrario, si...

—¿El qué!? —exclamó la muchacha ante la pausa y el silencio roto en el ambiente.

El fuerte corazón de quien fuera un radical guerrero de la calle se revolucionaba con un ritmo que parecía golpearle el pecho desde dentro. Sujetó el escaso valor que le iba quedando y se aventuró a levantar la mirada. Se alivió al contemplarla y recibir la respuesta de la habitual mirada soñadora. El vidrioso brillo de esos ojos femeninos le dio alas para lanzarse a su propio precipicio.

—Bel... —susurró, deteniéndose para tragar saliva y que la voz pudiera salirle—, necesito una realidad..., una realidad donde no me apartes de tu lado.

El bonito rostro de la muchacha se tensó bajo la noche con un contundente sentimiento agrídulce. Sus rasgos sufrieron una metamorfosis, recalcando la profunda seriedad de su alma. Edu respiró, calmó mínimamente su impaciencia y distinguió la reacción femenina. No podía más que prepararse para lo que era normal, pero que para él resultaría el golpe definitivo en su descenso a los infiernos. Su corazón amenazaba con estallar en el instante menos pensado. El denso silencio que los envolvía desde su confesión parecía envolverse en su cuello con la única intención de estrangularlo. Las cartas habían sido extendidas sobre la mesa y los segundos de espera se iban volviendo interminables.

—Edu —habló Bel, ganando voz a medida que salían sus palabras—, siempre he querido pensar que eras un ser despreciable... —comenzó a

explicar, obligándose a la calma—, pero lo que has hecho, no sé cómo decirlo, por mí... —contuvo la respiración por un segundo—. Renunciar a lo que había sido tu vida, eso es increíble. Es admirable, pero...

—Pero no, ¿verdad? —Su mirada se derrumbó con el insostenible peso de la resignación.

—No es tan fácil —se excusó, siéndole difícil encontrar la forma de explicarlo—. Lo que quiero decir es que hay mucho más en juego. Si te permito estar a mi lado, si me mantengo al tuyo... te estarás jugando la vida.

—Me da igual —añadió Edu. No necesitaba que nadie le dijese los riesgos que asumía—. No me importa jugármela si es por ti.

—Pero yo no sé si quiero que te la juegues.

—No me hagas esto, Bel. —No había manera de excusar que cuanto salía por su boca fuera una súplica—. Nunca he hecho nada en lo que verdaderamente creyese, al menos, en lo que creyese por mí mismo. —Negó enjugándose las lágrimas—. No estés a mi lado por ti, pero no lo hagas por mí —le pidió desterrando el egoísmo de su corazón—. Déjame hacerlo. Déjame jugarme la vida por lo que importa. Déjame jugármelo todo por ti..., por favor.

Bel negó lentamente con su cabeza. Sentía la fría brisa acariciar cada una de sus suaves mejillas, sonrosadas no solo por el efecto de la temperatura. Podía negar las circunstancias o la confusión de su conciencia o el significado del peculiar latido de su corazón..., o negarlo completamente todo y pensar que estaba enloqueciendo. Un par de pasos eliminó la distancia que los había separado desde el principio. Un abismo entre mundos. Se plantó delante de un muchacho de aceptable fuerza física y que, ante ella, se estaba derrumbando desde dentro. Ese chico le hablaba en serio y ella no podía hacer menos.

—No puedes imaginarte lo complicado que es esto... —murmuró con sinceridad—, pero no puedo evitarlo.

La jovencita lo miró, contemplando el inmenso vacío de sus ojos mientras le declaraba sus intenciones. Se enganchó a esa mirada y, sin poder remediar la tentación, se entregó a esa posible locura. Sus labios rozaron los suyos y lo besó. Lo hizo sin pensarlo y como nunca lo había hecho antes, mientras un escalofrío recorría su cuerpo. Dio y recibió un contacto que le supo a una maravilla desconocida. Lo abrazó por el cuello y volvió a besar unos labios que resucitaban. Lo hizo con tal calma, con tal dulzura, que pareció que la tormenta se disolvía en una leve y suave brisa primaveral.

El beso fue profundo, muy profundo..., entregado, sensible, real,

inigualable. El destino había protagonizado un giro inesperado en los acontecimientos. ¿En qué instante se produjo el giro? No importaba, a ninguno le importaba. Solo tenía sentido ese contacto único que hacía triunfar unos ideales por encima de otros. Todo por lo que quería luchar lo sentía en esos sensuales y deliciosos labios femeninos.

Edu sintió que era la primera vez que lo besaban. Su mente le sugería que los anteriores besos solo habían sido simulacros de intentos fallidos que nunca alcanzaron un instante como ese... Esa boquita le hipnotizaba el alma y se entregó respondiendo al abrazo. Sintió el delgado y agradable cuerpo de la joven apretarse con su tórax ejercitado. La belleza de suave ébano lo había sorprendido ofreciéndole el ancla con la que sujetarse a la realidad, donde sentir lo que nunca había sentido y que multiplicó la satisfacción al percibir que era una emoción real, un sentimiento sincero, un ideal suyo... El amor triunfaba, una vez más, sobre la intolerancia y el odio.

—¡Joder, suéltala!

El grito rompió la noche con tal angustia que inconscientemente se soltaron. Dieron un paso atrás como si les diese corriente y quisieran evitar cualquier riesgo. Apenas se rompió el contacto, sintieron la necesidad de retomarlo de inmediato. La inesperada intervención de Monti rompió un instante envuelto en una mística alentadora. Bel se apartó un paso más mientras Edu clavó la mirada en el obsesionado «soldado» que se interpuso entre ambos.

La jovencita desvió la mirada de uno al otro, inquieta y nerviosa en una situación en la que no sabía qué hacer. Había pasado de estar en la gloria a caminar sobre ascuas. La dulzura que había plagado la situación se había tornado en tensión, en una agobiante presión ambiental. Contempló como los tres se miraban mutuamente, sin dejar la vista quieta y temiendo que las circunstancias estallasen al menor descuido.

—Vete, Monti —pidió Edu—. ¡Vete de aquí!

—No me iré sin ti —negó agitado—. Aquí no haces nada.

—Este es mi sitio. Aquí es donde lo hago todo.

—Vuelve a casa con nosotros. Eres uno de los nuestros.

Monti buscaba entre sus recuerdos más cercanos las fanáticas arengas de Toni. Esa propaganda que había querido creer para sentirse parte del grupo. Su voz pretendía ser firme y autoritaria, pero sonaba lloriqueante a pesar de no llorar. Bel comprendió que los últimos sucesos dolían más de lo que debían a ese individuo y, a pesar de la amargura que se respiraba, no pudo menos que

alegrarse al comprobar que Edu no le había mentido.

—No sé dónde estará a partir de ahora mi casa... —dudó el muchacho—, pero este es mi lugar y de aquí no me voy a mover.

—¡Eres uno de los nuestros! —gritó desesperado.

—No lo soy. ¡Y ojalá no lo hubiese sido nunca! —rugió Edu tan fuerte como los truenos.

—Eres un «soldado» —le repitió Monti como si hacérselo oír sirviese para romper el hechizo que lo había apartado de ellos—. Siempre lo has sido y siempre lo serás.

—No quiero discutir. Estoy harto de tanta hostilidad. —Intentaba mantener el control—. Te equivocas, Monti. No lo seré nunca más. No lo soy ahora y me empiezo a preguntar si verdaderamente lo habré sido en algún momento.

—Estás diciendo tonterías.

—¡Lo vuestro sí que lo son!

—¿Dónde vas a estar mejor que con los tuyos? —Esa era una pregunta para él mismo—. Con nosotros la gente te respeta.

—No es verdad —negó Edu, mirando a Bel antes de seguir hablando—. No se nos respetaba, se nos temía... Y eso no merece la pena. Quiero que la gente me respete por algo de verdad, por algo de lo que sentirse orgulloso. El respeto verdadero dura siempre, el miedo no. Siempre llega un momento en el que los demás echan valor y ese miedo deja de tener importancia.

Esas palabras fueron música con la que endulzar los oídos de Bel. Lo miró con sus ojos soñadores, entregándole una mirada encantadora que iluminó la noche a su alrededor. Ni ella hubiera podido explicarlo de mejor manera. El latido de su corazón se mantenía vivo, bombeando por ese muchacho que la había atraído a su lado oscuro y, repentinamente, la había enamorado con su parte más noble.

Edu sintió el contraste entre lo que ella le ofrecía y la imagen de su antiguo camarada cerrando los puños. Se dispuso a hacer frente a cualquier posibilidad. Se encontraban en una tesitura tan tensa que cualquier chispa terminaría encendiendo la mecha de un incendio mal contenido. Si Monti tenía la mala idea de implantar la fuerza lo reduciría y le quitaría rápidamente las ganas de seguir siendo un pandillero racista.

—Pero, Edu..., ¿y tus ideales?

—Precisamente son los que estoy defendiendo ahora mismo.

—¿Cómo puedes cambiar tanto después de todo? ¿Cómo puedes

cambiar en tan poco tiempo? ¿Cómo puedes verlo diferente después de matar a un chico? —cuestionó sin pretender acusarlo.

—Fue un maldito accidente —murmuró Edu, afectado por la realidad—. Tú mejor que nadie sabes que lo fue.

—Pero lo mataste... —acosó Monti, sintiéndose igual que hacía sentir a su compañero de infancia.

—Llevas razón. Tal vez nunca debía haber intervenido —reconoció cayendo en la resignación—. Debía haber dejado que te matara. Seguramente, de esa manera, el mundo hubiese salido ganando —añadió sin llegar a desear que hubiese muerto.

—Éramos amigos...

—Lo éramos hasta que demostraste no serlo. Traicionaste mi confianza. —La carga emocional dañaba por igual a ambos—. ¿Cómo pudiste contárselo a Toni?

—Habías traicionado mis ideales.

—Madura, Monti —lo increpó con una sonrisa mezcla de ironía y dolor—. Piensa desde cuándo son esos tus ideales y desde cuándo éramos amigos. ¿Qué de las dos cosas estaba primero?

Bel escuchaba a Edu atentamente, pero observaba al otro con detalle. Lo veía dudar y frustrarse, cerrar los puños y tensarse, desencajarse los rasgos de su cara mientras gruñía compungido... Lo pasaba mal necesitando una vuelta de tuerca que era incapaz de dar. La jovencita sentía que habían sido amigos y que, una vez más, la semilla del odio intolerante rompía algo que valía más que ello.

—Me intentas convencer, quieres comerme el coco... —balanceaba la cabeza para convencerse—, pero no traicionaré a Toni.

—No me importa lo que hagas. Eso debes elegirlo tú solo. —Edu recuperó el paso con que se había alejado de Bel. Quiso cubrirla mejor—. Y espero que a ti tampoco te importe lo que haga yo. Déjame en paz, Monti.

El poco agraciado «soldado» apreció el movimiento que realizaba su viejo amigo. Incluso él pudo diferenciar el punto débil de Edu. No lo iba a convencer con la propaganda racista ni lo doblegaría atacándolo directamente. La única posibilidad de cambiar su manera de pensar residía en dirigir el ataque contra la negra. Ella era la culpable de todo y en ella encontraría la cura para el mal infringido.

—Esa negra te está dominando y debería ser al revés. La supremacía blanca debe prevalecer sobre las razas inferiores. Se debe esclavizar a esa

zorra oscura de mierda.

Edu sintió que le hervía la sangre y que sus músculos se tensaban, preparándose para el combate. No estaba dispuesto a permitir que le faltase al respeto. Fue a contestar cuando Bel le quitó de en medio dando un paso hacia delante. Ella misma, llena de valor, hizo frente al acusador. Se detuvo a menos de dos metros de ese pobre diablo y lo miró directamente a su fea cara.

—Te es muy fácil meterte conmigo en un lugar donde la mayoría de la población es blanca como tú, ¿verdad? —El valor de esa jovencita seguía siendo asombroso. Para hacerla callar tendrían que taparle la boca y aun así no se dejaría—. ¿Te sientes muy valiente? Eso es lo que tú entiendes por valentía. Todos contra mí y así no podéis perder, ¿no? Podéis consideraros los más valientes, los más fuertes y estar orgullosos, pero no valéis ni una parte de lo que creéis.

—A mí no me dirijas ninguna palabra con esa sucia cara negra —la insultó sin argumentos con que rebatirla.

—Claro que mi cara es negra, y estoy orgullosa de ella. Por el contrario, no creo que tú puedas estarlo de la tuya —atacó Bel, sintiéndose mal por ser tan cruel, pero harta de tanto insulto gratuito—. Eres lo más feo que me he echado a la cara. ¿Cómo vas a comprender lo que Edu pueda sentir? Con esa cara nunca sabrás lo que es que alguien te ame. —Apretó los dientes, queriendo callar, pero incapaz de contenerse—. A ti sí que te tenían que eliminar por ir por la calle asustando a los niños con tu fealdad.

Edu escuchó el incendiario veneno verbal y asistió a la ofensa que encendería la chispa. Contempló como Monti hacía intención de dirigirse a por ella y, rápidamente, se interpuso en su camino. El «soldado» volvió a retroceder con cierta precaución. No quería enfrentarse a él, temía ser aplastado sin opción por unas manos amigas. Conocía la superioridad de su compañero de infancia y que lo derrotaría de antemano.

—Te has dejado obsesionar por todo ese rollo de los ideales —lo acusó Bel, menospreciando su actitud—. No te engañes. Tu grupo no cree en ideales. Ser uno de vosotros solo vale para que la gente os tema, para sentirse importantes. —Parecía conocerlos de siempre—. Simplemente os creéis más duros que nadie por el simple hecho de llevar la cabeza rapada e ir en grupo para fingir valentía.

—No me importa que puedas estar en lo cierto —descartó la razón, ignorando la posible discusión de argumentos—. Lo único que sé es que te odio, y esa es la verdad que me importa. ¡Te odio, puta negra!

—Te vas a tragar cada una de las palabras que estás diciendo —lo amenazó Edu, dando un paso hacia delante con los puños cerrados.

—Deja que diga lo que quiera. —Lo frenó Bel, actuando a tiempo—. Su corto coeficiente no le permite ver la verdad. Tampoco le deja formar frases que no lleven un insulto para apoyarlas —se defendió con fuerza suficiente.

—Estoy harto de escucharte. Quiero hablar con mi amigo, no contigo.

—Aquí no tienes ningún amigo —avisó Edu con frialdad—. Me avergüenzo de ti.

—No puedes acabar de golpe con nuestra amistad. Siempre hemos sido amigos.

—Retomaremos nuestra amistad cuando dejes de ser un «soldado». —Puso en práctica la misma estrategia que había sufrido por parte de la jovencita—. Incluso podré perdonarte.

—Nunca dejaré de serlo.

—Muy bien, como quieras. No puedo obligarte —aceptó manteniendo en calma su temperamento—. Sé, y lo sé por experiencia, que un día saldrás de la maldita burbuja del grupo racista y te darás cuenta de que te has quedado solo, de que nadie te apoya y de que nadie lo hará...

—Te equivocas.

—Me he equivocado muchas veces, pero esta no es una de ellas.

—Siempre te he admirado, siempre fuiste una persona especial, pero ahora...

—No necesito que me admires. No necesito que un donnadie como tú, que nunca ha conseguido nada sin ayuda de los demás, me admire. —La situación lo obligaba a ser duro y forzar que ese individuo flaquease—. Y no soy especial, pero tú tampoco. No eres nada, Monti, y nunca lo has sido.

El «soldado» recibía las palabras como puñaladas que se hundían en su carne. Solo la fanática idea de agarrarse a unos ideales que le servían de cortina de humo lo ayudaba a resistir con un orgullo inexistente y una dignidad que desconocía. Apretó los dientes en un gesto de furia y sus puños se cerraron lo más fuerte que pudieron. La ebullición de unas circunstancias que lo superaban se materializó, impulsándolo contra su amigo. Saltó cegado por un deseo de acabar con ese instante.

Edu intuyó el ataque, tan desesperado como ineficaz. Apenas se había iniciado, estaba preparado para recibirlo. No le costaría reducirlo y hacerse con el control. Su confianza le daba la razón, pero de repente sus expectativas se rompieron como el cristal. Monti lo sorprendió con un giro imprevisible,

atacando directamente a la chica. La estrategia era buenísima, demasiado para haberla protagonizado él y solo terminó fallándole la condición física. No estaba a la altura de semejante esfuerzo. Antes de llegar a la jovencita Edu se había interpuesto entre cazador y presa.

Lo cerca que había estado Bel de sufrir la agresión fue un manotazo para la soberbia del muchacho. Se sintió decepcionado consigo mismo y pagó la frustración con Monti. Con el primer golpe le partió el labio, llenándole la boca de sangre. El segundo llevó a que la rodilla se clavase en el estómago, doblándolo como un muñeco de trapo. El tercero resultó definitivo, bastando para dar con los huesos del atacante contra el frío suelo de la calle.

—No sigas...

Edu sintió la voz como una delicada sujeción que le impedía alterarse. Bel quiso poner fin a tal violencia gratuita. Sintió lastima por el joven derrumbado. No podía consentir que Edu volviese a ser arrastrado por ningún tipo de odio. Monti los observó desde su ángulo de visión, en lo más bajo de la calle. Lágrimas mudas caían por sus mejillas hasta mezclarse con la sangre que burbujeara en sus labios. Escupió un diente mezclado entre líquido color escarlata y, del modo más surrealista, estalló en carcajadas. Fue del modo más repentino y menos esperado. Rio de un modo inmotivado, como si hubiese visto u oído la anécdota más graciosa del mundo.

Sus desquiciadas carcajadas se extendieron en la extensión de la noche, con la barbilla babeando sangre y los ojos llorosos. El sonido de una supuesta felicidad contrastaba con una imagen triste y desamparada. No sabía si alegrarse o entristecerse ante una situación que lo iba lapidando. Era un muñeco de trapo, desvalido y abandonado, relleno de la frustrante confusión del derrotado.

—Qué buena pareja hacéis —volvió a reír sin coherencia alguna—. Un traidor y una zorra, un racista y una negra... Sois la pareja de mis sueños.

—Estás loco —no pudo reprimir Bel.

—¿De qué te ríes, Monti? —exigió Edu, inquieto por esas carcajadas que le inspiraban lo peor—. ¡Maldita sea! ¿¿De qué te ríes!?

—Me río de ti —contestó de un modo desquiciado—. De lo feliz que estás con tu nueva piba. —El tono triste se confundía con la risa nerviosa.

—¿Eso es gracioso?

—No... —negó con la cabeza, rompiendo a llorar—. Mientras vosotros estáis aquí, orgullosos del triunfo del amor, mientras que os abrazáis y os besáis, mientras me miráis con desdén..., el hermano de esa puta está pagando

por tu traición.

—¿Qué tonterías dices...? —cuestionó Edu, conociendo la fatídica respuesta y siendo consciente de que la noche conllevaba malos presagios.

—Toni lo va a machacar.

—¿Y tu hermano? —preguntó a Bel, inquieto y nervioso, a punto de perder la paciencia—. Dime dónde está tu hermano.

—Debería volver ahora del club de atletismo. El autobús lo deja dos calles más abajo —contestó ella a punto de llorar, sin hacerse una idea concreta, pero temiéndose lo peor.

—¡Por dios!

El alarido de Edu agonizó con la noche cerrándose sobre su sentimiento de culpa. No podía permitirse el lujo de perder ni un solo instante. Sus piernas actuaron, adelantándose a sus pensamientos y provocando el explosivo impulso de una carrera enfrentada al tiempo. O se daba prisa, desconociendo qué le sucedería, o el pobre, y sin culpa, Manuel recibiría la furia descontrolada del odio y la frustración de Toni. Su velocidad tenía que demostrar, en ese horrible momento, que ciertamente valía para algo más que recibir inútil alabanzas. Si no...

Capítulo 9

SOLDADO DE MUERTE

Edu García no siempre había corrido como era capaz de hacerlo en los últimos años. No se podía afirmar que esa velocidad fuera innata en el muchacho. No siempre había sido suya. Tampoco había ido desarrollándola durante los tiernos años de la infancia. Más bien, había sido todo lo contrario. Jamás había destacado en el aspecto físico, careciendo de ese conjunto de virtudes deportivas que habían terminado haciéndole destacar. Durante sus años de EGB, sin duda, había sido el peor de los chicos en la clase de educación física. En alguna ocasión, había sido superado por las chicas más deportistas.

Ante un panorama semejante, llegó el día que la calamidad se superó a sí misma. Su condición física se hundió todavía más, aunque pudiera creerse que era imposible. Padeció una enfermedad extraña y poco conocida que necesitó de un fuerte tratamiento. Quedó en un estado de cansancio continuo, sin apenas fuerza e incapaz de realizar ningún despliegue que implicase algo más que arrastrar los pies para moverse de un lado a otro. Eran muchas las pastillas que debía ingerir al cabo del día y, en su mayoría, demasiado fuertes para su corta edad. Consumían su vitalidad infantil e ir de su habitación al cuarto de baño representaba un increíble esfuerzo, lento y costoso.

Cuando la extraña enfermedad remitió, el tratamiento fue retirado de inmediato y, poco a poco, Edu se fue poniendo en forma. Lo que le ocurrió resultó de lo más increíble, más habitual de aparecer en cualquier suceso típico de alguna historia fantástica que de la vida de un joven de ese barrio. Realmente no existía una explicación científica para encontrar la posibilidad lógica de argumentar aquella diferencia.

Tal vez se tratase de algún cambio durante su desarrollo o, simplemente, del amor propio y la fuerza de voluntad que puso en las actividades físicas

después de haberse visto tan mermado. El caso fue que, a partir de ese momento, Edu sintió en su interior una sorprendente energía, convirtiéndose en uno de los mejores deportistas del instituto. La resistencia y la velocidad fueron sus cualidades más destacadas, dignas de estar orgulloso. Sin olvidar su gran capacidad de salto. Marcas como tres mil setecientos metros recorridos en doce minutos o los cincuenta metros en apenas seis segundos habían causado el reconocimiento de los profesores de educación física que habían ido teniendo el lujo de calificar con un sobresaliente sus notas deportivas. Sus compañeros de clase no habían sido ajenos a admirar su estado de forma, tanto como el carisma que fue descubriendo poseer.

Edu había dado un relativo valor a todo aquello, complacido, pero sin sentir que fuera demasiado, y nunca pensó que alguna vez iba a necesitar esa potencia, si no más, que albergaba su interior. Jamás había pensado que tanta energía no le fuera a resultar suficiente. Desgraciadamente, esa noche se veía obligado a hacer acopio de cuanta le fuera posible, y en ello estaba, sintiéndola insuficiente para alcanzar su objetivo.

El antiguo «soldado» cruzaba las calles como una gacela pateando el asfalto. Como si uniese la velocidad del relámpago y la potencia del trueno, rompía la brisa de invierno a su paso. No había razón justificable para permitir que un inocente pagase por cuanto él había hecho, por lo que él había decidido, por lo que él sentía... Nada en todo aquello era justo. La propia vida no era justa, pero por esa vez debía impedir su injusticia. Estaba convencido de que iba siendo hora de que alguien intentase poner esa justicia que faltaba en un mundo tan cruel como el humano. Ese mundo se estaba viniendo abajo, pedazo a pedazo, y ellos, lejos de impedirlo, colaboraban en su destrucción.

La cabeza, levantada con necesaria urgencia, se exponía a cualquier sorpresa que le reservasen las sombras. Su vista se clavaba en el frente, penetrando en el viento que se partía a su paso y contemplaba como, metro tras metro, la avenida llena de sombras iba quedando atrás a una velocidad que solo él en el barrio podía alcanzar. Era el más rápido del lugar. Era un relámpago terrestre en la baja noche.

Sus desarrollados brazos, en el típico movimiento de atrás hacia delante para favorecer la inercia, golpeaban la nada provocando un dinamismo en su cuerpo mortal que lo empujaba hacia delante, que le exigía llegar con premura, que lo obligaba a no hacerlo tarde... Sus puños cerrados se apretaban con tal fuerza que amenazaban con clavar los tensionados dedos en la palma de sus

manos. Se teñirían de sangre de igual modo que quedarían si no llegaba a tiempo. Más justo sería mancharse con la sangre de un antiguo «soldado» que con la de un pobre inocente.

Cualquier observador anónimo se encontraría con la dificultad, de habérselo propuesto, de contemplar sus imparables piernas. Enfrascadas en la urgente carrera contra el tiempo, dejaban constancia de ser la parte más poderosa de su cuerpo. Su parte más llena de vida, de energía, de potencia..., de necesidad. Los pies se clavaban a cada paso en el cemento maltrecho de la calle, sacando del mismo suelo el impulso de potencia que lo lanzaba disparado en su alocada cabalgada.

—¡Vamos...! —bufó en su hora de mayor necesidad.

Por las calles de ese humilde y olvidado barrio, oscuro y silencioso, corría un ser humano que, en un tiempo no muy lejano, formaba parte de él, y si se esforzaba serían suyas la agilidad, la potencia, la resistencia..., la pura esencia de la velocidad. Y, más importante todavía, recientemente había descubierto que su corazón, encaminado en su verdadero sendero, resultaba más grande, más poderoso que cualquiera de sus cualidades físicas. Había dejado de ser un destacado guerrero racista, para convertirse en, simplemente, pero no menos importante..., Edu García.

La proximidad de la tormenta y la fría temperatura había espantado a la gente de salir a la calle si no les era estrictamente necesario. Después de días avisando y sin terminar de llegar, dicha tormenta se dejó caer definitivamente. La lluvia, en estado de rabia mal contenida, rompió la aparente calma tensa de la noche. Las gotas de agua retumbaron al estrellarse contra el pavimento, provocando un escándalo apoyado por los truenos que sonaban como salvajes gritos de guerra. En escasos minutos, tal fue la intensidad de la lluvia que se formaron charcos, demasiados, deslizándose el agua por las calles hasta saturar las alcantarillas. Los relámpagos decoraban visualmente los cielos nocturnos, iluminando el oscuro barrio que se hundía en las tinieblas.

La calle, torturada por las inclemencias meteorológicas, sufría la ausencia de los habitantes que merodeaban durante el día. Si en pleno febrero no solía mostrarse apenas gente por esas calles, a tales horas, las pocas personas que se atrevían a desafiar al frío se habían quedado en casa, evitando el castigo que recibirían a cielo descubierto. Solo con aventurarse a poner un pie bajo la noche terminarían empapados de pies a cabeza. La escasa luz de

las maltrechas farolas traslucía el manto lluvioso que parecía derrumbarse arrastrando consigo el propio cielo.

Uno de los numerosos autobuses que tenía su origen en el centro de Madrid irrumpió desde el cruce más cercano, salpicando la acera de la derecha con el giro de las aceleradas ruedas. A partir de esa hora de un autobús al siguiente el tiempo se veía progresivamente aumentado hasta acabar su jornada bien entrada la noche. Un par de ellos eran los únicos que se mantenían con horario especial en la madrugada y la ruta resultaba tan solitaria como empezaba a ser desde ese momento.

A mitad de calle se erguía el alto y rojo poste que señalaba la parada. Aguantaba el aguacero, luciendo los malos tratos de pandilleros que pagaban sus frustraciones con el mobiliario urbano. El punto exacto donde el transporte público debía parar se desvió ante la mala visión desde el parabrisas. No se detuvo en el lugar exactamente señalado, pero un metro más o menos, no era motivo suficiente para quejarse. Bastante se quejaba esa tormenta. El conductor emitió su queja personal en su fuero interno, sin demostrarlo abiertamente. Gustaba de presumir de las veces que se detenía con exactitud. Esa noche se conformaría con no derrapar en alguna curva, a causa del asfalto mojado, y terminar volcando el vehículo.

Manuel saltó del autobús verde a la calle, salpicándose en el primer charco que se encontró. A pesar de ser un prometedor atleta, no era lo suficiente rápido para evitar el llanto que le caía encima. En cuanto sintió la primera gota se tapó con la capucha de un impermeable, orgulloso de lucir los colores del equipo de atletismo. Un instante bastó para sentir su cabeza húmeda. Se tomó unos segundos, resguardado bajo la marquesina, de cristales rotos y pintadas distorsionadas, que se mantenía junto a la parada. Se abrochó correctamente, con cierta premura, protegiendo el chándal que llevaba debajo. Cuanto más lejos mantuviese la ropa húmeda de su cuerpo menos posibilidades tendría de coger una pulmonía que frenase su entrenamiento.

—Negrito —se escuchó de la nada una voz irónica y cantarina.

Manuel se sobresaltó, abandonando su quehacer con un impulso. Miró y buscó en el oscuro y lluvioso entorno que lo rodeaba. Con la escasa luz de la única farola en funcionamiento le resultaba imposible distinguir algo más que sombras sin sentido. Si realmente alguien se mantenía escondido en cualquiera de los numerosos rincones sin luz no lo encontraría desde su posición. Sin ver nada, pero inquieto, giró sobre sí mismo en claro movimiento de defensa, de protección, de supervivencia... Un temor alejado de lo irracional lo empujó a

prepararse para hacer frente a quien hubiese pronunciado la burlona referencia a su color de piel. Rodeado de dificultades, se aseguró de encontrar una única salida. Fuera quien fuese el que se escondía en las sombras estaba seguro de que si lograba echar a correr no conseguiría alcanzarlo.

—Negrito —volvió a sonar la voz, más clara y burlona que antes.

El muchacho no renunció a la idea que se le formaba en la cabeza. La pesadilla se le echaba encima en la noche más desapacible. Conociendo de la existencia de un grupo racista en el barrio, no le cabía la menor duda de que eran ellos quienes lo acechaban desde esos rincones. Y si no eran ellos, se trataría de otros parecidos. Esquivarlos eternamente era imposible, pero el inevitable encuentro se presentaba demasiado pronto.

—¿Has recogido mucho algodón hoy, negrito?

La voz no perdía su tono cantarín, a pesar de elevarse para hacerse escuchar por encima de la lluvia. Se burlaba como si de un juego se tratase y lo insultaba sin ninguna consideración ni respeto, recurriendo a crueles tópicos intemporales. Era consciente del maltrato psicológico que representaba semejante maniobra, alargando una espera cuyo final, por desgracia, terminaría llegando sin que fuera tan en broma.

—Si tan valiente eres, ¿por qué no sales y das la cara? —se aventuró a decir, mirando de reojo su posible vía de escape.

—Muy buena idea, negrito.

Una nueva voz sustituyó a la anterior. Sonó falta de canturreo, gracia o ironía... Seria y ruda, precedió al movimiento en las sombras. De uno de los rincones oscuros, surgió un individuo con la cabeza rapada, una frente infinita y unos ojos redondos, rebosantes de odio, que dejaban escapar una mirada cínica y salvaje. Era un cúmulo de músculos reforzados para castigar a los seres inferiores.

A la dramática aparición de Toni le siguieron en bloque las del resto. No se trataba de uno, sino de varios, como era costumbre en ellos. De los distintos rincones oscuros surgió un «soldado», sin que ninguno tuviese buenas intenciones. Manuel llegó a contar ocho, o al menos ahí abandonó la cuenta. Fue tristemente consciente de que haciéndoles frente sus posibilidades de salir ileso prácticamente no existían. Cuerpo a cuerpo, ocho contra uno, era una pelea en las antípodas de la igualdad. Por desgracia presentaban el número suficiente para rodearlo completamente, anulando la posible salida que había preparado para huir. Estaba atrapado y no le quedaba opción salvo resignarse.

—No te hagas ilusiones —corroboró Toni como si pudiese leerle los

pensamientos.

No cabía duda de que el cabecilla seguía siendo un estratega lo suficientemente hábil para no permitir que quedasen cabos sueltos. Se había encargado de que ningún error provocase la escapada de la presa elegida esa noche. Disfrutó saboreando la decepción de ese negro, atrapado y listo para el castigo. Esa noche la caza era un asunto personal y la satisfacción era proporcionalmente inversa al margen de error que podía consentir.

—Por mucho que puedas correr nunca tendrás la oportunidad.

El primero de los «soldados» que se había dejado ver y que transmitía llevar la voz cantante avanzó con su aire de perdonavidas, firme y amenazante, hacia el atleta de color. Apenas dos pasos por detrás caminaba otro individuo inmenso. Más grande que el primero, pero sin resultar tan temible a pesar de su tamaño descomunal. Mauri cubría la retaguardia de su líder con excepcional eficacia. Los demás, lentamente, iban recortando el espacio de la víctima, cerniéndose sobre su persona como hienas hambrientas.

—Sois muy valientes. Nunca os había imaginado con tanto valor — habló el hermano de Bel aguantando el tipo—. Me asombráis, me...

—¡A callar! —lo interrumpió Toni, elevando la voz sin llegar a gritar—. Yo sí que me quedo cada vez más asombrado de lo larga que tenéis la lengua los de vuestra indeseable raza. —Sonrió maliciosamente, relamiéndose con el inminente momento—. Afortunadamente, eso tiene solución: solo tengo que arrancártela.

Lo inevitable no se hizo esperar y un repentino puño golpeó violentamente la mandíbula de Manuel acompañando la última palabra. Surgió entre la lluvia e impactó tan fuerte que Manuel llegó a pensar que se la había desenchajado de su sitio para facilitar arrancarle la lengua. La fuerza de Toni era considerable, pero no llegaba a tanto, salvo con un golpe de fortuna. El hermano de Bel no había visto ni de refilón la llegada del ataque. Simplemente lo había sentido. Aquella gente estaba preparada para infringir dolor con su propio, deshonoroso y cruel arte de la guerra.

—Ah..., nunca entenderé por qué hacéis esto —habló escupiendo con asco sangre en la bota del agresor jefe.

Toni se dispuso a contestar con algún humillante chascarrillo, pero se tomó un instante para mirar su calzado manchado. No le importaba semejante afrenta cuando se sentía tan superior. Lo enorgullecía teñirse con la sangre de sus sucios enemigos. Además, no debía preocuparse por ocultar a su madre su deber divino como les sucedía al resto de sus compañeros. La puta que lo

había parido y que en su niñez había llamado mamá no le diría lo que tenía que hacer. Ella vendía su cuerpo a cualquiera que le pusiera unos billetes en las manos. No tenía ningún derecho a mostrarle una escala de valores.

—¿No lo sabes? —Sonrió con una mueca burlona—. No me extraña. No estáis preparados para pensar —comentó con la única intención de que el resto escuchase la humillación—. No te preocupes, yo te lo explico.

Raúl recorrió la poca distancia que le quedaba, deseoso de hacerse notar en la tarea, e intervino sujetando por detrás al acorralado negro. Necesitó de la ayuda de Álex ante su corta estatura frente a la envergadura que debía abarcar. Entre los dos consiguieron mantenerlo inmovilizado. En cuanto forcejease les costaría no dejarlo suelto, aunque por la cuenta que les traía, mejor sería que no mostrasen su torpeza a Toni.

—Hacemos esto porque no aprendéis a quedaros en vuestro lugar —volvió el cabecilla a su discurso, golpeando de nuevo la cara del atleta universitario—. Lo hacemos porque sois animales. —Volvió a golpearlo—. Porque sois bestias de carga. —Le martilleó la zona una vez más—. Porque en vez de pariros, vuestras madres os cagan en las pocilgas. —El nuevo impacto acertó en el ojo derecho del indefenso muchacho—. Porque os creéis reyes fuera de vuestras salvajes tierras de cerdos. —Esta vez le alcanzó el ojo izquierdo—. Porque venís a nuestro país a mancharlo. —El estómago tampoco se libró de su ración de castigo—. Porque sois mierda que hay que limpiar. —Le incrustó la rodilla en el vientre—. ¡Porque vuestras putas hembras corrompen a nuestras colegas!

Una rápida serie de puñetazos, alternando izquierda y derecha, acabaron partiendo el labio superior y el inferior, junto con la ceja izquierda. Manuel se sentía incapaz de encontrar un ápice de fuerza. Sentía la boca llena de sangre y su ojo hinchado estaba cubierto por una cortina de líquido rojizo. Álex sintió que se le revolvía el estómago y prefirió soltarlo que arrojar las entrañas por la boca. Raúl fue incapaz de sujetarlo por sí solo y Manuel se derrumbó sobre el suelo mojado, ante la imposibilidad de sus piernas de seguir sujetándolo. Dio con su cara en un charco, que de inmediato se tiñó de rojo escarlata.

—Deberías haber controlado a la zorra de tu hermana —despreció Toni—. Acabad con él. —Permitió, apartándose de lo que seguidamente iba a ser un juego fácil de pataleo—. Procurad dejarlo vivo. Quiero que diga a su puta raza lo que les pasará a quienes se atrevan a venir a nuestro barrio —clamó por su mensaje—. Dale recuerdos a tu puta hermana...

—¡Quietos!

Más que un grito fue un alarido a la desesperación. El mandato tronó por encima de la noche, en plena tormenta, vibrando por el esfuerzo y la lluvia. Resonó más que el propio trueno que reclamaba protagonismo en la lejanía. Tal intensidad llevó a que todos y cada uno de los embravecidos «soldados» se quedasen quietos, sorprendidos y fríos, y volviéndose hacia el origen del grito. Nadie les increpaba y menos aún les provocaba una inesperada parálisis emotiva.

La mirada colectiva de odio, inyectada en sangre, contempló a quien habían considerado uno de los mejores entre ellos. Una fina película de sudor cubría su piel, disimulada por el agua que lo empapaba de la cabeza a los pies. Edu se encontraba firme, orgulloso y seguro de lo que debía hacer. Estaba haciendo lo necesario. Había llegado tarde a pesar de su velocidad, pero al menos a tiempo para detener lo peor. Otra cosa era cómo iba a salir de aquello. Su silueta se erguía ante sus antiguos camaradas mostrando una postura de poder absoluto, de ser justo en medio de la injusticia, de defender lo que la propia vida defendía...

Alex se había rehecho para contemplar a ese muchacho. No pudo remediar admirar su valor, posiblemente más que nunca. Su compañero no se achicaba ni cuando la situación se presentaba tan poco equilibrada a su favor. Irradiaba una inquebrantable fuerza ante un enfrentamiento de ocho contra uno. En el silencio de sus pensamientos supo que no sería así. La lucha se limitaría a siete contra uno. Por mucho que dijese Toni, el más joven de los «soldados» no movería un solo músculo contra una persona que, por delante de ideales, había considerado su amigo.

Los patriotas radicales formaban un par de irregulares líneas por delante. No se habían movido de sus respectivos lugares, plantado en medio. Y, aun así, las miradas de Edu y Toni se estrellaron mutuamente, colisionando en un conflicto más allá del mundo material y disimulando una tormenta menor en pleno aguacero. Los demás parecían no estar en aquella parada de autobús, en aquella calle, en aquel barrio... Era como si nadie más existiera y solo ellos dos estuvieran en varios kilómetros a la redonda. La fuerza contra la velocidad, los ideales de la razón contra los del corazón, el odio contra el amor...

—No seas gilipollas, Edu. —Lució Toni su sonrisa más cínica—. Márchate.

—Sabes..., sabes que no lo haré —respondió recuperando el resuello.

—¿Estás seguro de lo que vas a hacer? —le preguntó Toni desafiante,

sabedor de que ganaría, de que Edu no tenía posibilidad ante la fuerza del número, de que no tenía nada que ganar en esa disputa.

—Aunque no lo creas, nunca he estado tan seguro de algo. —La firmeza lo acompañaba y la justicia estaba de su lado—. Tan seguro como de lo mucho que me alegro de no ser como tú.

—¡Qué iluso! Fuiste igual que yo. —Apretó los dientes—. Y, aunque te quieras engañar, siempre lo serás.

—Tu soberbia te hará reventar. —Escupió Edu las palabras—. No te confundas. Afortunadamente, me he dado cuenta de que no nos parecemos. —Solo se miraban ellos dos—. Eres un maldito fanático. Me equivoqué al serlo, pero nunca es tarde para rectificar. Solo eres eso, un fanático... —afirmó, echando un vistazo al resto—, como todos los que te siguen.

Como buenamente pudo y aprovechando la pasividad de sus agresores, Manuel se incorporó luchando contra los silenciosos alaridos de dolor que soltaban sus músculos. Nadie le prestaba atención y resultó un alivio que estuvieran sumidos en la conversación de reproches de su líder. Pudo haber huido oculto por las sombras, pero se llenó de valor para lentamente llegar hasta el lugar que ocupaba su inesperado defensor.

—¿Estás bien? —le preguntó Edu en un tono inaudible y girando la cara cuando llegó con esfuerzo hasta él.

—Creo..., creo que he estado mejor —bromeó doliéndose de los golpes y magulladuras.

Necesitó apoyarse en el capó de un viejo automóvil para mantener la estabilidad y no dar de nuevo con sus huesos contra el suelo. Se mantuvo junto a Edu, pero mostrando poca capacidad para hacer frente a las adversidades venideras. No era excusa. Por dolorido que estuviese, si tenía que sacar sus últimas fuerzas para apoyar a quien lo había ayudado, así lo intentaría. Haría todo lo posible por lograr salir de allí de una pieza. Tarea harto difícil.

«De perdidos, al río», pensó, escupiendo la sangre de su boca y mostrando un amago de sonrisa, resultado de la tensión y el temor.

—Te has hecho un sucio amigo de los negros, un maldito amante de las negras... —se metió en la conversación Raúl, descubriendo la envidia que siempre le había tenido—, serás tratado como todos ellos.

—Nunca dejarás de ser un bocazas —le respondió Edu sin amilanarse—. Atrévete a castigarme tú.

Raúl aceptó el desafío, sin pensar en la confrontación real e ignorando las consecuencias. La desconocida sensación de sentirse por encima de Edu y

la adrenalina del momento lo disparaba hasta un erróneo estado de capacidad. Se lanzó hacia el camarada caído en desgracia, con furia y descontrol, y encontrándose con poco más que el frío aire de invierno. Edu lo esquivó con la facilidad que le permitía su sangre fría: aguantó el instante para apartarse del ataque, así de fácil. Contraatacó golpeando directa y contundentemente la cara del guaperas de medio pelo.

Edu lo agarró antes de dejarlo caer. Pesaba más la bravuconería de sus palabras que el valor de su persona. Sosteniéndolo con desprecio golpeó, una vez tras otra, el rostro de semejante individuo. No era más que una cara atractiva. En cuanto percibió que los demás se disponían a intervenir les lanzó el cuerpo vencido de su mal amigo, de su compañero de ligoteos, de su camarada indeseable... Raúl precisó de la ayuda de los «soldados» para no hacer el ridículo, derrumbándose en el lugar donde había caído Manuel.

—¡Hijo de...! —se interrumpió al sentir el sabor de la sangre—. ¡Mi cara! ¡Me has destrozado la cara!

No había que ser demasiado sabio para conocer que ese era el punto donde más le dolería. Edu sabía que sacaría más satisfacción dañando su orgullo que martirizando su cuerpo. Nada le dolería como aquello. Lo condenaba a mirarse cada día al espejo y contemplar las secuelas de unos golpes dados con justicia. Alguna cicatriz, soportando el paso del tiempo, representaría el recuerdo de su actitud deplorable. Lástima no haberle roto, con un poco de suerte, la nariz. Aun así, la sangre le salía abundantemente por los orificios nasales ahogando sus palabras al alcanzar su labio partido.

—Ahora no le gustarás tanto a las guarras que te follas. —Edu estaba dispuesto a llegar al final de ese asunto—. Que vean en tu cara lo que escondes en tu alma...

—¡Dejémonos de tonterías! —rugió Toni, cansado de ese juego y avergonzado de la derrota de su camarada—. ¡Machacadlo!

La costumbre marcaba que ante semejantes gritos de guerra la camada se lanzaba en tromba contra el objetivo, sin escrúpulos ni consideración. Esa noche, bajo la violenta lluvia de la tormenta, nadie se movió al escuchar la orden. Nadie dio un paso hacia delante, ese paso que llegaba a intimidar. Y nadie tensó su cuerpo a pesar de estar rígidos por dentro. Habían escuchado, pero no reaccionaban como tal.

Toni hubiera querido gritar de nuevo, pero la sorpresa de sentirse ignorado, posiblemente por primera vez en su vida reciente, no lo sacaba de su asombro. Había dado una orden y nadie actuaba, reaccionando cohibidos

como no se los conocía. No se creía la quietud que tenía ante sus ojos. No podía tratarse de una cuestión de miedo. No podían tener ese temor, tantos contra uno, sin contar al negro. ¡Eso era imposible!

El tiempo parecía ralentizarse mientras para él los segundos trascurrían más rápido de lo habitual. Y mientras la secuencia seguía igual. Nadie se atrevía a moverse. La escena le parecía un cuadro mal pintado en una dramática atmósfera de podredumbre y lástima. Los supuestos dibujos, distorsionados por el aguacero, no daban ninguna sensación de movimiento. ¿Hasta qué punto podían temer a Edu?

—¿¡Qué mierdas está pasando!?! ¿¡No me habéis oído!?!

Su rabia mal contenida emuló, bajo la tormenta, la fuerza de los truenos, incapaz de seguir reprimiéndola dentro de su indignada alma. Toni avanzó con agresivas zancadas y braceando de manera exagerada hasta situarse delante de ellos, inmóviles y confusos. A empujones, intentó forzarlos a reaccionar, sintiendo que no eran más que bultos que evitaban caer, pero que no respondían a las intenciones impuestas.

—Toni... —lo llamó Edu.

—¡Tú cállate! —le señaló antes de volverse de nuevo hacia sus camaradas—. ¡Solo dos y uno de ellos es un negro que está para el arrastre! —gritó señalándoles—. ¡Malditos cobardes! ¿¡A qué tenéis tanto miedo!?!

Ninguna palabra se escuchó como respuesta y ningún movimiento se atisbó como reacción. Nadie habló, nadie se movió, nadie reaccionó a los empujones de Toni. Raúl quiso y Mauri estuvo a punto, pero el primero había tenido bastante y el segundo se lo pensó por un instante y retrocedió de nuevo. Si sus compañeros no lo hacían, tal vez fuera mejor que él tampoco lo hiciera.

—Toni, esto debe acabar —habló Edu sin recibir la menor atención.

Manuel sentía como el dolor de su cabeza no le impedía estar asombrado. Le costaba creer la situación surreal que lo rodeaba. No entendía que siendo superiores en número y capacidad no cargaran sin miramientos contra ellos y los barrieran contundentemente de una vez por todas. ¿Qué estaba sucediendo? Nunca había pasado por algo así, ni siquiera había escuchado un suceso similar. Jamás habría sido capaz tan siquiera de imaginarlo.

—¡Escoria blanca! ¿¡Qué cojones os pasa!?! —La frustración lo convertía en un perro rabioso que iba a más, aumentando a cada segundo—. ¡Vergüenza os debería dar! ¿¡Tanto miedo tenéis!?!

—No... —defendió su propio orgullo Alex—. ¡No es miedo!

—Entonces, demuéstralo —rugió tormentosamente—. Hazle pagar, ¡atácale!

—No cuentas conmigo para eso —volvió a hablar el más joven de los «soldados»—. No voy a poner ni un solo dedo sobre Edu.

—¡Defiende tus ideales, maldita sea!

—Si para defenderlos tengo que pegarle no lo haré —se negó sin ninguna duda—. Esto no está justificado.

—Es un amante de los negros —pronunció con desprecio—. Si no se lo haces pagar, no digas que eres un patriota.

Toni descendía, fuera de sí, en una espiral de descontrol. El empujón que le dio a Alex fue más fuerte que los anteriores. El jovencito estuvo a punto de caer y solo la agilidad de la juventud lo impidió. Sin dejar de mirar al que consideraba su líder, retrocedió. No se veía miedo en sus ojos, sino decepción. Se situó entre Edu y Manuel y, orgulloso, se irguió ante él. Se arrancó la cazadora de su cuerpo y la lanzó contra el suelo. Bajo el cielo de la noche se pudo apreciar como uno de tantos símbolos nazis quedó hundido en el charco que mantenía el leve rastro de la sangre inocente.

—Eso es un insulto —le reprochó ofendido y agitado.

—¡Pues ahí tienes tu falso patriotismo! —le gritó ajeno a la fría lluvia que empapaba su camisa—. Si para demostrártelo tengo que pegar a un amigo renuncio a ser un «patriota» y a todos tus malditos ideales —habló con la dignidad de una persona adulta.

—Te juro que te arrepentirás —lo amenazó Toni, apretando los puños—. Siempre supe que solo eras un niño.

—Y yo me he dado cuenta de que no eres más que un amargado con aires de grandeza que no vale para nada... —se defendió convencido de sus palabras—, igual que tus «soldados».

—¿Y qué mierdas eras tú?

—Solo era un seguidor de Edu, valoraba su amistad —sorprendió con sinceridad—, era lo único que valía la pena de este grupo.

Semejante confianza para lo único que sirvió fue para calentar hasta el límite a Toni. Un contundente golpe en sus partes nobles hubiera sido asimilado mejor que esas palabras. Su orgullo sufrió un daño irreparable y definitivo, y su dignidad reaccionó inyectando más rabia a su actitud, más ira a su comportamiento... ¡Estaban arrastrando sus sagrados ideales por el fango! ¿Es que nadie era fiel a sus principios? Primero lo traicionaba Edu y ahora Alex, ¿quién sería el siguiente?

—¿¡Cuántos traidores más hay!?! —cargó contra el resto—. ¿¡Y vosotros qué!?!

—Yo..., nosotros estamos contigo... —se interrumpió Marc, incapaz de expresarse de tal modo que sonase lo mejor posible.

—Pero no moveremos ni un solo dedo contra Edu —sentenció Mauri, más simple que su compañero, y repitiendo el mensaje de Alex.

—¡Panda de traidores! —bramó Toni, al verlos retroceder con las últimas palabras—. No me hacéis ninguna falta. ¡Lo haré yo! —exclamó salvaje en estado de ira—. ¿Yo te ajustaré las cuentas! —gritó lanzándose hacia el culpable de semejante secesión.

El líder de los «soldados» atacó en un impulso furioso y golpeó con contundencia la cara del que fuera su amigo. No siempre se lo había visto desahogarse con toda su fuerza. Edu había caído ante el impacto y le costó levantarse. La conmoción provocó que volviese a recibir otro golpe, y luego otro, y otro, y otro... Todos con una violencia impropia en quienes estuvieran unidos por un lazo de supuesta amistad.

Cuando, sacando fuerza de voluntad, Edu consiguió mantenerse de pie con esfuerzo, Toni demostró nuevamente ser rápido y estar dispuesto a acabar con aquello. Alcanzó una vez más la cara de su contrincante con un duro puñetazo, sin contenerse lo más mínimo. Edu consiguió no caer al suelo y el intento de retroceder no bastó para evitarle un impacto a la altura de su estómago, que lo dobló como si de una bisagra se tratase. El siguiente puñetazo en su barbilla lo ayudó a estirarse de un modo de lo más doloroso.

Edu se encontraba al borde de ser noqueado y, de ocurrir, Manuel estaría perdido. Retrocedió recibiendo y esquivando golpes a partes iguales. Así no podía seguir. Se obligó a revolversse y, en un golpe de fortuna, logró alcanzar a su agresor en plena cara. Más por sorpresa que por fuerza, logró derribarlo. Lo sujetó tirando de él hasta levantarlo. Edu logró desplegar una serie de puñetazos buscando el hígado y el estómago, seguidos de un par de impactos con la rodilla. Había pasado al ataque y su oportunidad era mantenerlo a la defensiva si quería aguantar. El «soldado» presentó signos de debilidad y, al verlo aturdido, lo soltó. Tomó carrerilla, buscando saltar y golpearlo con una patada en pleno vuelo...

Toni no parecía un joven débil, ni mucho menos lo era. No se había ganado su reputación de esa manera. La fortaleza que presentaba era una fiel imagen de la que realmente atesoraba. No se recordaba la última vez, si es que existía, que hubiera sido derrotado. Los golpes recibidos no habían sido

repartidos con la fuerza suficiente, y se necesitaba más que esos escasos intentos. Esquivó al renegado y, aunque no fácilmente, contraatacó con rapidez.

Edu no fue consciente de su fallido ataque y, antes de comprender qué sucedía, sintió una explosión en su cerebro. No se permitió asumir que había sido alcanzado por un puño americano y que el daño podía ser considerable. Una brecha se abría en su cabeza rapada. Simplemente reaccionó por instinto, soportando el dolor y lanzando su puño que, tras atravesar el frío ambiente de la noche, hizo contacto con la nariz del fanático líder.

Toni recibió el impacto y, a pesar de no emitir quejido alguno, salió trastabillando hacia atrás, hasta chocar con el cristal de la parada. La superficie transparente estuvo a punto de quebrarse, pero la rápida recuperación del joven facilitó que aguantase. Agitó la cabeza como si quisiera retirarse un leve aturdimiento y de inmediato dio un paso hacia delante. Sintió y soportó el dolor en su cara. Llevó las manos a la nariz, palpándose la zona dolorida y separándolas cubiertas de tibia y pegajosa sangre. No le fue difícil comprender que el sucio traidor le había roto el tabique nasal.

—Cabron...

El murmullo, soltando salpicaduras escarlatas desde sus labios, bastó para cuestionar su fortaleza. En ese instante no parecía tan duro como se creía en el barrio. Sangraba en abundancia, sentía el dolor en intensidad, se quejaba en susurros y no era ni mucho menos invulnerable. Desgraciadamente, tal vez se le podría vencer, pero era evidente que no se detendría ante nada, no se rendiría ante él. Atacó enrabiado, golpeando un par de veces los abdominales del camarada renegado y forzándose a descargar su frustración en pleno tórax.

Edu tuvo que mantenerse firme para ser capaz de absorber el tremendo impacto. Le ardió el pecho como si se le fuese a partir y retrocedió tambaleándose. Abría la boca en busca del aire necesario para respirar, que le había sido violentamente arrebatado. Dolorido y mareado se obligaba a no perder el contacto con una realidad que lo martirizaba. Cayó de rodillas sobre el mojado suelo y hubiese querido quedarse ahí para recuperar el aliento, pero su rival no le concedería semejante tregua.

Toni no necesitaba conciencia ni pensamiento lógico. Su única meta era acabar con su adversario y la fuerza de voluntad tiraría de él hasta lograrlo. No perdió el tiempo en satisfacer su ego con un instante de triunfo y levantó a

su enemigo por el cuello. Sus dedos se cerraron, firmes y tensos, como si su mano fuera una tenaza. Edu se ahogaba con la ausencia del aire que quemaba sus pulmones. El radical lo miraba desquiciado, luciendo entre la sangre de su cara su temible y cínica sonrisa. Disfrutaba al diferenciar, en la oscuridad de la noche, como la tez de su rostro adoptaba un peligroso color violáceo.

El barrio se volvió borroso alrededor de Edu. Sus calles, sus gentes, sus miserias... La realidad se alejaba de su cuerpo y el ahogo y el dolor dejó de tener significado. Iba a perder, iba a ser derrotado. La hermosa imagen de Bel llenó su instante y solo el deseo de volverla a ver le fue importante. ¡Quería verla de nuevo! No supo cómo lo hizo, pero antes de darse cuenta se había zafado de la sujeción. Su pierna apartó al contrincante, alcanzándolo en la barbilla y se escabulló, buscando de nuevo recuperar el aire necesario.

—No vas a salir de esta...

Toni acompañó su amenaza con un esputo sanguinolento que quedó en la acera. Antes de volver a la carga. Levantó a Edu y lo lanzó bruscamente contra el suelo. El golpe fue extremadamente fuerte, pero el enamorado de Bel también había destacado por ser un joven duro. Logró levantarse a duras penas, olvidando los rápidos movimientos de minutos antes y sustituyéndolo por un esfuerzo eterno. En su lugar, quedó un charco teñido de carmín. Cuando el líder fue nuevamente a por él, se encontró con un codo colisionando contra su tráquea. La falta de aire se convirtió en el mal de ambos.

Edu se incorporó y, manteniéndose tambaleante en pie, sintió fluir una medio sonrisa en sus labios. Había conseguido asestar un golpe que dejaría vencido y sin aire a cualquiera. Ese fue su error fatal e imperdonable. La confusión de tanto golpe le hizo pasar por alto que a Toni le movía una ira que no tenía cualquiera. Un instinto que lo empujaría sin descanso en busca de su sangre. No lo vio llegar cuando arremetió una vez más, golpeando con su rodilla la entrepierna adversa. Ese violento impacto fue demasiado doloroso para que pudiera soportarlo. Edu sollozó de dolor y se derrumbó sin atisbo de resistencia. Sobre el suelo, se recogió representando un blanco fácil. Las oportunidades estaban para aprovecharlas y Toni le golpeó continuamente el estómago con la gruesa bota de su pie derecho.

Edu sentía que perdía la capacidad de reaccionar. Era difícil soportar semejante castigo y lograr pasar al ataque. Tal vez era el momento de tirar la toalla y dejarse llevar. Un descanso eterno no parecía tan malo ante el tormento que llevaba minutos soportando. Su cuerpo se estremecía en el suelo, y no solo por los golpes. El frío le calaba hasta los huesos y la sangre,

escapando por heridas y en forma de bocanadas entre sus labios, comenzaba a debilitarlo. El reino de la inconsciencia lo rozaba con su próxima cercanía. Su mente se iba hundiendo en las profundidades oscuras de las que le había rescatado la ilusoria imagen de Bel.

—¡Edu! —le llegó desde muy lejos la voz de la jovencita—. ¡Por favor, Edu! —Ella gritaba con desesperación, pero solo lo alcanzaba en forma de apagado susurro.

Toni no necesitó ver a la jovencita. Le bastó escucharlo para disfrutar con el alarido femenino. El dulce sonido de su venganza lo llenó de gloria y orgullo. La raza blanca triunfaría ante el despreciable amante de los negros, y lo haría ante la causa de su frustración. Situó su pie sobre la cabeza del derrotado. Era su momento para rematarlo definitivamente. La traición se pagaba y ese era el precio adecuado.

Edu atisbó que su instante final era inminente y, listo para acogerlo, percibió como alguien se lanzaba sobre su agresor, haciéndole caer a causa de la sorpresa inesperada. Intuyó que ambos forcejeaban y luchaban en el suelo, entre agua y suciedad. Agradeció el respiro y encontró el tiempo suficiente para despejarse. Consiguió por enésima vez ponerse en pie, trastabillando y reconociendo quién lo había defendido. Su mirada distinguió cómo Monti estaba recibiendo los golpes que deberían haber acabado con él.

—Doble traidor. —Rio Toni, jactándose de su supremacía.

No le había sido difícil quitarse de en medio al feo «soldado». Ni con el cansancio acumulado le había costado imponerse al hipotético salvador. Triunfante, lo apartó de su camino y se dirigió nuevamente hacia el amado de Bel. Un latigazo de satisfacción le corrió por la columna vertebral al contemplar a la jovencita llegar hasta su objetivo. Abrazaba a Edu, preocupándose por su maltrecha apariencia. Cuánto le iba a gustar acabar con él delante de ella. Nada de su amigo quedaba en ese individuo abrazado por esa zorra.

—Tenemos que salir de aquí —le dijo la jovencita.

—No, Bel, hay que hacer esto...

Edu no dio más explicaciones. El mensaje estaba claro, al menos en su cabeza. Apartó con suavidad a la muchacha, que se echó a un lado ayudada por su hermano. Quedó junto a Manuel y Alex, temiendo lo peor en esa noche. El arrepentido «soldado» sacó fuerza de flaquezas y golpeó la rodilla de Toni. Dio una terrible patada, con toda la potencia que le quedaba en la otra rodilla, e inmediatamente volvió a soltar las piernas, colisionando con algún punto de

la cara del fanático líder de los «soldados». En ese desesperado golpe depositó sus últimas fuerzas, sus últimas esperanzas. O salía bien o estaban acabados...

Toni se mantuvo en pie y la sonrisa cínica que tanto miedo despertaba endureció su rostro. El peor de los presagios se cernió sobre ellos cuando la fortuna acompañó al golpe que había salido de su corazón. Toni se derrumbó como un tronco cortado en pleno bosque. La justicia había triunfado donde el odio parecía dominar sin respuesta. Los ideales del alma habían demostrado estar por encima de los de la sinrazón. Incluso cuando todo estaba en contra y la derrota era prácticamente una realidad.

Las lágrimas de Bel contrastaron con la sonrisa que, más allá de iluminar su rostro, lo hizo con la noche misma. Le pareció mentira que hubiese pasado tan poco tiempo desde que había conocido a ese muchacho que había vuelto su vida del revés. Parecía conocerlo de siempre. No recordaba haberlo despreciado y sí sentirse peligrosamente atraída desde el principio. Corrió a abrazarlo y, a pesar de la sangre que corría por su cara, que plagaba su rostro, lo besó. Lo hizo porque lo necesitaba, porque sabía que él lo deseaba, y porque era el momento de hacerlo.

—¡Cuidado! —La voz interrumpió el conmovedor momento—. ¡Tiene una pistola!

El desesperado grito de Manuel sirvió de antesala a los tres disparos que rompieron definitivamente la noche. El retumbar cortó incluso la tormenta con su dramático sonido. Los «soldados» se sobrecogieron, paralizando el mundo por un instante. Marc y Mauri se lanzaron sobre Toni, inmovilizándolo sin ningún respeto y haciéndole soltar el arma. Pero los tres alaridos metálicos habían sido ejecutados y tres balas habían salido por el pequeño cañón de mano. Habían cortado el aire, zumbando entre la lluvia con el único sentido de matar. La cuestión era... ¿habían hecho blanco?

Bel sintió correr la sangre por su bajo vientre, tibia y lenta, pero continua. El miedo se transformó en pánico y se desesperó ante la ausencia de dolor. Tal vez la muerte la había abrazado sin dejarse sentir. Solo pudo pensarlo por un segundo. Entre sus brazos el cuerpo de Edu se escurrió flácido, sin fuerza para mantenerse erguido. Se deslizó hacia el suelo, rozando en su caída el cuerpo empapado de su amada.

—No, no, no... ¡no! —gritó angustiada por la cercanía de sus peores presentimientos.

Fue un grito eterno que surgió de su profundo corazón, herido por la

propia muerte. Mientras el cuerpo del «soldado» renegado dejaba en sus ropas femeninas un rastro de sangre y su cuerpo se alejaba de ella, incluso más allá del propio suelo, confirmó cuanto le quería. No podía negar un sentimiento que la embargaba y la ahogaba de necesidad. Acertó a discernir hasta donde llegaba ese amor, desbordado al exterior. No existía un modo de explicar lo mucho que quería compartir su vida con ese chico que tanto había arriesgado por obtener su amistad.

El cuerpo de Edu se derrumbó sobre el pavimento de la acera. Por debajo, la sangre dominó el charco que había formado la lluvia mientras la brisa hacía bailar las gotas de agua que caían sobre él. Quedó tendido boca arriba, perdiendo su mirada en el firmamento. No se podía mover, aunque tampoco le importó. Fue consciente de que la vida se le escapaba y de que nada podía hacer para evitarlo. Había llegado su hora y asumía su marcha con una frialdad asombrosa. El jugueteón destino que lo había mareado durante la última semana había querido que el fin del juego terminase de esa manera. Ese era su verdadero camino y nunca hubiese encontrado el modo de darle esquinazo.

—¡Edu! ¡Edu...!

La voz de Bel resonó en su mente, apartando por el momento sus pensamientos de resignación y despedida. Había desesperación y agonía en el alterado modo de llamarlo. Se sintió sujeto por sus brazos y se alegró de morir entre ellos. Ella era lo más importante que se había cruzado en su vida. Tan intenso que merecía la pena a pesar de la brevedad de su trágica relación. Sus ojos forzaron hasta enfocar ese bello rostro y se llenó de satisfacción ante la posibilidad de ser lo último que contemplase.

Bel se mantenía arrodillada a su lado, incapaz de alejarse al sentir cómo se le había escurrido entre sus manos. Sin importarle el agua del suelo en sus rodillas ni la sangre del cuerpo herido en sus ropas. Su cabello se pegaba a sus mejillas empapado por la lluvia que no cesaba. Vencía su miedo a tocarlo para evitar hacerle daño, pero la necesidad de sentirlo vivo tiraba de ella hasta mantenerlo abrazado.

—¿¡Qué hemos hecho de ti!? —se quejó amargamente—. ¿¡Qué te hemos hecho entre todos!?

Podían quedarle apenas unos instantes y, aun así, Edu se esforzó en aguantar el tipo. Después de las últimas pruebas del destino no podía dejarse ir sin lograr dedicarle unas palabras. Sacó unas fuerzas que ni siquiera le quedaban. La flaqueza había sido superada tiempo atrás y la sangre no dejaba

de abandonar su cuerpo, extendiéndose a su alrededor. Cada vez le quedaba menos vida, y ese poco se lo entregaba a ella.

Bel ni quería ni podía contenerse. No intentó remediarlo y lloró del dolor ante semejante pérdida. Las lágrimas llenaron sus ojos y se deslizaron por sus mejillas. No podía diferenciarse cual era el rastro de la lluvia y cual la representación líquida de su inmensa pena. No podía creer que el amor la hubiese sorprendido de tal manera y, acto seguido, estuviera viviendo un modo tan cruel de romperle el corazón. La providencia era una perra injusta y caprichosa.

—No..., no llores, Bel. No llores... — Edu tenía que descansar para poder seguir hablando sin ahogarse en su propia sangre —. No quiero verte llorando... No quiero ver esos ojos tristes... —Respiró profundamente, buscando el aire que lo abandonaba—. Por última vez..., quiero recordarlos como son... Quiero contemplar su belleza..., la belleza soñadora que en ellos hay.

—Todo ha sido por mi culpa.

—No —intentó chillar, pero el grito apenas fue un gemido—. No... Tú no tienes ninguna culpa... —Movía la cabeza como si así fuera más convincente—. La culpa es mía... Tú eres lo mejor que me ha pasado nunca... —Sus labios dejaban escapar las palabras que salían de su alma—. ¿Tú, culpable...? Tú no tienes la culpa de que haya gente como nosotros..., gente despreciable que se deja llevar por otros aún peores... haciendo daño a inocentes. —Un gesto de dolor se dibujó en su rostro. Dolor por marcharse antes de tiempo—. Ojalá... ojalá hubiera más gente como tú, Bel... El mundo necesita personas así..., el mundo te necesita a ti... —Intentó sonreír, pero la mueca se distorsionaba en sus labios—. Por favor..., no te culpes de lo que hacemos los demás.

—¡Te has dejado matar, Edu! —exclamó desesperada—. No valía la pena... ¡No la valía! —lloró incapaz de contenerse la dulce Bel.

—¡No digas eso! —consiguió gritar, dolido por lo escuchado por encima de los quejidos de su cuerpo—. Por favor, Bel..., no pienses así... — Las lágrimas se deslizaron por sus ensangrentadas mejillas—. Nunca digas eso... Claro que ha valido la pena... —afirmó en su llanto ahogado—. Si tú estás por medio..., todo vale la pena... —Lágrimas y sonrisa contrastaron en su rostro—. He hecho algo en mi vida... Me voy feliz... Me voy orgulloso de haberte elegido... —La atracción que había sentido se convirtió en un lazo emocional del más profundo sentimiento—. Me voy orgulloso de morir por

ti... Lo único verdadero que he hecho en mi vida...

Bel lo miró a los ojos. Por raro que pareciese... ¡cuánto quería a ese chico! Contempló directamente esos ojos que tantas veces había distinguido vacíos. Se hundió en ellos a tiempo de encontrar allí la vida que nunca habían tenido. Mientras su cuerpo se acercaba peligrosamente al final de su vida y su existencia agonizaba aferrándose al amor descubierto, sus ojos reflejaban que su alma empezaba a vivir. Vida era lo que se diferenciaba en ellos. La vida que nunca habían tenido brillaba ahora allí, en sus pupilas rodeando el iris verdoso. No había esperanza, no había duda de que Edu moriría en sus brazos, pero lo haría orgulloso y feliz. Y solo el preciso momento de su muerte sería el único instante que había tenido de vida.

—Aguanta, Edu —suplicó la jovencita estrechándolo entre sus brazos—. Llega una ambulancia.

—No, Bel, no... —negó buscando sus manos y sujetándolas entre las suyas—. Esto debe acabar... Debo morir, Bel... Ese es mi destino... —Su respiración se aceleró de un modo alarmante—. Debo hacerlo para que haya paz... en este barrio... Para que... mi muerte enseñe a su gente... que todos somos iguales... —Tomó aire por la boca—. Que si en la muerte todos lo somos..., en vida también debemos serlo...

Los «soldados» escucharon sus palabras sin acercarse. Oyeron el mensaje que pretendía dejar su camarada caído para que ese barrio lo recordara. No se movían, no huían, no se sentían capaces de abandonarlo bajo la lluvia mientras quedase vida en su cuerpo. Mauri apretaba el cuerpo de Toni en un intento pasivo de hacerle daño en su justa medida y Marc sentía que el cielo terminaría desplomándose sobre su alma atormentada.

—¿Qué hago...? ¿Qué quieres que haga? —preguntó angustiada por el tiempo que se consumía—. Dime qué puedo hacer.

—Di a Monti...

El muchacho, arrinconado junto a la parada y compadeciéndose en su propio llanto, se incorporó al escuchar su nombre y se acercó con la timidez del peor de los culpables. La imagen de su amigo tendido y sangrando en el suelo le arrebató el don de la palabra. Tartamudeo incapaz de expresar su arrepentimiento y cuánto deseaba que se quedase con él. No podía imaginar que se perdiese en el más allá la única persona que de verdad se había preocupado por su bienestar.

—Está aquí —habló Bel sin mirarle.

—Dile... que siempre tuve fe en él..., que siempre supe que al final

sería mi amigo...

—Claro que lo soy, Edu... —consiguió hablarle, llorando como un niño, llorando como solo podría hacerlo por él—. Lo siento, Edu... ¡Lo siento! —exclamó desgarrando su alma.

—No te mueras, Edu... —pidió Bel al notar que el chico se dejaba llevar, incapaz de encontrar fuerzas para aferrarse al mundo—. No, Edu, no... Aguanta, por favor... —Lo volvió a abrazar sin dejar de mirarlo, intentando mantenerlo con vida mediante su propia fuerza.

El muchacho alzó una mano con la lentitud de un cuerpo que se apaga. Su mano izquierda se tendió hacia el cielo, parando antes de alcanzar los oscuros nubarrones. Avanzó hasta el bello y angustioso rostro de la dulce niña negra. La yema de sus dedos acarició la suave mejilla femenina, escurriéndose por su delicada piel. Limpió a su paso las lágrimas que descendían y que representaban la pena y el amor del momento más dramático.

—Mi dulce niña africana... —le habló prácticamente lejos de allí—. Solo siento... no poder hacerte feliz... —Era el pesar que se llevaba—. Eso es lo que me asusta de verdad... —habló con su último suspiro—. No me olvides, Bel... No olvides mi amor...

El reflejo de su sonrisa, satisfecha y feliz, fue su último acto voluntario y la mano se desprendió de la piel oscura, cayendo sin vida sobre el cuerpo ensangrentado. El cuerpo de Edu quedó frío e inmóvil sobre el encharcado pavimento y bajo el cielo oscuro y nuboso con la sonrisa más sincera adornando sus amaratados labios. La felicidad viajaría a su lado a lo largo de su último trayecto. Seguramente durante los últimos días se había ganado la redención, pero lo único que necesitaba era llevarse el recuerdo de su querida Bel...

—¡No te mueras, Edu! ¡No te vayas! —La jovencita agitó el cuerpo sin vida con desesperación, angustia y dolor—. ¡No, Edu! Por favor... no. ¡Edu, nooo...!

Epílogo

Y LA VIDA SEGUIRÁ IGUAL...

—Muy bueno el discurso.

—Gracias, tío. Cuanto tiempo sin vernos.

Alex había aceptado la felicitación y no había reparado en dar un fuerte abrazo a su viejo amigo del pasado. Monti parecía otro vestido y arreglado de semejante manera. Lo había invitado a la celebración, no podía ser de otra forma al estar de vuelta en la capital. Fue un abrazo sincero, de una amistad que perduraba en el tiempo a pesar de la distancia y los llenaba de alegría y nostalgia a ambos.

—Estás haciendo muy buen trabajo.

—Así ha de ser —afirmó Alex, asintiendo con la cabeza—. Después de lo vivido, algo debía hacer.

—Utilizar el sentimiento como excusa para evolucionar ha sido increíble —comentó Monti, algo compungido.

Alex había elegido el barrio para su acto por cuanto representaba. Allí el amor había demostrado que estaba por encima de todo lo demás. Las luchas entre enamorados y fanáticos se habían repetido durante la historia y en esas calles habían tenido uno de sus capítulos más dramáticos. Casi siempre, si no físicamente y sí en sentimiento, habían ganado esas almas enamoradas. Siempre habían ocurrido tragedias. Siempre habían salido mal parados y, no obstante, habían demostrados con sus actos y sus sacrificios que su visión del mundo era mejor. Pero ese propio mundo no escarmentaba. No importaba cuánta gente perdiese la vida, esta seguiría igual. Desgraciadamente, seguiría igual...

—Esa es la idea. Si aquí triunfó, ¿por qué no hacerlo en otros lugares?

—Sonrió con una sensación agrisulce—. Pero todavía hay mucho que hacer.

—Así lo hubiera querido, así lo haría él.

—Lo sé, pero él mismo sabía lo difícil que era y sigue siendo.

No importó la muerte de Edu ni el dolor de Bel..., ni que Toni diese, con justicia, con sus huesos en la cárcel. Ni siquiera que los «soldados» del barrio de disolviesen, desvaneciéndose con ellos su extremo ideal, cuya defensa se desangró como el propio camarada caído. No importaba nada de todo aquello. Al cabo de unos cuantos años nuevamente se había empezado a atisbar un retorno a lo mismo.

—A nosotros también nos costó darnos cuenta de que nos equivocábamos —recordó Monti, aflojándose el nudo de la corbata. No estaba acostumbrado a ello.

—El ser humano ha metido, demasiado profundamente, en su cabeza la estúpida idea de tener que acabar unos con los otros —reconoció Alex, apesadumbrado—. El hombre tiende a eliminarse.

—Esto ya lo sabías. —Le mostró comprensión—. Cuando esto esté a punto de ocurrir querrán remediarlo y, desgraciadamente, será demasiado tarde.

—En ese momento, no se podrá hacer nada —añadió, sonriendo y contrastando con sus palabras—. Pero haré todo lo posible para evitar que llegue ese momento. No todo debe verse con pesimismo.

Edu murió en esas calles bajo la lluvia, pero su muerte tampoco fue completamente en balde. Su triste final consiguió lo que quería y que había aprendido durante sus últimos días de vida. Con que una sola persona fuera consciente de su mensaje, estaría contento y satisfecho allí donde estuviese. Su muerte había expulsado a los «soldados» de aquel barrio, al menos durante una buena temporada.

Monti aprendió y con su lección encontró, después de demasiado tiempo, buenos amigos. Curiosamente, tuvo el perdón del tipo de gente que, tiempo atrás, había querido destruir sin ningún argumento justo. Bel y Manuel se habían convertido en los mejores amigos, al margen de su inolvidable Edu, que nunca había tenido. Años después seguían en contacto y avivando una amistad forjada en la tragedia.

—Eso es lo que te ha hecho grande.

—No exageres —se quitó mérito Alex.

El que fuera el «soldado» más joven de barrio había dirigido su vida a hacer más grande a España, pero no como en aquel momento. A través de los estudios había alcanzado un lugar en la política. Ahí podía creer en ideales de verdad, sin violencia y dedicado a construir en vez de destruir. Creía en la

mezcla de razas y culturas, donde pudieran compaginar y enriquecerse mutuamente. Entre sus socios y en sus equipos de trabajo había personas de color, sudamericanos, árabes..., cualquiera que estuviese dispuesto a sumar sin discriminar a nadie. «La unión hace la fuerza», se repetía sin descanso.

—Por cierto... —cambió de tema Alex—, qué cerca estuvo de la medalla.

—Tuvo muy mala suerte —reconoció Monti—. Lo habría merecido.

Manuel se había convertido en uno de los mejores atletas del panorama español. En la última olimpiada había quedado cuarto en los cien metros lisos. Una mala salida lo había perjudicado y, a pesar de una excelente carrera, no había conseguido subir al cajón de campeones. Aun así, era para estar orgulloso.

—¿Y de ella qué sabes?

—Te enterarías que se casó y se marchó del barrio...

—¿Crees que le habrá olvidado?

—Te aseguro que no —afirmó con contundencia y seguridad Monti.

Bel, la dulce niña negra de Edu, mantenía en el recuerdo a quien había despertado su amor, aunque solo durase un instante. Había sacado adelante sus estudios y se podía decir que era feliz. Feliz como solo ella se merecía. Era la compensación a unas lágrimas que aún se recordaban como la más fiel representación del dolor. Allí donde estuviese, esa felicidad sería la que querría para ella el recordado muchacho. Tras casarse había tenido dos hijos. Una niña que nació con la belleza de su madre, esas suaves facciones encantadoras, y...

—Su hijo mayor tuvo sus encuentros con..., ya sabes.

—Te lo decía, todavía hay mucho por hacer...

Alex disimuló al apretar los dientes. El ser humano demostraba, una vez más, que no escarmentaba. Por muchos mártires que hubiera, constaría hacerle comprender, hacerle aprender que ese no era el camino. Sería difícil evitar que siempre hubiera quien hiciese daño a sus iguales. Pero... también aparecería quien defendiese la justicia, la tolerancia y diese una lección de lo que era verdaderamente un ser humano, naciese... donde naciera.